FEBRERO 10 DE 1933
AÑO XXIX • Nº 1217

30 CENTAVOS
EN TODA LA REPUBLICA

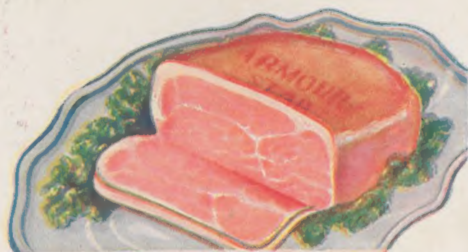
El Hogar



INDECISIÓN
Por GONZALEZ ARAUJO

UN *Regio Convite*

TIERNO · SABROSO · UNIFORME





JAMON ARMOUR ★STAR★
AU GRATIN
PARA SERVIR 5 o 6 PERSONAS

- 3/4 de taza de leche
- 3/4 de taza de agua
- 1/2 cebolla
- 1 taza de Jamón Cocido Armour "Star" picado
- 2 cucharaditas de manteca
- 1 cucharadita de sal
- 1 tallo de apio
- 2 tazas de harina
- 1 huevo
- 1/4 cucharadita de pimentón dulce.

Calentar la cebolla y el apio en leche y quitarlas, derretir manteca, agregar harina, mezclar bien y luego agregar leche. Cocer hasta que tome consistencia y agregar huevo bien batido, condimentos y el Jamón. Cortar la cebolla y el apio en trozos y agregarlas a la salsa. Poner todo en una vasija adecuada y cocer en horno lento por espacio de 25 minutos.

JAMON COCIDO ARMOUR ★STAR★

No registrarán decepción los suyos cuando les sirva el Jamón Cocido Armour "Star" en una de las múltiples y deliciosas maneras en que puede prepararse.

El Jamón Cocido Armour "Star" revela una maravillosa uniformidad de sabor que los paladares exigentes saben apreciar.

Cuando desee obtener el mejor jamón en calidad y el más exquisito en gusto no titubee un solo instante en mencionar la marca Armour "Star" que es garantía de excelencia por ser el resultado de un proceso de elaboración exclusivo de Armour.

El Jamón Cocido Armour "Star" es el plato ideal para los días calurosos - provoca y satisface el apetito más refractario.

El Jamón Cocido de Armour también puede obtenerse en latas de 5 kilos o en convenientes latitas de 1 kilo. El Jamón Armour envasado preserva los jugos naturales del jamón realzando sus apetentes cualidades. Además de su calidad insuperable el Jamón envasado de Armour ofrece la ventaja de que con sólo abrir la lata surge un manjar suculento.



FRIGORIFICO **ARMOUR** DE LA PLATA

Dirección, Redacción
y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262-300
U. T. 60 Caballito 1020 al 1029
Dirección Telegráfica: "Senyah"

10 DE FEBRERO DE 1933
Año XXIX • Núm. 1217


El Hogar
ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA
PARA LA MUJER, LA CASA Y EL NIÑO
APARECE LOS VIERNES



Oficina para Avisos
y Subscripciones:
Av. ROQUE SAENZ PEÑA, 651
(Primer piso)
Unión Telef. 38, Mayo, 2031 al 2033

ALBERTO M. HAYNES
Fundador



"...HASTA QUE EL PADRE, CON GESTO MISTERIOSO Y DULCE, SE LA LLEVÓ UNA NOCHE A UNA JUGUETERÍA DEL BARRIO Y LE MOSTRÓ EL ESCAPARATE BRILLANTE."

LA MUÑECA

Cuento, por

MARIA ALICIA DOMINGUEZ

LA mirada de ella era tan triste que desmentía la frescura candorosa del rostro. Se abría sobre un paisaje interior, siempre nocturno. Las lágrimas que no caen daban a aquellos ojos una fiebre misteriosa. Toda la belleza exterior que reflejaban parecía enfriarse sobre el esmalte obscuro: la talla suntuosa de los muebles, la perfección artística de los bronces y de los marfiles, el brillo caliente de los cristales irisados...

La mujer se movía con dificultad y angustia en medio de aquel esplendor, siempre con frío en las salas vastas.

Por vengarse de una criatura peligrosa y bella, la eligió el esposo un día. Ella vendía flores a aquel caballero que siempre buscaba las corolas más frescas y raras. En su seriedad y alejamiento — ese alejamiento que rodea como una atmósfera luminosa a ciertas almas, volviéndolas más codiciables, — ella, la mujer sensible y soñadora, vió y exaltó un motivo de adoración. Cuando él le ofreció su nombre, allí, entre la primavera desordenada de los cálices, a Diana le pareció que el aroma junto de todas las flores la hacía soñar maravillosamente.

Él hablaba con tristeza y seriedad; sus ojos no traicionaban la secreta lumbre, miraban amargamente el vacío... Por desilusión y por orgullo, disminuido ante la mujer que lo dejara por otro, él se inclinaba a ciegas y elegía entre las mujeres la más obscurecida y solitaria.

En su propósito vibraba esa cólera fría con que los espíritus altivos quieren reaccionar de un gran dolor. Y en la elección ciega del arma la tomaba por el filo. No pensó que la dulce criatura tuviera un alma enamorada y fuerte. Creía, eso sí, que elevándola hasta él la coronaba con la más inefable de las felicidades. Su experiencia en materia femenina, su sabiduría, acendrada en una vida de exquisiteces, se equivocó al suponer que la esposa iba a sentirse feliz por gracia del ambiente hermoso en el que la dejaba, sin otro refugio que su pena de amor.

Ella sufría la conciencia de su belleza inútil; la corona de la juventud pesaba en su frente. Pertenecía a la estirpe rara de las almas que ofrecen tierra a un solo amor. Adoraba al hombre altivo y frío que se dejaba querer con la mirada ausente de todos los dioses. Entregada y vencida, apasionada y desconocida, ella era como un árbol espléndido hachado en la raíz. La hacían sufrir la cortesía helada, la solicitud vigilante del hombre adorado, e intentaba severas sendas de propósitos, inclinando el precioso rostro sobre los libros que él prefería, puliendo y refinando su espíritu en el aprendizaje de los silencios equivalentes y de las respuestas luminosas. Alumbrada por la pasión, su inteligencia crecía y brillaba. Pero él no regresaba de su pena. Cuando la herida hecha al amor ya ha cerrado, aún sangra el orgullo. Y Diana empezó a creer que su esperanza quedaría sin al-

ba de realidad; que aquel hombre destacado entre todos, único para ella, sería siempre la superficie de mármol donde se hielan los besos, el rostro indiferente al incienso y a las lágrimas. Entonces, con el orgullo salvaje de su apasionamiento, convencida de su elección y de su destino, empezó a sufrir la angustia que se niega a oír a la esperanza. Con ese placer extraño que el alma pone en acumular todas sus tristezas, sobre una tristeza presente, ella meditaba en la Nochebuena, recordando su infancia. ¡Ah, qué grandes eran la soledad y la pobreza! Y veía de nuevo la calle triste sobre la que resplandecían las estrellas de diciembre, el balcón misterioso y perfumado con los jazmines de las macetas. El pasado olía a jazmín del Cabo. Los que ella adoraba y murieron volvían en la fragancia idéntica, que hiciera palpitar de amor y de tristeza a tantos corazones ya deshechos. Volvía a verse niña, a oír las voces infantiles de los hermanitos, a contemplar el perfil adorado y triste de la madre. Y volvía a sentirse envuelta en aquel ambiente de miseria, al que acudía a posarse la mariposa de colores de una esperanza incansable. Los pobres tenían fe en la vida, en el pequeño suceso radiante y posible de mañana o de pasado mañana. Un día en el campo, una hora de embriaguez y de olvido, el momento pasajero del amor; en aquel lago azul sepultaban un instante la carga obscura de todos los días. Sabían esperar, sabían desear y querer.

Y se acordaba cómo el sueño la tomaba en los brazos de la madre, aquellos brazos fatigados de muchos pesos de la tierra, que fueran la cuna de seis niños.

Volvía a oír un alegre rumor en las escaleras de madera: los pasos del padre, tan ágiles y dichosos. De sus ojos claros y buenos caía un resplandor que envolvía a los hijos descalzos y a la mujer envejecida.

Su exuberancia sin dirección, su natural brusco, le rendían escasos jornales. Hacía repiquetear las monedas y cantaba: ya somos millonarios. Y su risa incomparable rodaba en ondas de misteriosa alegría. Sabía cuentos felices: no ocurrían en palacios de marfil, sino en bosques perfumados y profundos.

Las niñas y los niños no eran príncipes, sino pastores. Llevaban rosas y lirios en vez de coronas de oro, y en sus manecitas apretaban manzanas: nunca cetros de plata. Era bueno y alegre.

En el mundo nadie sabía ser alegre. Deseaban, siempre deseaban lo contrario de la alegría. El dolor estaba en sus logradas conquistas y hacía sangrar sus anhelos. Al ver en unas manos todos los dones de la tierra, uno buscaba los ojos de los poseedores con ansia de e en ellos el color de la alegría, pero la noche los llenaba de sombras y de lágrimas. Y Diana pensaba con angustioso amor en aquellos tan hermosos y tan tristes, cuyo verdor parecía el de un paisaje donde llueve siempre. Luego tornaba al pasado de una Navidad lejana. Tenía ella seis años y soñaba con lo muy querido por toda niña: una muñeca, una chiquita que mecer, vestir y cantar, una manera de asemejarse a la mamá, siempre inclinada sobre una cuna. Ella no había imaginado cómo sería su muñeca, hasta que el padre, con gesto misterioso y dulce, se la llevó una noche a una juguetería del barrio y le mostró el escaparate brillante. Allí, entre un osito de paño color café y una cajita de música, estaba "ella" vestida de seda encarnada, con sombrerito de paja clara y rizos castaños. Tendía las manos abiertas desde su caja de cartón, y la niña creyó que la saludaba.

—Cuando llegue Navidad te la compraré—prometió el padre.

Desde esa noche, Diana hizo muchos viajes para ver a "su" muñeca. Siempre la esperaba tras el vidrio frío, contra el que los chicos del barrio apretaban la nariz.

Pero dos días antes de Navidad trajeron al padre agonizante. Se había caído de un andamio. Sobre su palidez ya mortal florecía la eterna sonrisa de alegría o de desprecio, sonrisa que parecía prometerse a sí misma la madurez final en otra parte. Agonizó dos horas. Antes de morir lamentó su promesa frustrada:

—No tendrás muñeca esta Navidad, queridísima; Dios te la dé algún día como la prefieras. — Y la mirada, ya empañada por el soplo glacial, parecía recomendar muchas cosas a su hija predilecta.

El amor por las muñecas es, en la mujer, un instinto que no se extingue en ninguna época de la vida. Esta pasión, que responde sin duda a un sentimiento embrionario de la maternidad, está delicadamente evocada en este cuento de exquisita psicología femenina.

¿Cuántos años hacía? ¡Ah, ninguno! Ayer nomás había sentido la niña el roce trágico, el desamparo, la angustia. Y hoy continuaba siendo la criatura enamorada de un juguete imposible. Ella misma era la muñeca torturada por un ser insensible y orgulloso.

Se asomó a la ventana. La ciudad, de fiesta, hervía con luces de colores; sonora y caliente, enviaba músicas apagadas, vahos de jazmín, risas. Y allá arriba, en el cielo azul, florecían los lirios eternos; desde allí, las criaturas de Dios, que ya no sufrían, miraban la Navidad de este mundo. Allí el padre, la madre, los dos hermanos; allí estaban, en la noche azul, radiante, honda.



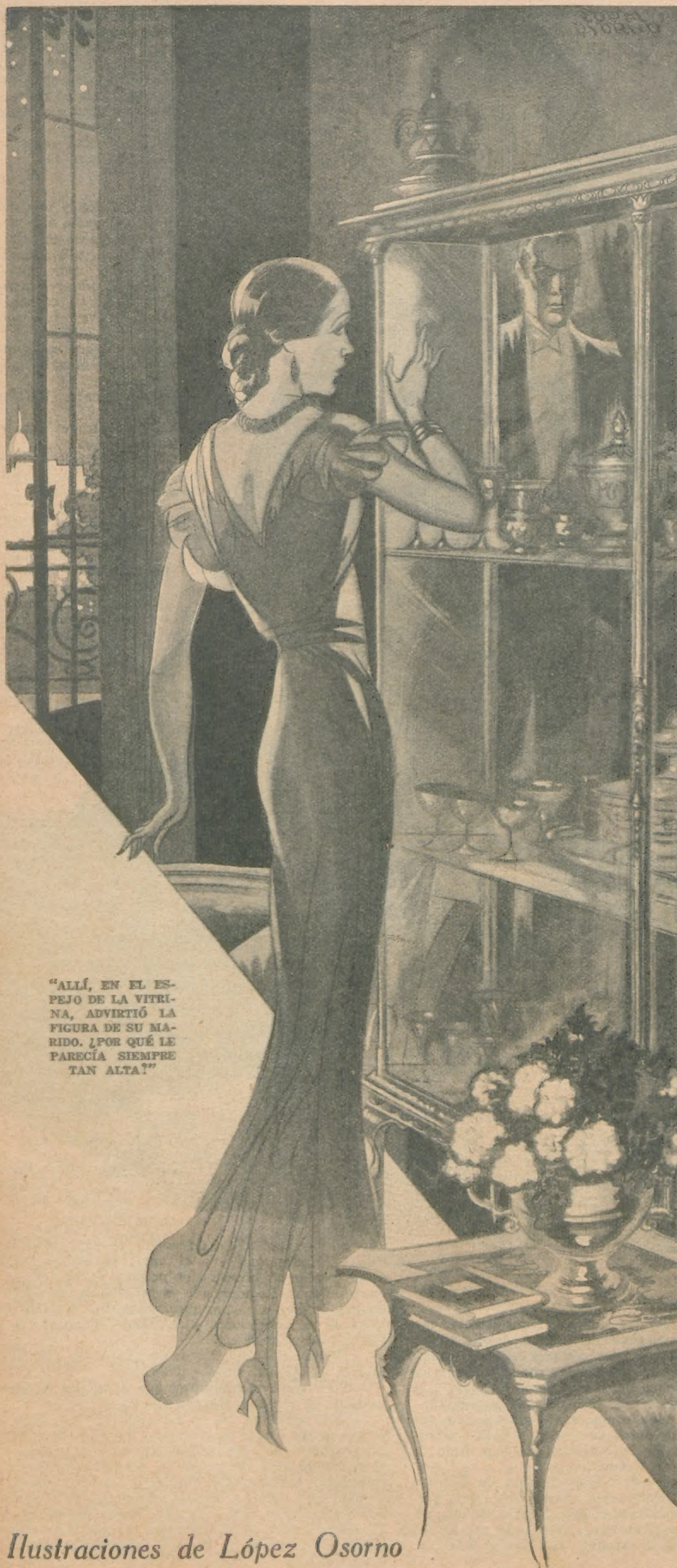
Y el perfume de los jazmines era el mismo; una idéntica vida fluía como un río, incansable. Entonces, Diana tornó a ver sobre el fondo obscuro del pasado la sonrisa del padre: sonrisa que esperaba *algo*, *algo* que debía llegar en esta vida o en otra; sonrisa altiva, naciendo de un fondo de seguridad, de un secreto instinto infalible.

Su invalidez de amor se apoyaba ahora en una esperanza misteriosa: ¡Quién sabe! ¡Tal vez!

Caminó unos pasos; la alfombra muelle y azul apagaba el eco de su andar. ¡Puede ser! Nada es imposible para Dios.

Y al mismo tiempo, su amor buscaba disculpas para el amado: el dolor deja en algunos corazones el frío de una anestesia. Él también había sufrido. ¡Oh, pobre querido rostro, ojos donde se acababa la luz como al final de una calle de árboles! Ningún raciocinio podía contener el río de su pasión: y el dolor de nuevo la sumergía. Buscaba locamente algo que la estimulara a esperar, y, de pronto, le pareció que volvía a la infancia, que aún deseaba aquella forma leve, chiquita; aquel juguete rojo y sonriente. Sentía deseos de oprimirlo, de mecerlo, de calentarle la mejilla fría de porcelana, de desvestir y vestir la muñeca, de ponerla en una cuna y de inventar canciones para que se durmiera. ¡Ah, si cuajara en verdad el humilde sueño, ya que todo lo demás era imposible, ya que *él* nunca iba a sentir ante ella la deliciosa inquietud del amor!

Con mirar casi extraviado se detuvo frente a la vitrina que guardaba cristales y bronces, buscando ansiosamente *algo*. Tal vez la muñeca encarnada. Se estremeció al oír su risa nerviosa, llevándose la mano a las sienes húmedas. Allí, en el espejo de la vitrina, advirtió la figura de su marido. ¿Por qué le pareció siempre tan alta? La miraba desde una puerta lateral. Y ella sentía for-



"ALLÍ, EN EL ESPEJO DE LA VITRINA, ADVIRTIÓ LA FIGURA DE SU MARIDO. ¿POR QUÉ LE PARECÍA SIEMPRE TAN ALTA?"

Ilustraciones de López Osorno

marse, como un relieve doloroso sobre su corazón, la noble belleza del perfil fuerte y romántico, y le parecía que desde aquel hombre, cuya alma permanecía para ella cerrada e impenetrable, trascendía una dulzura de muerte, un resplandor que la hacía desfallecer. Enjugó sus lágrimas a hurtadillas. Caminó a su encuentro. Él traía en su mano derecha el presente de Navidad: un collar de perlas. La hizo sentar en el sofá y, con exquisita galantería, colocó la joya en el cuello juvenil.

— ¿Te gusta?

Diana sonreía pálidamente; sus ojos tenían un brillo casi extraviado; sonreía con ese cansancio mortal, con esa pena infinita con que se sonríe ante el dolor inevitable. Parecía una niña febril. Temblaban sus labios secos y ardientes. Estaba bella, con una belleza de sentido trágico. A través de la carne palidecida, se le trasuntaba el alma afligida y madura y la llama de la pasión.

Descubría ahora, recién ahora, el máximo secreto de la seducción femenina: el amor y el dolor que singularizaban a aquella criatura entre todas las que él había amado.

— ¿Qué hubieras preferido a esto, Diana? Nunca te veo sonreír; parece que miras lejos. ¿No sabes que yo estoy para alcanzarte cuanto deseas? ¿No lo sabes aún?

Y se inclinaba, anhelante, sobre la mujer que lo hechizaba recién ahora, con algo más bello que su carne adorable, algo que trascendía sobre ella, iluminándola.

Pero ella no podía creer en el milagro. Abandonaba la cabeza sobre el respaldo de felpa, cerraba los ojos con un gran deseo de no abrirlos más. ¡Oh, sí; morir allí mismo, bajo el calor de ese imperio, a la sombra de la figura excelsa y lejana siempre! ¡Morir y resucitar en el jardín de eternas luces, en la Navidad sin dolor y sin recuerdos!

Y el recuerdo de su anhelo infantil no cumplido, y el dolor de su amor no comprendido, rebalsaron en un llanto convulsivo:

—¡Una muñeca, yo quisiera una muñeca! Una forma que se estuviera quietecita y entregada en mis brazos; unos ojos claros donde poder mirarme sin temblar.

Él recogió ávido el extraño deseo:

— ¿Una muñeca? (Como todos los seres altivos, sentía la ternura como un dolor casi físico.) ¿Una muñeca? ¿Eso quieres?

Y mientras Diana contaba su historia desolada, él sentía despertar en su alma sentimientos mal dormidos bajo su helada apariencia. ¿Cómo no vió antes aquella devoción, aquel amor siempre de rodillas? ¿Cómo no comprendió en su radiante hermosura aquel espritu que habitaba una carne tan adorable y tan fresca?

Sintió en su boca el gusto a polvo del pasado, e inclinándose sobre la mujer, la atrajo sobre su pecho, recogiéndola allí, apasionadamente.

— ¿Una muñeca? Te voy a comprar la más bonita que haya en la ciudad y en el mundo. Hablará con una voz de plata y te besará así, como yo te beso ahora, así, ¿sientes?

¡Oh, sí!, ella sentía ahora en los labios de él, tan queridos, el calor que trasuntan cuando el corazón comienza a arder en el verdadero amor. Y cerró sus ojos para acariciar mejor la imagen de su delirio feliz.

Y le pareció ver, así como en un sueño, que la muñeca imposible de su infancia batía sus manecitas desde la caja de cartón, en un escaparate de luz...

Historias de sangre, amor y aventuras

Tragedia de Doña Beatriz de la Cueva la sin ventura

por

C. M. Pérez Ercoreca

Ilustración de Alejandro Sirio



SENTADO frente a un gran ventanal soleado hojea el conde de Bedmar voluminoso libro. Discutiera la noche anterior larga y apasionadamente con el padre franciscano Marcos de Niza, familiar de su majestad, y con su deudo el duque de Albuquerque sobre si el azor o el neblí eran de más antigua data como aves de altanería.

Indecisa quedó la porfía, y de ahí que en la quietud de su palacio, el señor conde volviera, con mano de afilados dedos y tan de nacarina blancura que parecía transparente, las páginas de pesado infolio escrito en letra gótica y con grandes estampas iluminadas a mano. Trataba la tal obra del "Arte de la Cetrería", y, según rezaba la historiada leyenda, había sido compuesta algo más de dos siglos antes por orden y para ilustración de la majestad de don Juan I, rey de Francia.

Atusábase el cano bigote el señor de Bedmar y leía, hasta que llegó a un pasaje que cotejó con otros y estudió concienzudamente. Seguro de que no había lugar a dudas, exclamó, golpeando con el cerrado puño sobre la mesilla que tenía cabe su sitial:

—¡Eh. señores míos; bien tenía yo razón! Aquí lo dice, y no hay obra más completa que esta dentro de España ni, tal vez, fuera de ella. ¡Bien claro que lo dice! En la India conocíase el neblí desde tiempos inmemoriales; con él cazaban los árabes, que fueron los mejores maestros de este juego de reyes... En cambio, el azor sólo se menciona cuando se trajo la cetrería a Europa, en el siglo octavo...

Un leve y como medroso golpe le hizo volver la cabeza al hidalgo. Volviéndose, dijo, con seca cortesía:

—¡Adelante quien sea!

Abrióse la puerta de la habitación y una mano femenina, regordeta y enjoyada, descorrió los pesados cortinones de damasco carmesí.

—Había menester hablaros, señor conde, y por ello me atreví a venir hasta aquí—explicó la recién llegada, mujer cuarentona, un tanto entrada en carnes y que debió ser hermosa en sus años juveniles.

—¡Válame Dios! ¿Y qué es lo que tanto os desasosiega, Mencia? ¿No serán las niñas?

—De ellas se trata, precisamente.

—¿Qué les acontece que os mostráis tan grave?

—Pues ved, conde, que la mayorcita, Francisca, anda echándose un galán...

—¡Hola, graves nuevas esas, mujer!... ¿Estáis segura? ¿Sabéis quién es?... ¡Vamos, hablad, por Satanás!

Santiguóse la dueña y guardadora de ambas hijas del conde, Francisca y Beatriz, y delatando grave escándalo en la voz, murmuró, abajándola:

—No seáis hereje; no blasfeméis, Enrique ¡por los clavos de Cristo!...

El conde contempló a doña Mencía. Decían malas lenguas que era el amor lo que la había hecho perder su juventud en palacio, al lado del hermoso señor de Bedmar, que ya peinaba canas y había enviudado diez años ha, quedándose con aquellas dos hijas de su matrimonio y confiando su guarda a la fiel y meticulosa Mencía.

—¡Perdona!—dulcificada la expresión y el tono, dijo él.— Ahora, dime, ¿quién es?

—Pues ese hermoso joven que anda por la corte, juntamente con don Hernán Cortés, el virrey.

—¡Ya! Pues no me lo esperaba por ese lado... El tal es don Pedro de Alvarado, segundo de Cortés. Sus compañeros hácense lenguas de sus proezas en el Nuevo Mundo. Dicen que los naturales le temen y consideran invulnerable; llámanle Tonotiú, que es el nombre que aquellos infieles dan al Sol. ¡Y a fe que don Pedro es un joven de muy lucida gracia así en el rostro como en su persona, y que, en verdad, según es rubio, ha de parecer como el sol mismo a los indios!...

Rascándose la barbilla, el de Bedmar prosiguió:

—¿Qué pensáis de ello, Mencía?

—No lo encuentro tan malo. Parece ser que el mozo es de limpia sangre. Además, todos estos conquistadores vienen muy ricos, cargados de oro, metales y pedrerías. Dícese que el otro día don Hernán regaló una cadena de oro gruesa como un rosario a un paje de la corte, sólo porque le tuvo la jaca de la brida mientras él evacuaba algunas diligencias con los ministros de su majestad. Vos veréis, pues; pero no deis al olvido que vuestras deudas no son pequeñas y que mucho apremian ya...

—¡Hum! Tal vez tengáis razón. En fin, lo pensaré y veré lo que se ha de hacer.

—Creo que anda por el patio el flamenco ese tan rudo y fiero de rostro.

—El capitán Van Tromp, mala fiebre lo atosigue... ¡Id, Mencía, y avisad que le bajen recado de que estoy con cuartanas y no podré verlo! Id, que ya pondremos orden en el asunto.

DEBIÓ agradar al noble señor el candidato, porque muy poco después celebráronse las bodas de la joven con el esforzado capitán, y si bien el oro indiano contribuyó abundantemente a dorar los blasones un tanto desvaídos de la casa de Bedmar, la parentela que tan alto entronque le trajo al héroe de la Noche Triste, utilísima le fué, así como a su jefe y compañero, el pulido y donoso Hernán Cortés, para escapar y libertarse de las acusaciones que se les hacían de ejercitar inauditos actos de crueldad con los indios. Les valió, singularmente en este sentido, el tío materno de Francisca, don Francisco de Cobos, secretario de su majestad. Con auxilio tan poderoso, no sólo fué absuelto Alvarado, sino que se le confió la gobernación y designó capitán general de Guatemala y Soconusco. No tardó en hacerse a la vela llevando la bendición de su suegro, su joven esposa y lucido séquito de nobles jóvenes.

No sentó a la salud de doña Francisca el clima del Nuevo Mundo, y a poco tiempo de llegar falleció en el palacio que para morada suya construyera el esposo.

Andados dos años regresó a la patria el señor don Pedro, y consignan las crónicas que se enamoró desatinadamente de su cuñada doña Beatriz.



El padre no opuso resistencia al noviazgo y casamiento, y allá fué otra vez a tierras de Indias el paladín con su esposa, a quien acompañó su hermano Francisco.

Mujer tan hermosa como resuelta era doña Beatriz, y tan amorosa que adoraba a su dueño y señor como si fuera de verdad el propio Tonatiú; vivía con el corazón y los ojos puestos en él.

Dedicóse Alvarado a gobernar pacífica y prósperamente, acrecentando y mejorando la capital por él fundada. Nombró por segundo suyo a su cuñado Francisco en 1540, con el propósito de tomarse un descanso y realizar un viaje a España. Corridos pocos meses, ya en 1541, subleváronse los indios del Mixton. Acudió Alvarado en auxilio del gobernador de la comarca y se encontró con que los rebeldes se habían fortificado en el Peñol de Nochitlán. Ensoberbecido el capitán que nunca había perdido, quiso ganar la posición por la fuerza, en contra de los consejos de Castro y Oñate.

—¡Temblará—dijo—el chusmaje al saber que avanzo contra él!

Confiaba el paladín en que, como en ocasiones anteriores, fuera su presencia garantía de éxito, pero grande fué su error, debiendo retirarse en derrota.

Llevóse el ataque el 24 de junio. Alvarado, como de costumbre, realizó actos de prodigioso valor. Más confiado en su extraordinaria agilidad que en la de su caballo, a pesar de ser aventajado jinete, se apeó y peleó reciamente para proteger la retirada de los suyos. En tal trance lo atropelló el caballo de un soldado, recibiendo contusiones de carácter grave. Conducido de urgencia a Guatemala, no mejoró en el camino y apenas alcanzó a llegar a Guadalajara, no permitiendo su estado moverle de allí. Grande fué su sufrimiento, y, por fin, el 4 de julio de 1541, el más valiente y temerario de los conquistadores exhaló el último suspiro.

La noticia del inesperado fallecimiento corrió como un reguero de pólvora por el país.

—Era avaro y cruel—decían sus enemigos.—Tal vez ahora haya paz y justicia en la tierra.

—Bien se le emplea—murmuraban los indios.—Fué malo con nosotros: al rey Cacamatzin le hizo echar pez ardiendo en el vientre.

Sus partidarios lo lloraban y recordaban su comportamiento de heroicidad sin par en Tabasco y Tlaxcala y la tremenda y fabulosa hazaña de la zanja de la calzada de Tlalespán, en que, usando su lanza como garrocha, salvó diez varas de un salto.

Muy apenado, don Francisco acudió a poner el triste suceso en conocimiento de la hermana Beatriz.

Quedó la bella castellana sin habla al enterarse de la ingrata nueva. Saliósele del rostro el color y los ojos se le agrandaron hasta parecer dos enormes lagos de sombra. Luego, llevándose ambas manos al corazón, lanzó quejumbroso suspiro y cayó por tierra.

Repuesta de su desmayo, dió la señora en llorar sin descanso y en decir y hacer cosas de loca, como si la pérdida del compañero le hubiera trastornado el seso. Así, mandó pintar su casa de negro por adentro y por afuera, y después de ordenar la celebración de los funerales de su esposo, encerróse en sus aposentos con un par de criadas, llorando sin cesar y negándose a descansar o a probar alimento. A los nueve días salió de su retraimiento, y convocando a su presencia a las autoridades y personas de valía, manifestóles su decisión de desempeñar todos los cargos y mandos que ejerciera su finado esposo. A continuación mandó dar pregón por las calles y prestó juramento como gobernadora el 9 de septiembre de 1541. Su primera providencia fué confirmar en el cargo de segundo a su leal hermano Francisco.

Aunque nuevo e inesperado el caso, entendieron los hombres de foro que "mejor era ser gobernado de una mujer heroica que de un hombre cobarde y flaco".

En el acto de estampar su firma en el acta, la desconsolada viuda, dirigiéndose al escribano real, le dijo:

—¡Decidme, señor, dónde debo firmar!

Trazando una cruz al margen del pergamino, en el sitio que correspondía a la pluma, el funcionario respondió:

—¡Aquí; pondréis, señora, todo vuestro nombre: Beatriz de Alvarado!

—¡No tal, señor, que ha de ser así!...

Y con escritura fácil y bien visible, puso: "Doña Beatriz la sin ventura."

Y desde ese momento así se llamó hasta el día tan próximo de su trágica muerte.

Tres meses pasaron. Procedía con discreción doña Beatriz en el manejo de los asuntos públicos, moderada tal vez por los sabios consejos de su prudente hermano.

Las lluvias de fin de año iniciáronse con extraordinario rigor. Diluviando estuvo tres días y cuatro noches, bajando de la sierra tal avenida de agua que derribó muchos edificios, empezando por la casa del Adelantado. Doña Beatriz y sus criadas, pensando estar más seguras en el oratorio, refugiáronse en él. Mal avisadas anduvieron, porque la capilla se hundió, desplomándose el techo y aplastándolas, mientras que los aposentos quedaron en pie. Seiscientas personas más perdieron la vida en aquella catástrofe.

Opinaron los naturales que el derrumbamiento del palacio se debía a prácticas maléficas de la gobernadora, pues aseguraba el vulgo que tenía pacto con Satán y evocaba el ánima del Tonatiú amparada por las sombras de la noche en su casa toda negra. Quiso por eso el populacho que el cadáver de "la sin ventura", fuese comido por los perros o arrojado al río. Opúsose a tan absurda pretensión el obispo, quien, muy piadosamente, para que los restos no fueran profanados por los fanáticos, les dió sepultura en la catedral.

NOTAS Y COMENTARIOS

Un poder misterioso



EL imperio de la malla de baño tiene tanto de paradojal, decía un viejo porteño en Mar del Plata, que se la creería impuesta por un poder misterioso. ¿Y por qué paradojal?, le preguntaron. Porque todos sabemos, contestó, que las señoras y niñas que la llevan con tanta naturalidad, no sólo se hubieran negado a hacerlo a nuestra solicitud, sino que la hubieran rechazado de plano y sin admitir discusión, si hubiesen sido consultadas sobre lo que debe usarse en la playa. Lo que hubiera sido imposible conseguir con zalamerías o hacer aceptar por acuerdo deliberado, se impone por sí solo silenciosamente. ¿No es curioso, y hasta desconcertante, y en fin, paradojal?...

Respecto al poder misterioso que hoy impone la malla de baño y que mañana puede abolirla, se argüirá que es la moda. Pero la moda y su poder pueden desglosarse. ¿De dónde saca ella este poder? No es la fuerza de la costumbre, pues la tornadiza moda es todo lo contrario de la costumbre, y cuando el público empieza a acostumbrarse a una moda, la moda se apresura a cambiar. La moda es una cosa fraguada entre gallos y medianoche por los modistos, y sin embargo está dotada de un poder misterioso... ¿No es también paradojal?

Entrevistas y embajadas

LA entrevista de los cancilleres argentino y chileno, la embajada a Londres, la pendiente entrevista Justo-Vargas, o Justo-Alessandri-Vargas, como se anunció recientemente, recuerdan los acontecimientos internacionales de la época del general Roca, que fueron tan provechosos para la paz sudamericana y para la inteligencia argentina con los países vecinos, y que tanto elevaron el concepto internacional de la Argentina, Chile y el Brasil, revelando que poseían una dirección diplomática que sólo se manifiesta en países de positiva cultura y civilización. Despertóse un nuevo interés por la América del Sur; sus grandes capitales, Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago de Chile, empezaron a salir de la penumbra, y los Estados Unidos enviaron un descubridor ilustre Mr. Elihn Root, cuya visita es memorable. Tan ricos y variados fueron los frutos de las entrevistas y embajadas de aquel tiempo, que



es imposible no sentirse optimista ante las de ahora, no ya en cuanto a sus fines específicos e inmediatos, cuyo logro se considera asegurado, sino en cuanto a sus resultados colaterales y su trascendencia general. Todo puede esperarse de una buena política internacional, de la buena opinión que ella inspira, y de su condición de reanimar en los pueblos la fe en el porvenir.

El mal lenguaje

LA invasión del mal lenguaje tiene trazas de ser universal. Uno tras otro, va siendo denunciada en todos los países. Américo Castro la denuncia en España: "Cada vez se nota menos esencial diferencia entre el habla de la señora y la de su sirvienta. Desgarro y cinismo plebeyo hay en la charla de esa chica estilizada que sorbe su cocktail." La mala pronunciación es muy común entre estudiantes y catedráticos. En el teatro se está olvidando la dicción perfecta de María Guerrero, si bien es verdad que todavía pueden señalarse muchos modelos de buen hablar, como Lola Membrives, la Bárcena, la Xirgu. Según Américo Castro, la vulgarización del habla cortesana coincidió con la decadencia de la monarquía: "A contar de Carlos IV, la Corte cultivó con deleite el tono achulado (salvo en los paréntesis de D. Amadeo y de la Regencia); mas, no obstante, nunca como últimamente gustó del popularismo la llamada gente "bien".



Londres se divierte

CRUZÁNDOSE en el camino con la embajada argentina, llega a Buenos Aires una carta de Mr. Herbert Moore, de United Press, adelantando que aquélla encontrará —habrá encontrado ya— un Londres tan animado como no se ha visto desde el primer período de la post-guerra. Londres es hoy la más alegre de las grandes ciudades del mundo, dice. Y esto no a pesar, sino a causa de la depresión. ¿Qué motiva en Londres tanta animación, tan chispeante alegría, tanto espíritu de diversión? Después de diez años de crisis, los londinenses se han aburrido de la crisis, hacen caso omiso de ella, se desquitan divirtiéndose; y como a causa de la baja de la libra Londres es una ciudad barata para los turistas de los países que mantienen el patrón de oro, se ha convertido en la Meca a donde ellos se dirigen. Encabezados por su ídolo, el príncipe de Gales, que baila su fox-trot y bebe su brandy tanto como cualquiera—dice Mr. Moore—los británicos de todas las edades y de todos los tipos, dedican al menos una noche por semana a divertirse en los restaurants-dancings y establecimientos por el estilo. Por una libra una pareja pasa la velada haciendo una buena cena de cuatro o cinco platos con buen vino, y por tres libras se cena con champagne en los lugares de lujo.



Romanones y el sufragio femenino

A las opiniones que se han dado a conocer sobre el próximo pronunciamiento del electorado femenino en España, ya no es necesario agregar ningu-



Cartas de la nieta a Mamá Justa

El relativo encanto de estar solas

COMO supongo que poco tendrás que decirme desde ese Buenos Aires, convertido en un horno, te escribo desde Mar del Plata para contarte algunas de las novedades que aquí ocurren y que se refieren, como es natural, a mi vida tranquilísima.

Yo había venido dispuesta, bien lo sabes, a divertirme, a bailar, a flirtear... Debo confesarte, querida abuela, que todo se logra aquí, aunque a medias. Me divierto por gotas, bailo con algunos chicos que todavía no han hecho el servicio militar, y no tengo con quien flirtear, como no sea con unos señores que andan por aquí pasando por solteros.

No sé cómo los cronistas sociales, que comentan todos los aspectos de Mar del Plata, no han descubierto todavía este curioso ejemplar de Don Juan que anda suelto por el balneario. Es claro que no es uno solo, sino que en conjunto suman varias docenas. Están en el Club Mar del Plata, en el Ocean y en el Golf. ¡Son divinos en su audacia y miran con una insolencia que provoca nuestra risa! Nosotras nos entretenemos en observarlos, cuando no en obligarlos a que su papelón sea más notorio. Uno de estos —médico por añadidura, que dice haber venido a Mar del Plata para visitar a un enfermo— me sacó a bailar la otra tarde en el club. Me lo habían presentado de pasada en la ruleta. En medio de toda la mostacilla que dominaba el ambiente, aquel médico era el centro de todas las miradas y de todos los comentarios. ¡Estoy segura que en cinco minutos de tango perdió diez años de prestigio! ¿No se darán cuenta estos hombres que se ponen en ridículo saliéndose del marco en que les corresponde quedarse? ¡Hay que verles la cara que ponen cuando bailan! Parece que estuvieran corriendo la Maratón. Y se explica: un par de fox-trots y un pasodoble los dejan extenuados; pero ellos persisten en su afán suicida, y el mejor día de estos se mueren de un ataque de angina. Sé de algunos que se han traído lindas parientas para tener con quien bailar, ya que a nosotras las solteritas no es fácil convencernos de que bailemos con tales vejestorios.

Por lo demás, querida Mamá Justa, la vida se desliza aquí plácimadente; hemos dado vuelta el codo del mes de enero, y febrero parece ser promisor de algunas reuniones interesantes. Entretanto, esperamos confiadas; Mar del Plata es una ciudad donde las mujeres estamos en una mayoría abrumadora. Encontrar un muchacho que haya cumplido veinticinco años y que sea interesante, es algo tan difícil que entra ya en la categoría de las cosas imposibles.

Lo que perdemos en diversiones lo ganamos en salud. Yo y la Gringa nos hemos dedicado a la vida primitiva en la playa. Estamos en la arena, tendidas al sol, desde que amanece hasta que anochece. Nos hemos puesto color bronce, y debo confesarte que nos sienta a las mil maravillas. Durante los primeros días se nos peló la nariz y los hombros, pero ahora parece que nos hubieran pintado con yodo. Aun así, querida abuela, estamos solas; los candidatos no llegan, y las que vinieron con el ingenuo propósito de hallar novio, han de regresar, como otros años, con la misma esperanza de tiempos mejores. Este encanto de estar solas es muy relativo y casi triste. A veces, a pleno sol, en la playa, me parece estar bajo la atmósfera de un día gris, desapacible y tormentoso...:

Te besa

TU NIETA.

na; pero, por lo mismo que se han dado a conocer tantas, ¿es posible omitir la del conde de Romanones? Ella en verdad, no añade nada a las demás, pero las corrobora, y la salsa es diferente. Romanones pronostica, dice United, que el voto de las mujeres va a aumentar en cierto modo una mayor tendencia hacia las derechas. Recordó que cuando él era ministro, el gobierno siempre se opuso al sufragio femenino, por considerar a las mujeres "ultraconservadoras". Pero el conde de Romanones hace una reserva que no sabemos si se fundará en su conocimiento de la psicología femenina o en otro género de conocimientos, fruto de la experiencia de un hombre de larga actuación política. Dice: "Sin embargo, debe tenerse presente que si en las próximas elecciones llegan a producirse disturbios, las mujeres se quedarán en su casa." Cierto, hay que contar con la natural timidez de la mujer; pero, ¿hay que contar también con los disturbios?...

Ni papá ni mamá

CREE haber descubierto el escritor Geo London que los niños están perdiendo la costumbre de llamar papá y mamá a sus padres, y que los llaman por su nombre, Alfredo o Margarita. ¿No sabes — asegura que le dijo a propósito de esto un amigo suyo — que la moda ha borrado las palabras papá y mamá del léxico de la vida moderna? Yo, para mi hija, soy Alfredo, y su madre, Margarita. Resulta mucho menos ceremonioso, y además nos rejuvenece a mi mujer y a mí. Dentro de cuatro años la gente tomará a nuestra hija por nuestra hermana. Tendrá gracia, ¿verdad?

Tendría... Lo más probable es que dentro de cuatro años la ingrata ya no quiera ser hermana de sus padres, y que a cada momento diga impertinentemente y con su vocecita rápida: ¡papá!... ¡mamá! Y "papá" por aquí y "mamá" por allá...

Por lo demás, no sabemos si Geo London no tomará la excepción por la regla. Lo que es entre nosotros, todavía se usa mucho decir papá y mamá... y hasta tata y mama.

El tango hacía envejecer

EN 1914 el tango hacía envejecer. El tango no tiene vida para mucho tiempo, porque hace envejecer a las mujeres, afirmaba entonces "L'Intransigeant" de París, según exhumación que acaba de hacer "Noticias Gráficas". Sí, desde 1914 todo ha envejecido veinte años (poco le falta), pero lo mismo hubiera sido sin el tango. No obstante, "L'Intransigeant" estaba convencido de que el tango apresuraba la acción del tiempo. Por la atención extraordinaria que exige de los bailarines, por la tensión de espíritu que les reclama — decía, — el tango contribuye a deformar el rostro. A las mujeres les iban a salir arrugas prematuras en la cara, y en esta convicción no vacilaba "L'Intransigeant" en pronosticar la próxima muerte del



tango, pues si las mujeres se resistían a bailarlo, ya era imposible formar pareja. "L'Intransigeant" exageraba el esfuerzo de atención que exige el tango, pero en París era uno de los temas de la época, y hasta se dijo que por culpa de eso muchos bailarines se mordían la lengua al hacer visajes para ayudarse a sacar figuras.

EL GALLO ATRASA

Por LINO PALACIO



Desocupación y desmoralización



REFIERE en "La Nación" el Dr. Nicanor Magnanini el caso de un sirviente de casa rica que un día abandona sin causa conocida su buena situación, y a quien no mucho después uno de sus ex patrones sorprende vestido de harapos y ejerciendo la mendicidad, y que interrogado por este motivo, da la explicación de que en su nueva vida tenía absoluta libertad, nadie lo mandaba, y ganaba mucho más. Los desocupados forzosos que piden un socorro por calles y puertas, tienen competidores desleales, y hay que contar también, entre ellos mismos, con los que se habitúan a vivir de la caridad pública y luego no encuentran ocupación que les convenga. Refiriéndose más especialmente al vagabundo del campo, dice el Dr. Magnanini que el individuo que comienza esa vida rara vez la abandona. El público contribuye con sus socorros a mitigar los rigores de la desocupación, pero aparte de que debe emplear su generosidad al azar, eso no puede impedir que se relajen los hábitos de trabajo entre los desocupados y cunda la desmoralización. Estas consecuencias de la desocupación ya son visibles, y han tenido una revelación ruidosa al descubrirse las actividades de juego y de merodeo a que se entregaban varios desocupados del Paraná.

Ríos de colores

HAY el río Negro, el Colorado, el Bermejo, el Blanco, el Turbio. Pero para ver verdaderos ríos de colores hay que ir a La Rioja, región del Famatina. Allí hay un río Amarillo que tiñe de amarillo y un río Azul que es azul. Acerca de estos ríos, dejaremos la palabra a un corresponsal viajero de "La Razón", que es su descubridor:

"El río Amarillo se denomina así porque sus aguas tienen esa coloración muy intensa — tanto que tiñen las piedras del cauce — adquirida al pasar por tierras impregnadas de óxido de hierro, que las hace intomables hasta por el ganado. En una quebrada cercana corre otro río cuyas aguas son de color azul celeste bellísimo, adquirido al cruzar un terreno impregnado de una substancia que los mineros denominan "jaboncillo de plata".

El corresponsal no dice lo que pasa si uno se baña en esos ríos.

Ministro de cuatro horas

SER ministro por cuatro horas es cosa que debe haber sucedido más de una vez, pues aun gabinetes enteros no han durado más que breves horas. Pero la gracia está en que le ocurra a un sainetero. Y bien, tampoco esto ha faltado, y fué con un sainetero tan caracterizado como D. Tomás Luceño. Las notas biográficas publicadas con motivo de su fallecimiento, han recordado el caso. En la revolución que destronó a Isabel II (1868), don Tomás Luceño fué ministro de la gobernación cuatro horas seguidas. En esa fecha, es verdad, él no había entregado todavía a la escena su primer sainete, pero tanto monta, a nuestro juicio, que fuera ministro antes como después de sainetero. Todo se juntó, al fin, en la personalidad de D. Tomás Luceño: el sainetero y el ex ministro de cuatro horas. Nunca vimos una tarjeta de D. Tomás Luceño, pero cuadraría muy bien a un sainetero poder imprimir tarjetas así: "Fulano de Tal, sainetero, ex ministro de cuatro horas."

ELEONORA

NOVELA LARGA DE CÉSAR DUAYEN

ILUSTRACION DE PINTOS ROSAS



CAPITULO V

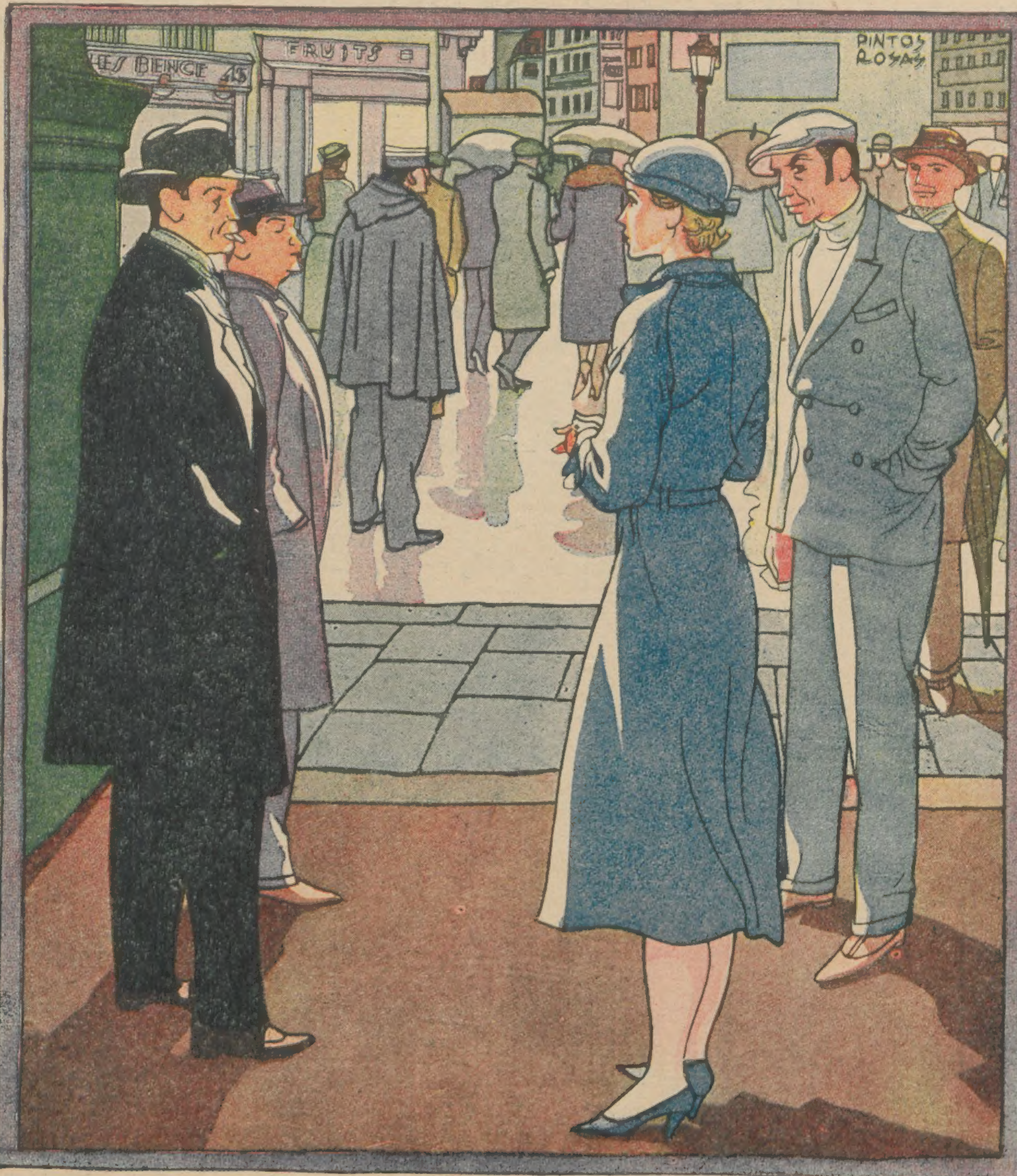
ELEONORA, sin ruido, entró en su habitación, encendió la luz, cerrando con llave la puerta, y quedóse parada, inmóvil, embargada por una afligente preocupación. Era aquel su dormitorio en la casa de los señores de Lemonnier, en Bruselas, alhajado para ella con gusto exquisito, confort y coquetería.

Le costó caminar después de un rato para tomar su bata de casa y cambiar por ella el traje de fiesta.

A ese decaimiento sucedió una nerviosidad que la impulsaba a moverse, a andar. Si alguien la hubiese observado, habría notado que su boca temblaba, apretábanse una contra otra, fuertemente, sus manos, tratando de dominar aquel estado nervioso insoportable, y que su paso era rápido, sin firmeza. Todo eso servía para persuadirla que los resortes de su energía amenazaban quebrarse.

Sus pasos condujéronla hasta la ventana, deteniéndose cerca de ella para apoyar la frente en los cristales. Presentósele uno de esos paisajes lívidos de las noches de invierno de Bruselas. En el jardín, las ráfagas oblicuas del viento arrastraban en torbellino las últimas hojas retrasadas en su caída y barrían los primeros copos de nieve.





"NOTÓ QUE SE LA MIRABA CON LA INSISTENCIA IMPERTINENTE DE OTROS MALOS DÍAS; OYÓ EXCLAMAR A MÁS DE UNO, SIN BAJAR LA VOZ SIQUIERA: "¡CARAMBA, QUÉ BELLEZA! ¡SI ES VENUS MISMA EN CARNE Y HUESO!"

Dentro de su dormitorio, entibiado por la más perfecta calefacción, sentíase transida por el frío exterior como si debiera llegarla desde afuera, húmedo y glacial. Habituada al clima benigno de su tierra americana, rica de sol, heríala la pena nostálgica de encontrarse lejos de ella, lejos de todo lo que la hacía feliz de vivir.

Durante los tres meses de su permanencia en el hogar de sus amigos, habíanla ellos tratado cual huésped de honor, colmándola de todos los halagos. Su pelirroja demostrábale un cariño vivísimo y sincero hasta conmoverla. Por complacer sus empeños renunció a su retraimiento, reanudando una existencia mundana muy activa, pues los señores de Lemonnier hallábanse relacionados con la sociedad más alta de Bruselas, en la cual se la recibió con iguales muestras de simpatía y admiración que en la de Buenos Aires.



César Duayen

Eleonora era demasiado mujer para no sentir satisfacción por tantas manifestaciones significativas de un nuevo éxito triunfal, el más codiciado y envidiado, quizá, por las mujeres. No bastábale, sin embargo, a las necesidades del alma y de la inteligencia.

Sus amigos habían conseguido de ella la promesa de quedarse un año entero en su casa, plazo largo a juicio de su escrupulosa delicadeza. Martha no le demostraba, en sus cartas, aflicciones ni nada capaz de entristecerla o inquietarla. Hablábale de su niño, crecido, por quien era recordada; de sus monjitas, de la estanzuela; la música, que cultivaba desde su partida con mayor pasión, ocupaba mucho sitio en las inocentes confidencias. Solía mandarle vestidos y monadas confeccionadas por sus manos; dos veces llegáronle pequeñas sumas desprendidas de sus economías.

En una de sus cartas había mencionado tímidamente a Mariano, cuya situación frente a su hermana y su profunda pasión supo interpretar fielmente desde el primer momento, contándole sin comentarios las versiones que sobre él corrían. Según ellas, nadie había vuelto a verle desde su despedida. Para unos, su desaparición encerraba un misterio, aun para los suyos, no conociéndose su paradero; para otros, estaría encerrado, por propia voluntad, en la estancia más lejana de su padre; muchos afirmaban que realizaba un viaje alrededor del mundo.

El silencio guardado en sus cartas por Eleonora sobre esta parte de la suya dióle a entender la significación de su reserva. Con su tacto habitual, no insistió Martha sobre un asunto irritante, se veía, para la susceptibilidad extrema de quien se creía ofendida.



Aceptado el pedido *(Continúa en la pág. 14)*

Resumen de lo publicado *Eleonora y Martha son dos buenas hermanas. A la muerte de su padre, Martha, por dar gusto a su madre, acepta la mano de un hombre a quien no ama, y a cuyo lado no goza de más felicidades que las que le depara su hijito recién nacido. Al morir poco después la madre, Eleonora es acogida en el hogar de la hermana. Tras de sufrir una grave enfermedad que la despoja de sus encantos, Eleonora recobra la salud y con ella la belleza. En estas circunstancias, volviendo de visitar a unas monjitas amigas, en un alto del camino se encuentra con una dama, vecina de casa y de figuración social, quien, encantada de ella, se propone presentarla en los salones que frecuenta, segura de que ese es su verdadero centro... Eleonora conoce a Mariano de Alba, joven que se prenda de su belleza. Ambos se aman; pero la familia de él se opone, y como de Alba es débil e incapaz de independizarse, no logra romper la oposición y quedan deshechas las relaciones iniciadas. El cuñado de Eleonora es un cínico e intenta propasarse con ella, que se defiende dignamente y castiga su osadía como se merece. Poco después Eleonora parte sola para Europa, deseosa de olvidar la crueldad de su destino, y a bordo traba conocimiento con lord Barrington, un anciano distinguido, quien le cuenta el drama de su vida: perdió su hija cuando estaba en vísperas de casarse. Eleonora se la recuerda por su parecido físico. Y se hacen muy amigos.*

El sincero insoportable

(CHARLAS PORTEÑAS)

Por

AMERICUS



REFERÍA Julián Enciso, aquel malogrado e insuperable "causeur" porteño cuyo nombre y cuya gracia nunca podrán olvidarse, que allá en su juventud, recién llegado a Madrid como secretario de la legación argentina, escaso de recursos para establecer su domicilio en un hotel, trató de ubicarse modesta y decorosamente en una casa de pensión. Guiado por un anuncio periodístico, se constituyó en una de ellas, cerca de la Puerta del Sol, y fué gentilmente atendido por la propietaria, simpatiquísima señora, movediza y locuaz, quien no tardó en mostrarle todas las dependencias del inmueble, exaltando con entusiasmo sus ventajas, sin excluir la calidad seleccionada de los huéspedes.

— Está muy bien, señora. Su casa y sus clientes me gustan mucho. Estaría encantado de ser su inquilino. Pero noto con pena que no hay un solo cuarto de baño. Y en ese caso...



— Oiga usted, señor. En esta casa, por más que lo busque, no encontrará usted cuarto de baño; no usamos ese adminículo, pero en cambio encontrará usted sinceridad, mucha, muchísima sinceridad.

Mi buen amigo no aceptó la compensación, e hizo bien. Nada es tan torturante como esa desabrochada sinceridad que le ofrecía la buena señora, esa sinceridad hispanoamericana que consiste en decir en todo momento las cosas con franqueza, en desnudar el espíritu sin objeto y sin reatos, en romper con palabras chocantes todos los velos que hacen amable la vida por el disimulo, la indulgencia y la tolerancia a que son acreedoras, en el trato diario, las actitudes del prójimo.

La sinceridad, que es una virtud suprema como sentimiento íntimo, como norma de conducta y como brújula moral para afrontar y resolver los grandes problemas de la existencia, deja de ser una virtud cuando su expresión al menudeo, y a boca de jarro, conduce a esas pequeñas mortificaciones innecesarias y gratuitas que derivan de que le soplen a uno al oído las cosas impertinentes que no tiene para qué escuchar.

La sinceridad del poeta, del pensador, del artista y hasta del político, que en su obra tratan de ser veraces y espontáneos, es un noble atributo que honra a quienes lo emplean; pero la sinceridad del quídam que a toda hora nos endilga textualmente lo que piensa, sin que se lo preguntemos, sobre nuestra salud, nuestros gustos, nuestros proyectos, nuestras flaquezas y nuestras esperanzas, es una irritante insolencia que no admite disculpas.

Los argentinos abusamos un poco de este género de sinceridad. Se nos va la mano en la franqueza. Sólo así se explican ciertas características de nuestro ambiente, que no nos llenan de asombro a fuerza de estar acostumbrados. Sin ir más lejos, ahí está ese peculiarísimo hábito de los apodos, que llega al extremo de que se admita como la cosa más natural del mundo designar a las personas con el nombre de cualquier producto del reino vegetal, animal y mineral. En el colegio, cuando niños, un camarada sincero nos encuentra caprichosamente parecidos a cualquier especie, variedad o tipo de esos tres géneros, y ya quedamos bautizados para toda la vida.

¿No se sorprenderían en París si nos oyeran hablar del "renard" Roca, del "chat" González Segura, del "singe" García Victorica, de "la vache" Tezanos Pinto, de la "crevette" Viale, del "poulet" Granada, de "l'oie" Pereyra, del "canarie" Gowland, del "lapin" Scheiner, del "mulet" Tornquist, del "canard" Egusquiza, del "perroquet" Benítez, del "crapeau" Miguens, del "teru-teru" Ham, del "chevreau" Landívar y del "chajá" Rodríguez Egaña?

¿Se concebiría en Londres que, en el trato familiar, les recordaran a las personas, mano a mano, y bien que cariñosamente, la poco grata condición de ser tuerto, o manco, o sordo, o mudo, o cabezón, o ñato, o rengo, o ronco, o feo, o dientudo? Puede suponerse a un gentleman británico, refiriéndose en la tertulia de su club, a "the one-eyed" Varela, a "the handies" Biedma, a "the deaf" Villafañe, a "the dumb" Argerich, a "the vig-headet" Salvatierra, a "the flat nosed" Alvarado, a "the lame" Díaz Arana, a "the hoarse" Molina, a "the ugly" Ramírez, o a "the protuding-teeth" Posse?

¿Se explicaría en Alemania el más agudo profesor de la universidad de Heidelberg cómo es posible que se designe a un distinguido caballero con el nombre de artículos de "menage" como Cacerola Varela, Tacho Randle, y Cucharita Robirosa, o ya directamente con el de alimentos más o menos nutritivos como Poroto Bustillo, Salchicha Elizalde, Bollito Sauce, Pelón Nazar, Habita López y Guayaba Senillosa?

No, señores; no. Esta manía de los apodos, tan nuestra, tan hispanoamericana, inspirada quizá en supuestas analogías, sugestiones y semejanzas no obedece a un espíritu perverso, sino a esa inútil y agresiva sinceridad con que desde la infancia, en el hogar y en la escuela, muchas personas se sienten irremisiblemente impulsadas a decir todo lo que piensan. ¿Se imaginan ustedes cómo le hubiera ido, hace cuarenta años, en Italia, al condiscípulo de colegio que lo hubiese bautizado a Mussolini con el probable sobrenombre de "Fachatosta"? A esta fecha, por lo menos le faltaría una oreja o la tendría mordida.

El sincero insoportable, personaje argentino, no deja de serlo desde la cuna hasta el sepulcro. Su afán de decir su innecesaria verdad es más fuerte que su posible educación; su aptitud para ser inoportuno es más poderosa que sus buenos sentimientos; su vértigo hacia la "gafe" irremediable es una fuerza ciega, un fatalidad incontenible.

Cada vez que uno de estos desaprensivos ciudadanos os dice: "Te voy a ser franco", ya os podéis preparar a la burda barbaridad que va a poneros de mal humor, a la "boutade" torpe y mortificante, al alfilerazo con el cual, sin mala intención, el hombre tiene el tacto infalible de abriros una pequeña herida dolorosa.

¿Usted, señor, tiene una tendencia a la obesidad, tendencia que lo aflige enormemente, por todas las razones, hasta el punto de considerarla como un verdadero infortunio? Pues bien: cada vez que el sincero insoportable lo encuentra en cualquier sitio, a cualquier hora y en cualquier circunstancia, ha de decirle:

— ¡Pero, che, cada día estás más gordo!... Tené cuidado. Hay que ponerse a régimen.

Y usted, señor, que no ignora ninguna de esas tres novedades: primero, que está muy gordo; segundo, que es preciso tener cuidado, y, tercero, que necesita ponerse a régimen, tiene que acoger el "ex abrupto" con una sonrisa amable, no contrariarlo y despedirse cuanto antes, porque se expone a que el delicioso jastial le espete una conferencia sobre los terribles peligros que le amenazan.

¿Usted, señor, a la inversa, acaba de sufrir una penosa enfermedad que ha minado su organismo, promoviendo en su espíritu las inquietudes y las cavilaciones del caso? Pues bien; nuestro hombre, al enfrentarlo, le dirá:

— ¡Pero, che, usted está muy mal! Su cara no me gusta nada. Lo noto medio tristón. Debe consultarlo a Castex o a Mariño.

Y a usted, señor, no le queda otro remedio que sonreír y tranquilizar a este inefable bárbaro que con la mayor buena fe acaba de endilgarle un disgusto.

¿Usted, señor, porque sí, porque tiene mucho dinero, y, últimamente, porque se le da la real gana, ha resuelto edificar un rascacielos en la plaza del Once, con planos del arquitecto Uriburu Quintana, y quiere darse el gusto en vida de poseer la torre más alta de la ciudad? No se sorprenda si mañana, a la vuelta de una esquina, el amigo sincero lo amonesta:

— ¡Pero, che! ¡Qué macana! ¿A quién se le ocurre edificar con esta crisis? Te vas a fundir. Además, te voy a ser franco, el arquitecto que has elegido tiene talento, pero es muy joven.

Al sincero insoportable con que todo el mundo tropieza cotidianamente en Buenos Aires, sin poderlo evitar, nunca, ni por asomo se le ocurre decirle a su interlocutor algo que pueda ocasionarle placer; toda su decantada espontaneidad, toda su altiva franqueza, todo su fervor amistoso, se concretan a la crítica, a la impertinencia y a la chocantería.

¡Lástima grande que este pródigo derrochador de opiniones al menudeo no aplique su sinceridad incorregible a juzgarse a sí mismo y a comprender hasta qué punto sus ocurrencias desconciertan, importunan, incomodan, lastiman, hieren y desesperan a sus víctimas inocentes! ¡Cuánto más simpático sería si fuese un poco menos franco con los demás y si se guardase ese apasionado culto por la verdad, como se guardan las pastillas de aspirina, para exclusivo uso interno!

Se me antoja que esta manía debe responder a alguna deficiencia orgánica. Deploro muy de veras que mis conocimientos de medicina sean nulos a tal punto de que sólo conozco el significado de tres expresiones pertenecientes al ramo: "hidroterapia", "externo-cleido-mastoideo" y "otorrinolaringología", bonitas palabras que, siendo estudiante, le oía con frecuencia a un amigo mío, quien las usaba para impresionar a la señora madre de su festejada, con quien, naturalmente, después se casó.

Con un léxico tan reducido, con una terminología tan pobre, es muy difícil que mi concepción científica acerca del sincero insoportable merezca el honor de un estudio del profesor Jacobs o un comentario del doctor Nerio Rojas. ¡Paciencia!

Con todo, trataré de explicarme a mi manera. Los hombres sabios sonreirán, desdeñosos, ante mi teoría, mas, seguro estoy que los profanos, los que al cloruro de sodio le llaman sal, encontrarán harto lógico mi razonamiento.

Por simple pálpito, creo, y eso a cualquiera se le ocurre, que entre el núcleo cerebral donde se elabora el pensamiento y la lengua, que es el órgano encargado de expresarlo verbalmente, debe existir algo así como una membrana permeable, un colador finísimo, una especie de tamiz destinado a retener como en un filtro todas aquellas ideas que no deben transmitirse al exterior. Si el hombre dijera automáticamente todo lo que piensa, si los juicios que concibe, en bruto, al natural, no estuviesen sometidos a ese contralor, la vida sería imposible y la convivencia social asumiría modalidades trágicas.

Al sincero insoportable le falta, pues, ese filtro, esa sutil membrana hecha de inteligencia, de oportunidad, de cultura y de educación, en cuya virtud no llegan a los labios, por más verídicos que sean, aquellos conceptos que sin un fin práctico puedan zaherir a los demás.

Alguien objetará que todo es cuestión de confianza, de la mayor o menor intimidad con el destinatario de esos conceptos. No hay tal. Nadie tiene derecho a desparramar ciertas verdades, a no ser que el propio interesado las solicite. Y aun así, lo más prudente es callarlas. No hay confianza que valga.



(Continúa en la pág. 71)

Cuando yo era chiquitito: lo que recuerda de sus años

"Compañera de mi niñez, ilusión de mi mi esposa - confiesa el general Justo, -

Nunca se justificará en mayor grado que hoy la existencia de esta sección de EL HOGAR. *El presidente de la República, general Agustín P. Justo, ha volcado en ella sus recuerdos de la infancia. Los primeros sueños, los primeros amores, los primeros pasos en la vida, las primeras luchas del hombre que hoy rige los destinos de la nación se traslucen en este reportaje que, por momentos, adquiere el vigor y la emoción de las cosas sencillas y verdaderas. Habla el general Justo de las tiernas alternativas de su niñez. Y del otro lado hay una sensibilidad femenina que se siente cautivada y una clara inteligencia que comprende y traduce.*

"...Cuando tuve que resolver el más hondo problema de mi vida, me fué preciso disentir con mi padre. Papá no quería que yo fuese militar, y en esa edad en que los niños se dejan guiar por la mano paterna yo tuve que defender mis ideales optando entre el padre o la carrera de las armas."

QUÉ puede interesar?... He aquí que, en poco tiempo, muchas veces escuché la frase. Los hombres no creen que el público pueda interesarse por sus recuerdos infantiles.

Y es que todos los niños son iguales, y, con ligeras variantes, sus emociones obedecen a idénticos estados de alma. Que este es rico, que aquel es pobre; la infancia podrá tener mayor o menor calor de afectos o de alegrías, pero nadie se atrevería a hacer grandes pronósticos sobre el futuro de las criaturas.

Todo esto es verdad; es verdad también que los niños no trazan su destino, que todos querrían ir hacia la felicidad y el bien, que las fuerzas que rigen la vida de los seres no dicen a éstos lo que les preparan, no los previenen tampoco, no los auxilian.

Hay criaturas, sin embargo, que, obedeciendo a una fuerza interior imperiosa y tenaz, sienten la vocación, toman toda su defensa cuando se quiere intentar destruirla. En el general Justo la vocación se reveló siendo apenas tierno niño.

Su mayor admiración: Mitre

—TRES años tenía — dice, después de intentar esconder sus recuerdos y una vez que las preguntas le han llevado insensiblemente a la dulzura del pasado — cuando ya deseaba parecerme al general Mitre. Es más, mi natural infantil no podía hacerme comprender bien las cosas, y yo quería "ser" el propio general.

Esta admiración que me llevaba a acariciar la idea de ocupar su lugar, era, por otra parte, bien justa. En nuestra casa todos le querían y su figura era familiar en el hogar.

— *De todos modos, llegó usted a general.*

— Ciertamente, y créame que mi trabajo me costó, porque en mi casa había una profunda aversión por todo lo que fuera militar.

— *¿Era usted un niño caprichoso?...*

"Tres años tenía — dice, después de intentar esconder sus recuerdos y una vez que las preguntas le han llevado a la dulzura del pasado — cuando ya deseaba parecerme al general Mitre."

El santo recuerdo de la madre y la visión del padre prisionero

—NO; era bueno. Mimoso y regalón de mi madre, ciertamente que lo he sido. Mi madre me quería mucho, como quiso a todos sus hijos. Yo la amé con especial predilección. Ella murió joven, y mi único pesar es el de no haber contribuído a su felicidad en los momentos en que mi triunfo o mis éxitos la hubieran llenado de orgullo. Fueron mis manos las que cerraron sus ojos.

La emoción se recoge en el rostro del general Justo, y parece llenarlo de bondad. El hombre ha dejado de ser presidente para ser solamente hijo. Y entonces, al advertirlo, tocado de lágrimas escondidas, mis preguntas se suceden rápidamente.

— Sí — dice, — hay recuerdos llenos de emoción. Era yo muy chico cuando, obedeciendo a causas políticas, mi padre fué preso. Para verlo, me llevaron, y mis ojos lo contemplaron tras las rejas de la prisión. No fué miedo, que no lo sentí nunca, fué una impresión extraña, confusa, que, sin alcanzar a ser dolor, era sorpresa ansiosa, deseo inmenso de comprender, de interpretar...

— *¿Lloró usted al verlo?*

— No, porque mi inocencia no establecía las causas originarias. Ahora comprendo que debió impresionarme, porque los años no han logrado desvirtuar el recuerdo.

— *¿Quería usted mucho a su padre?*

— Éramos grandes amigos.

— *¿Qué soñaba él para usted?...*

Militar a pesar de todo

— ALGO que no era lo que yo soñaba, porque cuando tuve que resolver el más hondo problema de mi vida, supe que disentíamos completamente. Papá no admitía que yo fuese militar, y, en esa edad en que los niños se dejan guiar por la mano paterna, yo tuve que defender mis ideales, optando entre el padre o la carrera de las armas.

— *¿Y entonces?...*

— Le abracé llorando, conmovido profundamente por la rebeldía que significaba mi gesto, por el dolor que me causaba herirlo en sus ideas, pero entré al Colegio Militar. Llevaba una pena escondida, amparada por una voluntad firme. Aparecía a lo lejos el grado de "general", la imagen de Bartolomé Mitre.

— *¿Y su padre?...*

— No lo vi durante tres años.



"Yo era bueno. Mimoso y regalon de mi madre, ciertamente que lo he sido. Mi madre me quería mucho, como quiso a todos sus hijos. Yo la amé con especial predilección. Ella murió joven. Fueron mis manos las que cerraron sus ojos." (El general Justo, a la izquierda, aparece aquí con su madre y sus hermanitos Felipe y Otilia.)

infantiles el presidente de la República adolescencia, madre de mis hijos, ha sido la novia de toda mi vida."

Por VERA CAMPOS

—*¿Y su mamá no pudo influir en el ánimo de él para cambiar esa resolución que, lógicamente, debía dañarlos a los tres?...*

—No pudo.

—*¿Se plegó al padre o al hijo?*

—Al uno y al otro. El corazón de las madres hace siempre milagros. Ella me vió cada semana, confortándome con su dulzura y dándome aliento con la bondad de sus ojos confiados.

—*Si ella se hubiera plegado al padre, ¿también hubiera usted ingresado al Colegio Militar?...*

—También.

—*¿Y hubiese pasado tres años sin verla?*

—Hubiera sufrido lo indecible, pero mi propósito estaba en mí, era carne en mi carne y aliento en mi alma. Yo necesitaba ser militar.

—*¿Duraron mucho tiempo las hostilidades?*

—Todo pasa en la vida, y tres años después, cuando volví a encontrarme con mi padre, su abrazo de camarada calmó las penas de la separación.

—*Él, ¿se reconcilió con la carrera elegida?...*

—Sí. Yo procuraba demostrarle que era mi destino. A los diez y seis años ceñía espada.

Recuerdos hundidos en el tiempo

—*¿TENÍA usted muchos hermanos?...*

—Éramos siete, y todos muy compañeros. En nuestro hogar el afecto que reinó hizo de nosotros cariñosos hijos. Teníamos el estímulo y la comprensión.

—*¿Recuerda bien cómo era su padre en la edad de sus juegos infantiles?*

—Perfectamente. Era todo un caballero. Y un hombre lleno de generosidad y virtudes. Cuando yo nací, estábamos en Concepción del Uruguay, y ahí llegó él en la última miseria. Para salvarlo de las garras antipáticas, los amigos le hicieron juez del crimen. Todo su sueldo fué a parar a las escuelas de Entre Ríos.

. . . .

El general Justo habla de sus padres con la voz llena de ternura. Junto al balcón veo brillar sus ojos enternecidos. La tarde suaviza su paisaje en la llegada de la noche. El paseo Colón muestra su perspectiva verde y roja de musgo y de ladrillo tamizado. A lo lejos, el río, liso, tranquilo, como de metal. Arriba, el cielo azul. Y en la antecámara el vago rumor de los que esperan que el presidente de la nación termine de decir sus recuerdos a una cronista insistente.

—*¿Algo más, general? ¿Algo más?... ¿Cuánd[illegible] ¿Quién le enseñó las primeras letras?...*

—¡Mi madre! Ella fué mi maestra primera y la maestra de todos sus hijos. Me enseñó a leer en la cartilla de Sastre. Mi mesa de lectura fueron las rodillas maternas.

—*¿Era usted muy chiquitito?...*

—Estoy por creer que las primeras letras las aprendí cuando todavía no llevaba pantalones.. Pero... Me resisto a creer que puedan interesar cosas tan simples y tan sencillas.

—*Sin embargo, ¡es tan difícil ser simple y ser sencillo!*

—Cuando se tiene el espíritu sin amarguras, cuando se vive sin prevención, sin rencores y sin odios, bien se pueden decir las cosas tal como aparecen a flor de recuerdos.

—*Y es entonces cuando en realidad interesan. La gente ve a los seres desde afuera y los juzga de acuerdo a circunstancias que están lejos de ser la realidad.*



Doña Ana Bernal de Justo, esposa del presidente de la República y novia suya desde la infancia.



"La novia de mi vida ha sido mi esposa. En aquella época en que los sueños de los chicos van, por una ley natural, hacia los afectos femeninos, ella fué mi novia. Creo que esto ocurrió cuando mis siete años apenas se iniciaban."
(El general Justo es, en esta fotografía, el niño que se ve a la izquierda.)

—Efectivamente. Pero puede usted decir que el niño de ayer era desprevenido y sano como el hombre de hoy. Entonces, como ahora, sólo me dominaba un deseo: el de cumplir con lo que constituía una obligación impuesta por mi propio empeño o anhelo.

Su carácter y su primero y único amor

—*¿ERA usted un niño de carácter?...*

—Sí, y de buen carácter. Creo que he sido un buen hermano y un buen hijo. Por lo menos lo he intentado, y he puesto mi esfuerzo en que los míos lo sintieran también.

—*¿Tenía usted novias cuando era chiquito?...*

—La novia de mi vida ha sido mi esposa. En aquella época en que los sueños de los chicos van por una ley natural hacia los afectos femeninos, ella fué mi novia. Creo que esto ocurrió cuando mis siete años apenas se iniciaban.

—*¿Jugaban juntos?*

—Y le decía "novia mía" para mi interior y para los otros.

Estudiante de ingeniería y papá de un bebé

SONRIÓ tocada en mi sensibilidad femenina. ¡La novia de toda la vida! ¿Cuántas mujeres podrán decir que han sido la única novia del amado? ¿La novia del niño, del adolescente y del hombre?...

—*¿No cambió jamás de sentimiento en la edad de las veleidades?*

—Me casé siendo estudiante de ingeniería. Era un muchacho. Tuve un hijo antes de recibirme, y asistía a la Facultad por las mañanas, tras pasar las noches en vela, acunando o paseando a mi hi-

(Continúa en la pág. 71)

El presidente visto en su niñez por Lino Palacio.

Eleonora

(Continuación de la pág. 10)

de los Lemonnier de permanecer con ellos un año en Bélgica, decidió la joven alejar también su desasosiego, ya que disponía de tiempo para reflexionar en las causas que lo motivaban.

"Serán las vacaciones de mis inquietudes. Al fin y al cabo tengo aun cuando sea por poco tiempo", se había dicho.

Vinieron a aliviarla, asimismo, dos cartas de su compañero de viaje, lord Barrington, insistiendo en el placer que les produciría, a él y a su esposa, una visita suya en su residencia de Inglaterra.

Todo se le presentaba favorable, pues, hasta hacía pocas horas. Reunidos en el "hall" con varias amistades, servíales ella el aperitivo, a la espera del dueño de casa para sentarse a la mesa, cuando éste entró de la calle con una expresión de contrariedad, la cual no escapó a ninguno de sus comensales, refiriendo haber sido designado por su gobierno para una misión delicada en las lejanas colonias belgas, hacia donde debía partir en seguida, acompañado, naturalmente, de su esposa.

Todas las súplicas de su pelirroja de partir también estrelláronse, esta vez, contra la negativa de la joven a poner mayor distancia entre su hermana y ella, yendo a tierras desconocidas. Diéronse llorando las buenas noches, pero Eleonora fué inflexible en su negativa.

No es difícil comprender cuál sería el estado de aquella criatura ante el dilema obscurecido nuevamente de su propia vida.

Volvió a sus maquinales paseos, recorriendo la pieza de arriba abajo, y, por fin, cansada, cesó de andar, deteniéndose nuevamente al lado de su cama. Fijóse su mirada en la cabeza del Cristo, obra artística que había pertenecido a su padre, de la cual no se separaba nunca, colgada a su cabecera.

La contemplación de la boca amargada, de los ojos persuasivos y tristes de ese símbolo del dolor abrió su llanto, e imploró ella como desde hace dos mil años imploran las generaciones:

—¿Adónde iré, Señor? — exclamó, tendiendo hacia él sus brazos con la elocuencia natural que tenían sus gestos, pidiendo consejo a aquel que aconseja desde entonces al hombre sin ser escuchado por el hombre.

En esa interrogación de Eleonora, repetida bajo el techo de su hermana, en el barco que la alejaba de ella y de su país, en la casa de sus amigos de Bruselas ahora, aparecía, desesperante, su desorientación: "¿Adónde ir?", traducía su incapacidad para encontrar el rumbo de una vida tal cual la suya, niña pobre, desamparada, de una hermosura excepcional, de una seducción irresistible.

Entrar en la casa de Florencio Andrade, dormir donde el hombre abominable respiraba, se le había hecho imposible; difícil le sería encontrar ocupación en el extranjero, si tanto había sido encontrarla en su propio país; podía visitar a los Barrington, mas no pedirles asilo. ¿Adónde... ir?

Una de sus mayores contrariedades era la necesidad de ocultar a Martha la verdadera razón de su viaje. Pensar que su hermana adorada pudiera llegar a ver en la prolongación de su ausencia un desvío, la atormentaba. ¿Y cómo anunciarle su permanencia en Europa sin el apoyo moral de los señores de Lemonnier?

Conservaba en previsión un poco de dinero acumulado sobre el traído por ella desde Buenos Aires y el recibido de Martha. Una semana antes del día fijado para la partida de los Lemonnier tenía perfectamente calculados y prontos los fondos imprescindibles para responder a sus necesidades durante tres meses. Aprendió a mentir, confiando a su pelirroja afligidísima su resolución de embarcarse inmediatamente en Francia, regresando a la Argentina. El mismo día abandonaban la fría tierra de Flandes, en distintas direcciones, los tres amigos.

Eleonora entró en París una noche lluviosa y fría. Llevaba presentaciones para la legación y el consulado belga, las cuales, a tales horas, no era posible presentar; y por otra parte, no deseaba hacerlo. Una señora de escasos recursos, a quien pidiera en reserva la dirección de algún modesto hotel o pensión, dióle una carta para cierta familia, dueña de una pensión honesta y barata.

Grande fué el asombro de esa pobre gente viendo entrar, a tales horas, a aquella deslumbrante mujer en su pobre casa.

Se la recibió con desconfianza hasta el momento de leer la carta de la señora belga.

Al día siguiente, de mañana, visitó la viajera una iglesia, recorriendo después algunos sitios de París cuyos nombres conocía a través de sus lecturas. La lluvia tornó a caer con fuerza, obligándola a guarecerse en un pasaje cerrado, donde se aglomeraba mucha gente a la espera de que amenguara el recio aguacero. Notó que se la miraba con la insistencia impertinente de otros malos días, y oyó exclamar a más de uno, sin preocuparse de bajar la voz:

—¿De dónde sale esta diosa?... ¡Caramba, qué belleza!... ¡Si es Venus misma, en carne y hueso!

Sintiéndose por ello indignada, hasta el extremo de abandonar el refugio en plena lluvia.

Resuelta a encontrar un medio de vida digno de una señorita antes de conocer nada de la ciudad atrayente, o de irlo a buscar en provincia, si fuere necesario, tropezó con todos los inconvenientes imaginables, ofrecimientos humillantes, decepciones de todas clases y colores, mayores aún de las conocidas ya por ella.

Transcurrió así un mes. Sus recursos disminuían, y pasaba la vida encerrada en el cuarto miserable de la pensión los momentos en que no rondaba por las calles tratando de encontrar una luz salvadora. Más de una vez le asaltó la tentación de volverse a su país; la detenía el horror del cuñado y la seguridad de enfrentarse, si no iba a su casa, con la difamación social.

Una de tantas noches agitadas, tuvo un sueño: distinguió la figura de un hombre joven, distinguido, flaco y muy pálido, vestido con un impermeable gris y una gorra de viajero. Mirábalo ella, dormida, como a uno de esos desaparecidos que se creyeron muertos e inesperadamente vuelven: era otra vez Mariano de Alba. Con sonrisa triste y voz temblorosa, extendiendo hacia ella su mano abierta cual el mendigo que implora al pasante, díjole: "Eleonora, quiéreme; ven conmigo. Salvémonos los dos." En ese instante despertó.

Impresionábanla hondamente, sin querérselo confesar, aquellas apariciones de quien fuera su prometido. Si ella lo había desterrado de su memoria, la cual permanecía her-

(Continúa en la pág. 18)

Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI















VERANEANTE MISTERIOSO

Mar del Plata, febrero 10.- Está llamando la atención la vida de nabab que lleva aquí el Sr. Pancho Talero, ex inspector del Lacroze. Ayer se le vió arriesgar hasta 12 $ en la ruleta, y la semana pasada, con un alarde descarado, se permitió tomar un vermouth con aceitunas en plena rambla. ¿No tendrá que ver algo esto con la falsificación de billetes de 50 $?...

Hoy le vimos alquilar una bicicleta y partir con rumbo desconocido.









¿Tiene derecho el marido a pedir el divorcio cuando su mujer engorda?

Por RAUL BOIX

EL tribunal del Estado norteamericano de Nevada acaba de fallar un pleito de divorcio conforme a los fundamentos de la demanda del marido, adversario de las mujeres gordas, como casi todos los hombres actuales.

A los legisladores de los países donde existe el divorcio pleno no se les había ocurrido que la gordura excesiva de uno de los cónyuges pudiera ser causa bastante para disolver un matrimonio. Sin embargo, este yanqui de Nevada no se ha conformado con el aumento de peso de su cara mitad; cuando se casó, en 1890, ella era una esbelta muchacha de unas ciento veinticinco libras; ahora su peso es de doscientas cuarenta libras. ¡Qué horror!

—*Si yo hubiese visto* — ha declarado el esposo — *que observando las prescripciones de los médicos no adelgazaba, me hubiera resignado, porque se trataría, entonces, de una enfermedad.*

Este buen hombre hubiese admitido la adiposis de su cónyuge como otros admiten la consunción, el cáncer, la ceguera, la fealdad originada por los años, etcétera. Una dolencia cruel destruye los encantos de la esposa, un accidente callejero o una acción de guerra dejan lisiado al marido. No importa... En muy rara ocasión y en muy contados países la enfermedad se considera causa de divorcio. A lo sumo, la demencia incurable, las enfermedades crónicas contagiosas y el alcoholismo inveterado e indómito figuran entre las causas de ruptura. En estas leyes persiste, ductilizada, permeabilizada, la idea evangélica del matrimonio. El Evangelio nos dice que debemos aceptar, según los casos, al esposo incompleto y a la mujer en ruinas. Al placer substituye el deber; a la voluptuosidad, la caridad.

Pero no es este el caso. Se trata de una gorda recalcitrante, orgullosa de sus líneas curvas. No quiso someterse a ninguna dieta, a ninguna privación en la mesa, a ningún ejercicio gimnástico, a nada de cuanto los médicos le prescribían para adelgazar.

Los jueces de Nevada, después de estudiar detenidamente los fundamentos del demandante y oír las réplicas de la demandada, le han dado la razón al marido. No han condenado la obesidad, sino la desobediencia, la intransigencia, la contumacia de la mujer. No han fallado un pleito de divorcio en contra de una mujer por ser gorda, sino por obstinarse en no dejar de serlo.

Señoras: a los maridos no les gustan las mujeres gordas. No imiten ustedes a la gorda recalcitrante de Norte América. Cuiden la línea. Y vean cómo se adelgaza en Hollywood, donde las formas se cuidan más que en ninguna otra parte.

Un documento sensacional

UNA indiscreción acaba de proporcionarnos un documento sensacional. Se sabe que ciertas estrellas de Hollywood tienen un diario en el cual anotan los sucesos memorables de su vida. Esto es lo que ha escrito una de ellas últimamente:

Martes. — Lo vi a Ted Brown. Volveremos definitivamente el mes próximo. Vigile su línea, me dijo. Volví a casa. He llamado a mi médico. Muy inquieta. Tengo rollos de carne en las caderas. Me ordenó un régimen. Empezaré mañana.

Miércoles. — En el desayuno un huevo. Medio grape-fruit, una tostada, seis rebanados de pepinos. Té. Larga conversación con Mary. Ella ha perdido seis kilos. Desolación. Uno de más. El peso exacto del personaje que tiene que interpretar es de 48 kilos 650 gramos. Ha prolongado demasiado el régimen. No podrá volver antes de haber recuperado el kilo. Jack se ha violentado demasiado. Ha hecho mucho sport. Me ha confiado que si esto continúa dejará el cine. Pero se quedará en Hollywood. Abogado, pleiteará por nosotras o en contra nuestra. En fin, por el que le pagará, bien entendido. Es un hombre de negocios. Tendrá éxito.

Jueves. — He suprimido la tostada y la he reemplazado por una lechuga. Constancia me vino a ver. Hablamos de su film, de su director de escena. Ella detesta los hombres gordos del tipo de Fatty. ¡Si al menos se cuidara de hacer desaparecer el vientre! Tiene un régimen para él, pero no se atreve a aconsejárselo. Se pesó esta mañana O. K. Todo va bien hasta fin de semana.

Viernes. — Basta de huevo, pero siempre el medio grape-fruit. Esta noche tengo derecho a una tajada de carne asada. Acabo de leer un libro sobre las mujeres flacas. El autor afirma que es a ellas a quienes pertenece el porvenir. Ha hecho estudios muy completos sobre el tema. Contrariamente a lo que se ha dicho, todas las mujeres célebres, todas las grandes amantes de la historia, eran delgadas: Cleopatra, Cressida, Iseo, Lucrecia Borgia, Eloísa, madame de Pompadour. Esto prueba, entre paréntesis, que los historiadores americanos son los primeros del mundo.

Sábado. — Al mediodía, chuleta de cordero. He adelgazado, es indiscutible. Joan, a quien encuentro, está en la gloria. Ha rehusado despojarse de 750 gramos esta semana. "Tengo de necesidad de esto para volver a vivir — me dijo. — Considera un poco, acabo de perder a mi marido. El pobre muchacho se ha matado anteayer en automóvil. ¡Qué placer le hubiera causado saber antes de su muerte que..." Joan empezaba a enternecerse. "Cuida tu maquillage", le he dicho. ¡Ella lo había olvidado! Gracias calurosas; luego recobró su maravillosa sonrisa, que acababa de asegurar en cincuenta mil dólares.

Domingo. — He leído esta noche una traducción inglesa del "Martirio del obeso", de un autor francés que se llama Henri Beraud. Muy gracioso y muy justo. Parece que Henri Beraud, hastiado de ser gordo, se ha puesto flaco como un clavo. (La noticia es, felizmente, falsa. Consultado Henri Beraud, aseguró que sigue pasando los cien kilos...) Me agradaría conocerlo. Mi régimen es el siguiente: en el desayuno: una naranja y una taza de té. Ted Brown, a quien he visto esta mañana, me ha felicitado. Parece que Norma hace en este momento como yo.

Cuando una mujer hace lo posible por adelgazar, sometiéndose a un tratamiento riguroso, el marido no tiene más remedio que tolerar su gordura. Pero si no es así, puede entablar juicio de divorcio.



(Continúa en la pág. 21)

la página para la casa

CHARLAS
SOBRE EL "PERDÓN"

Vencer y perdonar
es ser vencedor dos veces.
CALDERÓN.

—El hombre honrado no se venga de una injuria; prefiere perdonarla.
—Nada es más dulce que dar, ni más deleitoso que perdonar.
—Es de alma grande vengarse de las injurias con beneficio.
—Son pocos los que perdonan, aunque son muchos los que olvidan.
—Comprenderlo todo es perdonarlo todo.
—"Dios" perdona al que se arrepiente; el mundo al que persevera en el mal.

El que perdona
vence más que el que se venga.
RUIZ DE ALARCÓN.

DESTINO QUE DEBERA DARSE A LAS HABITACIONES

AL instalarnos en un edificio debemos pensar, entre muchas otras cosas, en el destino que se dará a cada aposento.

Ante todo se elegirán los dormitorios, tratando de que sean secos, bien ventilados y asoleados.

El comedor, punto de reunión de la familia, debe ser amplio, tener mucha luz y aspecto alegre.

El escritorio, grande o pequeño, según las necesidades, debe ser bien aireado y bien iluminado, como para que no haya necesidad de utilizar allí durante el día otra luz que la solar, que como es sabido es insuperable desde cualquier punto de vista que se la considere.

El cuarto de estudio y el de costura deben reunir las mismas condiciones.

Para salas de recibo se destinarán aposentos grandes o pequeños, según las conveniencias de cada uno, pero, sean como fueren, se ubicarán con preferencia sobre la calle, cuyos ruidos, si resultan molestos, lo serán sólo por el breve tiempo que se permanece en ellos.

Como regla general, se elegirán las habitaciones más aireadas y asoleadas para los destinos en que se haya de permanecer más tiempo.


En cualquier habitación que esta pequeña mesa sea colocada habrá de constituir un adorno de indudable buen gusto. Un florero o un libro realzarán su belleza.

HERMOSAS VIRTUDES

SON virtudes que todos debemos poseer, el respeto y la sinceridad.

El respeto es un sentimiento de veneración y deferencia por algo o por alguien.

Son especialmente dignos de respeto la virtud, el talento, el honor, la ancianidad, la desgracia, la autoridad religiosa y civil.

La soberbia, la brutalidad, la ignorancia reunidas, engendran la irreverencia, que es precisamente todo lo contrario al respeto.

La sinceridad estriba en la conformidad de nuestras palabras con la realidad de las cosas tales como las vemos, sentimos o comprendemos. Es esta una de las más preciosas virtudes del hombre, fecundísima en bienes de toda especie, digna hija de todo sano corazón y de todo espíritu elevado.

Hay ciertas verdades, no obstante, que la prudencia, la delicadeza y el respeto que debemos a nuestros semejantes nos obligan a callar, y en tales casos no debemos confundir esta noble virtud con la mal entendida franqueza, carátula con que se cubren muchas veces el atropello y la grosería.

AFECCIONES DEL APARATO CIRCULATORIO

EL aparato circulatorio realiza una función vital; es preciso mantenerlo siempre en condiciones de que pueda cumplirla sin inconvenientes, sin fatigas y sin someterle a un trabajo excesivo.

De la fuerza de la sangre y de la regularidad en la circulación dependen, en gran parte, nuestra salud y nuestro bienestar.

Es indispensable desterrar la costumbre de oprimir el cuerpo con ligaduras o ropas estrechas, pues ellas comprimen a los órganos y obligan al corazón a grandes esfuerzos que pueden llegar a tener consecuencias muy graves, entre otras, la rotura de las arterias o de las venas, por la afluencia de sangre que no encuentra libre el camino que debe recorrer. El corazón mismo puede sufrir trastornos muy serios, difíciles de calcular.

Sólo en el dolor es capaz una mujer de sobrepasar la mediocridad. En este punto su resistencia es infinita.

Casi siempre, las ligaduras constituyen un atentado contra la salud general.

En muchos casos, las hemorragias internas y las congestiones al cerebro, a los pulmones, al hígado, etcétera, no se deben a otras causas.

La posesión de las riquezas tiene lazos invisibles, en donde el corazón se enreda fácilmente. BOSSUET.


Entre los conjuntos de muebles modernos que responden a las exigencias de capacidad y de estilo de los departamentos que se construyen en la actualidad, el que reproduce este grabado cumple perfectamente y es de exquisita elegancia. Como se ve, el estilo de los muebles llena en el espacio más reducido las más imperiosas necesidades del confort, y el tono y fantasías de las telas, de extraordinario efecto decorativo, con los tonos que decoran las paredes, permiten deliciosos efectos de luz, que rodean a la pequeña estancia de un rico ambiente acogedor.

PROCEDIMIENTO PARA CONOCER EL ACERO

PARA distinguir rápidamente y con facilidad los objetos de acero de los de hierro, se toca la superficie del metal con una gota de ácido sulfúrico diluído. Si ésta produce una mancha negra, se puede asegurar que el metal es acero, porque aquella mancha descubre la presencia del carbón insoluble en los ácidos que el acero contiene; en el caso en que sea todo hierro, se produce una mancha de un color verdoso, que desaparece lavándola con agua.

MANERA DE EVITAR QUE SE OBSTRUYAN LOS MECHEROS

COMO la obstrucción de los mecheros es debida al polvillo contenido en las tuberías, se podrá impedir aquélla colocando en la base del mechero un taponcito de algodón en rama, lo suficientemente blando para que permita el paso del gas, pero que impida el del polvillo, actuando a manera de filtro.

AGUA DE MAR ARTIFICIAL

SE obtiene disolviendo en tres metros cúbicos de agua dulce cien kilogramos de una mezcla salina cuya composición es la siguiente:

Cloruro de sodio, 20 partes; cloruro de magnesio, 11 partes; cloruro de potasio, 3 partes.

CONSEJO PARA LA AUTOMOVILISTA.

Las correas se aflojan después de un largo período de uso. Deben mantenerse tirantes para que el sistema de refrigeración funcione bien.

UN LIVING-ROOM ITALOESPAÑOL

Es imposible crear la atmósfera de un living-room ítaloespañol del siglo diecisiete, a menos que esta habitación tenga ciertas características arquitectónicas. En primer lugar, el cielorraso debe ser alto y preferentemente adornado con vigas, además de tener que ser lo suficientemente amplio para contener los muebles típicos de tal época.

El mobiliario podrá ser de nogal o roble. La habitación presentará, pese a la abundante cantidad de objetos en ella colocados, un aspecto general y pleno de sencillez, no exenta de cierto grado de austeridad.

UNA HABITACION INFANTIL

Nada hay más encantador en una casa que el dormitorio de un niño. Sencillez, buen gusto, vistosidad en los adornos, todo esto se desprende de la estancia. Viéndola nos parece hallarnos en presencia de algo realmente bonito. Es que el dormitorio de un niño tiene el doble encanto de cobijar un ambiente de inocencia reconfortado por una sensación de juvenil estética.

~

Todos sabemos por experiencia propia la gran comodidad que nos ofrece un lecho cuando sus sábanas son lo suficientemente largas como para poder ser apresadas fácilmente bajo el colchón. Y, sin embargo, ¡cuántas dueñas de casa hay que anteponen la calidad de las sábanas al tamaño de las mismas!

~

La evolución que actualmente experimentan los muebles marcan una gran tendencia a la adopción del mobiliario antiguo, especialmente el que predominaba en el siglo diecisiete. Hay sobriedad en los dormitorios, austeridad en las salas y una gran sencillez en todos los conjuntos.

Eleonora

(*Continuación de la pág. 14*)

méticamente cerrada hasta para su nombre, ¿para qué insistía? A pesar de su innata dulzura, dominada por la decepción y el orgullo, jamás había consentido en reflexionar en su injusticia para con el hombre que la había querido por sobre todas las cosas de este mundo.

Martha combatía desde su niñez esa intransigencia y ese orgullo, raros de explicar en una naturaleza toda bondad cual la suya, desviada a veces, como en este caso. Para acallar esa voz de la conciencia, la cual, irreductible, nos revela crudamente en toda su desnudez lo bueno y lo malo, lo justo e injusto de nuestras intenciones y de nuestros actos, Eleonora rió irónicamente de la doliente aparición, diciéndose, en voz alta:

—¡Pobre Mariano, reducido al estado de fantasma!

Reía con los ojos húmedos.

Comenzaba diciembre; nevaba, las calles llenábanse de fango, no aparecía el sol. En la casa helada, sin fuego, mal alumbrada y maloliente, donde todo le faltaba, moríase de privaciones y el tedio la devoraba. Pasaron de este modo día tras día, hasta que una mañana levantóse tonificado el ánimo por una resolución. Cubrióse con la capa de lluvia para dirigirse al correo, desde donde expidió un despacho para lord Barrington, diciéndole simplemente: "Voy mañana a visitarlos." Iba a pedirle un consejo.

ELEONORA, al llegar en el automóvil que había ido a buscarla, a la mansión de lord Barrington, donde se la esperaba, no miró el parque espléndido, tampoco la fachada majestuosa tapizada de hiedra en los muros laterales, ni las estatuas de los jardines, ni los lacayos de librea escarlata abriendo a su paso el gran portón de hierro, porque sólo veía a un caballero de cabellos blancos que salía a su encuentro, abría la portezuela del coche, besaba su mano y la ayudaba a bajar.

Con una exclamación de júbilo y la espontaneidad encantadora de su temperamento, le apresó ella las manos y le dió un beso sonoro en la frente. Apoyada en su brazo, subió luego unas gradas, encontrándose en un atrio regio, revestido de mármoles de diferentes colores.

Una dama de alta estatura y gran aire, movimientos lentos y expresión algo fría, pero hermosa todavía, vestida de raso negro, adelantóse a recibirla. Hacía un movimiento para abrazarla, mas, al verle la cara frente a frente de más cerca, se contuvo: muda e inmóvil, miróla un rato, cerró los ojos y pareció expuesta a caer. Su marido, rápidamente, acudió a sostenerla; la dama escondió en su pecho la cabeza, y luego él la condujo suavemente al salón contiguo.

Apenas duró un minuto el asombro de Eleonora; recordaba que el lord había descubierto, a bordo, una semejanza singular entre su hija desaparecida y ella. Enternecida, comprendió la impresión sufrida, al descubrirlo, por la desgraciada madre.

Una gobernanta anciana y culta presentósele en seguida a tomar órdenes que ella no supo darle, ofreciéndose entonces a acompañarla hasta el departamento que se le destinaba. En él podría descansar, agregó. Su señoría, lady Barrington, no se sentía bien; el lord no podía separársele, por lo cual no se les vería hasta la hora de la comida.

El departamento donde se la introdujo estaba amueblado con riqueza y esmero; tenía un aspecto de frescura y juventud en armonía con quien iba a habitarlo. Componíase de una sala, un dormitorio y un cuarto de baño; grandes y anchas ventanas abríanse sobre la parte más sonriente del jardín. En el momento de retirarse, la anciana pudo ver la cara bañada por la luz de la tarde de la niña recién venida. En el acto la anciana se inmutó, deteniendo sus ojos llenos de melancolía en esa flor de belleza; sus manos se adelantaron, como si atrajeran y rechazaran al mismo tiempo una clara visión:

—¡Oh, nuestra niña querida, nuestra angelical miss Mabel!

Y, temblorosa, se retiró.

Faltaban unas horas todavía para comer. La viajera, vencida por el cansancio, se quedó dormida. La despertaron unos golpecitos dados a la puerta, entrando por ella una muchacha de mejillas llenas y rosadas, pequeños ojos azules como dos miosotis y boca roja como una cereza, en quien desbordaba un temperamento alegre y retozón, agradable de ver. Era la mucamita designada para servirla. Ayudóla a vestir, y al oír el sonido de una campana, le advirtió que era la hora de bajar. Eleonora, reposada, linda como un sol, entró al comedor.

Los señores no tenían invitados aquel día; comieron solos los tres; solos permanecieron después en el salón. El matrimonio trataba a la niña como si la hubieran tenido con ellos toda la vida. En una gratísima intimidad transcurrió la primera noche de su introducción en la casa.

A la mañana siguiente llevósela el lord a su parque, del cual estaba orgulloso, y allí fué donde ella le pidió el consejo venido a buscar.

Buen caballero, no podía él ocultar a quien se le mostraba confiada cual una hija, en su sinceridad y honor, el asombro producido en él al verla sola en el extranjero, una vez alejados sus amigos, los Lemonnier, en lugar de regresar a su país, al lado de su hermana, cuya ternura y abnegación de madre recordaba haberle oído contar a bordo más de una vez.

Entonces Eleonora, por primera vez, abrió para él su alma y su conciencia, revelándole en sus menores detalles su vida tan pura, tan digna, tan perseguida.

En la frente de lord Barrington acentuóse la honda arruga vertical que parecía partirla en dos, según acaecía toda vez que su reflexión era profunda. Un rato mantúvose silencioso, mirando a lo lejos; fijó después sus ojos, pequeños e inteligentes, de color gris azul del cielo de Inglaterra, en esos otros ojos espléndidos que esperaban ansiosos, prontos a obedecer a la sabiduría de su consejo, y habló:

—Eleonora, es raro en este mundo el encuentro de dos seres incapaces de mentir. Esos dos seres somos nosotros. Bien sabe toda la verdad de mis sentimientos y de mis palabras para con usted. Sé yo también que usted se confía a mí en verdad absoluta. Nos entenderemos, nos estimaremos siempre, pues. Hubo un momento en mí, no de duda, de sorpresa, provocada por la apariencia extraña de su conducta. Ahora, en conocimiento de su vida...

(*Continúa en el próximo número*)

La tendencia decorativa en los disfraces modernos



"Muñeca de madera"



Trajes grotescos de campesinas hechos de fieltro con aplicaciones del mismo género.



Llamativo traje de fantasía: "La trucha".



Original disfraz: "Taza de café de Sajonia".



Traje de fantasía hecho de fieltro.

Lo que se ve y se oye en Mar del Plata



MAR del Plata es un inmenso transatlántico en el que todos los pasajeros han sacado un boleto de recreo. Cada uno de ellos tiene una misma finalidad: pasarlo lo mejor posible, de acuerdo a su temperamento, a sus modalidades y a sus gustos.

Como en todos los barcos que realizan viajes de esta índole, los pasajeros llegan de los rumbos más opuestos del mundo, y a los pocos días de navegación una misma cordialidad vincula a unos y otros, y si bien no se saludan ni se hablan, todos creen conocerse o cuando menos sospecharse.



CLARO es que resulta fácil equivocarse, tanto más que el traje de baño no deja adivinar la categoría social de quien lo lleva.

Un señor gordo que con su esposa, gorda también, y sus hijitos rechonchos se había ubicado junto a mi toldo en Playa Grande, me hizo suponer que se trataba de una de esas familias de nuevos ricos, que se pueden dar ahora el lujo de disfrutar de la vida apacible frente al mar.

Inquirí; hice por mi propia cuenta las investigaciones necesarias, y no obtuve éxito en mi empeño. Me di a observar las manos de la pareja, para ver si en su cuidado obtenía alguna pista que me delatara sus ocupaciones. Tampoco logré mi propósito; la arena se encarga de nivelar asperezas y de presentar bajo un mismo aspecto todas las categorías.





MI propósito sufrió una perturbación explicable cuando el vecino, con esa cordialidad espontánea que surge en la vida en común, me dió los buenos días y me llamó por mi nombre.

Era evidente que yo había visto esa cara en alguna parte, pero por muchos esfuerzos que hiciera, me resultaba imposible ubicarla. ¿De dónde conocía yo aquel hombre? ¿De cuál de los distintos ambientes que yo frecuentaba era miembro integrante? El saludo había sido familiar, pero respetuoso. Su mano había chocado con la mía con efusión, y previas las palabras de rigor sobre el lindo día y la violencia del mar, cada uno siguió su rumbo.



FUÉ a la tarde, en plena Rambla, cuando al pronto tropecé con mi hombre; lo vi con su indumentaria de calle, sencilla y sin alardes de veraneante excéntrico. Avanzó con paso de persona que marcha a la deriva, y penetró a un café.

Cuando lo vi entre las mesas, un "¡Eureka!" colosal se ahogó en mi pecho. Acababa de reconocer en el paseante desconocido al "maître d'hôtel" de uno de los clubs porteños que yo frecuento.



LA moraleja de este episodio puede aplicarse a todos los casos en que nos formulamos un interrogante para tratar de establecer la personalidad de los que nos acompañan en este crucero. Ya no es posible pensar en la posibilidad de "listas sociales" sin incurrir en un procedimiento periodístico anacrónico. Mar del Plata es un conglomerado de núcleos diversos, y pudiera decirse, sin temor de caer en una exageración, que hay aquí, como a bordo, primera, segunda y tercera clase. Hasta resultaría fácil establecer la división por playas, fijando por su orden: Playa Grande, Playa Bristol y la Perla.



ANTES, en cambio, Mar del Plata era un yacht con escasos pasajeros, que, invitados por su dueño, ocupaban la pequeña cubierta de la rambla vieja, y donde, al cabo de unas pocas horas, todos se conocían, si es que no eran parientes entre sí.

Pero ahora no; suponiendo que la cubierta del navío fuera la rambla Bristol y la Explanada, la cantidad de pasajeros que pasean en ella resulta tan extraordinaria que la tarea de mencionarlos uno a uno fuera obra de censo más que de crónica mundana.

Como ese "maître d'hôtel" que veranea aquí con su familia es el ochenta por ciento de la población forastera que llena Mar del Plata. Es el médico de Trenque-Lauquen, el escribano de Mercedes, el abogado de Dolores, el industrial de Rosario, el gerente de tal o cual fábrica, el empleado de cualquiera de las dependencias oficiales, el almacenero de la esquina, el panadero y el carnicero de la otra cuadra...

DOS POEMAS DE AMOR



ENCUENTRO

Iba en callada soledad remota
por un dolor de calle anochecida,
con la cabeza sobre el pecho, baja,
y los brazos en cruz de despedidas.
Redoblaban campanas de silencio
sobre el silencio de la vida mía,
y lluvias grises de intangibles gotas
junto a la niebla de mi fe llovían...
Oí tu paso y desperté lo mismo
que despierta una alcoba, si se habita.
Yo me volví a mirarte y me detuve
con mi ansiedad muriente, sorprendida,
mientras un astro dentro mío alzaba
los cinco dedos de su mano amiga...

REMANECER

...Llenaba el día un viento de tristeza
y era en tus ojos, la tristeza, mucha.
Pero partías... Te oprimí las manos,
hundido en un silencio que era súplica...
En mi garganta, el llanto, combatido,
danzaba loca danza de burbujas
y dábale al dolor de mis miradas
un brillo escintilante de locura...
Cuando partiste, me quedé dudando
de ti, de todas las palabras tuyas
y del afecto que a tu rostro, un día,
hiciera amanecer bajo la lluvia...

¡Pero he aquí que te hallas a mi lado
destejiendo mis dudas
mientras la sierpe de uno de tus brazos
rodea mi cintura!...

CARLOS MARÍA PODESTÁ

HACE pocos días falleció en Buenos Aires una matrona ilustre. Los diarios de fin de enero publicaron una lista de las señoras y niñas que habían concurrido al sepelio. Estaba allí todo el núcleo social que en otros años, para esta misma fecha, llenaba las listas del Ocean, del Golf y del Club Mar del Plata en sus grandes reuniones.



Una cronista social, muy diligente y activa, leyó esa lista con nostalgia explicable. Ella la hubiera querido para llenar algún hueco de su crónica en esos días "fiambres", en que es necesario sumar nombres y más nombres, para decir, con la seguridad de quien anuncia un verdadero acontecimiento: "Vimos ayer en la Rambla a las señoras..."

Ahora esa tarea es difícil para los que suponen que la crónica puede seguir cristalizada en viejas normas, mientras todo evoluciona y se transforma.



CON esa misma tristeza nostálgica, otra de estas cronistas, que deben ceñirse a la enumeración exclusiva de los pasajeros de la "clase de lujo", reflejó con una frase su protesta frente a la imposibilidad de hacer una lista.

—¡Cómo es la gente de la Loma!... ¡Va a la "boite" y no se interesa por un concierto tan magnífico como este que estamos escuchando en el Club Mar del Plata!...

Tenía razón la cronista: los pasajeros de la "clase de lujo" no quieren confundirse ni aun con los de "primera clase". No importa que se priven de los espectáculos más interesantes, artísticos y entretenidos. Aquéllos "viven su vida", y fuera de sus chalets, del rinconcito en Playa Grande y del golf, nada existe.

Para vivir un instante la existencia de Europa se asoman a la "boite", y se llenan de lágrimas sus ojos.

—¡Qué dolor —decía una dama que se hallaba extasiada con la música de las balalaikas— tener que salir de aquí y encontrarse con la Rambla!...

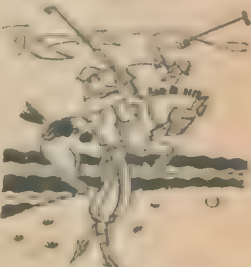
Ella soñaba, sin duda, con la avenida de los Campos Elíseos, con el Arco de Triunfo, con el Bois de Boulogne...



SE explica así el retraimiento de ese núcleo que antes hacía aquí el bueno y el mal tiempo. Si se les interroga sobre las perspectivas de la temporada, responden con dos palabras:

—¡Un opio!...

Sin embargo, no es así, y lo demuestra con elocuencia la sucesión de fiestas que se preparan en el Club Mar del Plata, los torneos de polo, de golf, las exhibiciones de aviación, carreras de automóviles, de lanchas y otras manifestaciones del dinamismo y del buen gusto con que se ha preparado el vasto programa.



Pero ese núcleo vive deliberadamente alejado en el remanso de sus añejos prejuicios. Gira sobre sí mismo y deja que la corriente en tumulto avance hacia su destino. No quiere ver ni oír cuanto sucede en torno suyo, y prefiere vivir del recuerdo, como esas noblezas expatriadas que siguen otorgándose títulos nobiliarios y estableciendo jerarquías.



TOUT passe..., tout casse..., tout lasse"... Mar del Plata no es lo que fué, ni volverá a serlo. Ha evolucionado al ritmo de la época que nos está tocando vivir, y lo que haya podido perder en intimidad lo ha ganado en amplitud.

"El inmenso transatlántico marcha siempre adelante y lleva consigo cuanto va en él, aunque algún pasajero aparente caminar retrocediendo hacia la popa..."



Esto dijo hace muchos años Leopoldo Lugones en una conferencia que sobre la "Gauchocracia" pronunció en la metrópoli, y que yo no he de olvidar nunca.

José Quendy

DESDE NUESTRA AGENCIA EN LA RAMBLA

¿Tiene derecho el marido a pedir el divorcio cuando su mujer engorda?

(Continuación de la pág. 16)

Otra semana

Lunes.—Fuí al restaurante con Paul. Es un buen camarada francés que nos cuenta escenas parisienses. Gracias a él sabemos por qué los franceses comen tres o cuatro veces al día papas fritas y que el baile de moda en los salones más elegantes se llama java. Según Paul, todos los franceses son gordos y usan barba. En el restaurante, Paul es insoportable. Muestra su optimismo con un sólido apetito. Disputamos cuando pido medio grape-fruit y dos aceitunas. "Van a creer, dice, que gano poco." Le aconsejo que más bien se compre un auto nuevo. Entre nosotros se vale algo cuando se tiene un lindo auto. Pero no cuando se ofrece una comida, aunque sea copiosa...

Martes. — Octavo día de régimen. *Je tiens bien le coup*, como se dice, según parece, en Francia. A mediodía gran alegría. Mi cocinera me sirve una chuleta asada. Para la comida de la noche tengo espárragos. ¡Cuatro espárragos! Mi médico me ha permitido eso. ¡Ha sido gentil! Sin contar que me ha autorizado también espinacas. ¡Con tal que esto no me acarree unos gramos de más! He dado algunos dólares a mis sirvientes para que oculten estos detalles a mi director de escena, en el caso que Ted, curioso y brutal como es, viniera a hacerles preguntas...

Viernes. — Me traen esta mañana una noticia asombrosa. Collen se divorcia. James, su marido, se ha cansado, posiblemente, de ver que ella no come. Es uno de esos hombres que no saben estar solos en la mesa. Le habrá dicho: "Elige entre tu línea y tu marido." Ella no ha dudado: "Mi línea." Y se ha ido, dejando a James abrumado. Collen no es más que su sombra. Creo que ha exagerado un poco.

Domingo. — George M..., que acaba de ser nombrado director de producción, ofrecía esta noche un gran banquete a las vedettes. Curioso espectáculo, en verdad. Del lado de los hombres se hacía honor a la buena mesa. Del lado de las mujeres era un desastre. Ninguna tocó los platos que les presentaban. Yo no tomé más que un grape-fruit, contrariando ya mi régimen. Todas me miraban con tamaños ojos. Myriam murmuró, designándome: "¡Qué loca!" George M... se afligía al ver volver intactos a la cocina platos que le habían costado tantos dólares. Pero ¿qué hacer? A los postres llegó Grace. Fué recibida jubilosamente, pues hacía cinco meses que no la veíamos. Y de repente todos dimos un grito. Grace había engordado horriblemente. ¿Cómo pudo descuidarse de esa manera durante las vacaciones? No tuvimos necesidad de interrogarla. Grace había previsto nuestra pregunta. Espera un heredero.

Miércoles. — Esther casi se muere en las primeras horas de la tarde. Le parecía que comía demasiado y suprimió, deliberadamente, toda alimentación. Yo sigo siempre con mi tostada, mi huevo y mi medio grape-fruit. Pienso, sin embargo, que el trabajo que nos da conseguir e interpretar un papel no es gran cosa al lado del que tenemos para prepararnos. Pero esto nadie lo sabe.

Viernes. — Estaba en París. En un gran restaurante de los Campos Elíseos. Ceñaba con Mauricio Chevallier. La comida empezó con unos hors-d'oeuvre tan numerosos como servían, antiguamente, en Rusia, los "zakouskis". Después había ostras, varias clases de pescado, un enorme rosbeef bien jugoso acompañado por una pirámide de papas fritas. Luego venía un faisán y pasteles de todas clases, helados, pastelillos, frutas, todo rociado con champagne. No podia saciarme. De repente me desperté. ¡Sueño extraño! Jamás había encontrado tan desabrido mi tomate matinal y mi medio grape-fruit. ¡Ah, si mi noche próxima pudiera traerme un poco de ilusión! No me atrevo a esperarlo.

Sábado. — He soñado, sí; pero un sueño muy diferente del que yo esperaba. Tenía cien años. El cabello todo blanco, estaba encorvada, deforme. Comía aceitunas, grape-fruit, tostadas y naranjas. Y esto sucedía desde hacía cien años... Estaba tan delgada que me había vuelto transparente.

Martes. — ¡Esto todavía! Una carta de Ted Brown llegada esta mañana. No haré con él el papel que debía confiarme, pero sí otro. Me pregunta mi peso. ¿Por qué, señor?

Miércoles. — He visto a Ted. Me hace engordar a toda prisa. ¡Alegre perspectiva! Para ayudarme me presta una traducción de un autor francés llamado Rabelais: Gargantúa, Pantagruel, Frére Jean des Entomeures. Gente que sólo pensaba en beber y comer. ¡Eh! ¡Eh! ¡Después de todo, no va mal esto!...

Epílogo

CUANDO el marido lo dispone, está bien que la mujer engorde, pero hay que tener mucho cuidado, porque, en caso contrario, él puede llegar hasta pedir el divorcio. Y harán bien los jueces en concedérselo. Nadie puede ver convertida la grácil chiquilla de sus ensueños adolescentes en un respetable mastodonte.

FIN

Campo

CUENTO

Por **Carlos Alberto Silva**

De improviso y violentamente, así como cae una pared o un automóvil resuelve imponer vacaciones temporales cuando no definitivas, ha caído Gerardo Praderas, desarticulando la puerta, derribando un biombo y mandando al demonio una coqueta lámpara de porcelana china. De un manotazo en el hombro despeja el azoramiento que tanto accidente me produce:

— ¡Estoy loco!

— ¿Por eso me estropeas la casa?...

— ¡Escucha! Si dos caballeros llegan a tu casa y en nombre de un malandrín te exigen explicaciones, o, en su defecto, una reparación por las armas, tú, ¿qué haces?

— Lo imito: busco dos amigos, les entrego una carta y les digo: Mi honor queda en vuestras manos.

— ¿Aunque se trate de un malandrín?...

— Quien envía padrinos, ¡siempre es un caballero!

— ¡No, señor!... ¡Un malandrín!

— ¡No seas cáustico, Gerardo! No es un malandrín, es un caballero..., quizá con algunas imperfecciones, pero, ¡siempre un caballero!

— Una actitud muy decorosa.

— Todo lo decorosa que quieras, pero... Yo jamás dudé de Florencio, y, no obstante, me parecía que no debía darle la firma... Le aconsejé que fuera un poco más modesto en su presente. Se indignó. Y opté por decirle, con gran trabajo, que mi situación de empleado de banco me inhibía, porque ante cualquier contingencia yo no estaba en condiciones de afrontarla.

— Muy sensato todo.

— Todo cuanto quieras, pero el borrico este se enfureció. Y no hubo caso. Hasta le hice presente que un documento a noventa días resultaba un plazo demasiado corto, porque..., como no pensaba casarse hasta fines de año, no estaría a su vencimiento en condiciones cómodas para solventarlo.

— ¿Y qué has convenido con los padrinos?...

— ¡Nada! No me dejaron hablar. Me entregaron sus tarjetas, expresándome que esperaban a mis representantes en el club, a las diez.

— ¿Has designado padrinos?...

— ¡Qué padrinos ni padrinos!...

— Escucha: ¡tú eres un caballero!

— ¡Yo soy un hombre que necesita cinco mil pesos!...

— Por encima del dinero está tu honor, ¡tu honor inmaculado!... No puedes desechar padrinos.



— ¡Oh!... ¿Crees en el duelo?...

— Por mi fe de caballero. — Extiendo la mano horizontalmente.

— ¡Pues, yo no!

— Peor para ti, una virtud menos.

— ¡Un prejuicio, dirás!

— ¿Y qué son los virtudes sino prejuicios estilizados?...

— ¡Yo no me bato con ningún bandolero!

— ¿Qué?... ¿Tú?...

— Sí, hombre... Este par de imbéciles que acaba de importunarme, viene en representación de Florencio Goznes... ¡Asaltante!

— Un amigo fraterno tuyo. ¡Me extraña!...

— ¡Me ha estafado, el bandido!

— ¿Por qué te empeñas en emplear vocablos tan descomedidos?... No es caballeresco.

— Yo no soy un caballero, ¡soy un empleado de banco!

— ¿En qué riñe la caballerosidad con una institución de crédito?...

— ¿No te has enterado de que Florencio se ha comprometido con Marta Jaspeado?

— Sí, ¿qué hay?...

— ¡Casi nada! El muy canalla le regaló a Marta una sortija que cuesta cinco mil pesos. ¡Cinco mil pesos!...

— Me parece muy bien.

— ¡Pero no la pagó!...

— ¡Bah, no tiene importancia! Algún día la pagará...

— ¡No pagará nada! ¡La pagaré yo, yo!...

— ¿Tú?...

— ¡Yo!

— ¡No!

— ¡Sí!

— ¡No!

— ¡Te digo que sí!... — Una puñada hizo temblar la mesa.

La declaración me conmueve profundamente, y no puedo menos de abrazarlo.

— ¡Amigos como tú, van quedando pocos!...

— ¡Tonto! .. ¡Debo pagarlos y no tengo!...

— ¡Por Dios, explícate!

— ¡Estoy desesperado!

— ¿Quieres un poco de tilo?...

— ¡Quiero que me escuches!

— ¡Habla!

— Mi amistad con Florencio, la conoces de sobra: fraterna. Hace tres meses, en vísperas de su compromiso, me anunció su decisión y me pidió la firma...

— ¿Se la diste?... ¡Estúpido!

— ¿Qué iba a hacer?... Se le había puesto entre ceja y ceja que debía hacerle un gran regalo a la novia. Un regalo que estuviera en consonancia con la situación de fortuna de los Jaspeado. Debía demostrar que no era un pobre diablo...

¡Ardió Troya! ¡A él! ¡A un caballero creía capaz de subastar su corazón! Bueno, no te digo más. Me hizo una novela. Se casaba por amor. Yo era un miserable. No necesitaba de mi firma. Me la pedía dispensándome el favor de tenerme en cuenta porque yo era su hermano. Antes de los noventa días tendría dinero a carradas. Grandes empresas. ¡Fantásticas empresas! Con todo, insistí, previniéndole las ulterioridades que cualquier eventualidad me acarrearía. Que el honor bancario sólo exige no tener embargos. ¡Nada!... Débilmente, terminé por firmar. El documento venció anteayer. Ayer me visitó en el Banco el escribano... Protesto... Te evitaré detalles. Mi indignación estalló. Lo busqué a pleito sin encontrarlo y me desahogué por la noche. Lo llamé a casa de la novia, vino al aparato y no me quedó nada por decirle. Lo insulté de arriba abajo.

— Y él, ¿qué te respondió?...

— A todo que sí... ¡Sí, sí!... ¡Perfectamente!... Y me prometió que en el día, tendría noticias suyas. Esto me reconfortó un tanto. Esperé todo el día — porque tengo plazo para pagar hasta mañana, — y cuando desesperaba, ¡me caen estos dos bellacos!... No con el dinero, ¡con una cuestión de honor!... Tiene la osadía de declararse ofendido, agraviado...

— Tú, ¿qué le dijiste por teléfono?...

— No me preguntes: todo y el doble.

— ¡Yo no me bato con un asaltante!

— Entonces..., ¿para qué vienes a mí?...

— Para que me ayudes a buscar cinco mil pesos... ¡A sacarlos bajo tierra!

— ¿Cinco mil pesos?...

— ¡No es una fortuna!...

— Evidentemente, pero... cinco mil pesos... ¡A ver las tarjetas!...

— ¡Te las regalo!

Leo las tarjetas: Fortunato del Alamo... Manuel Wagón...

— ¿Manuel Wagón?... — prorrumpo. — ¿El poderoso industrial?...

— ¡Un improvisado!...

— Expídete con propiedad, ¡por Dios!... Un "self made men" auténtico...

— ¡No pierdas tiempo!... — gime Praderas.

— Tu honor es sagrado: ¡sagradísimo!

— El honor me importa un bledo... ¡Sólo me interesan los cinco mil pesos!...

— El dinero es lo de menos: va y viene... ¡El honor se pierde para siempre!

— ¡Qué me importa!... ¿Y los cinco mil?...

— ¡No seas cargante! Cuenta con ellos.

— ¡Oh!... ¿Tú?... — pregunta con entusiasmo indescriptible, mientras me desplancha el traje en febriles abrazos.

— Sí, yo, no tiene importancia... Hace falta un padrino.

— ¡Haz lo que quieras!

— Bien. Tu padrino será Leopoldo Guald.

— ¿Quién es Leopoldo Guald?...

— Un gran amigo mío, y, por lo tanto, tuyo.

— ¡Cosa de locos!... ¡Yo no lo conozco!

— Es lo que menos puede importarte, porque dentro de un instante lo conocerás. ¡Un magnífico hepático!...

Lo llamó por teléfono con urgencia suma.

Praderas, se contraría:

— ¡Yo no quiero batirme!

— ¡Ya lo sé!

— Resultaría estúpido que encima del disgusto, me metan un hachazo o un tiro.

— Velas por tu honor con torpe despreocupación.

— ¡Ah..., tampoco doy explicaciones!...

— Ya veremos cómo apuntan las cosas...

— ¡Entonces, no quiero nada!

— ¿Tampoco los cinco mil pesos?...

— ¿Qué?... ¿Me extorsionas?...

— Sí, te extorsiono para que sigas siendo digno de ti mismo... Digno del nombre que llevas, que así como lo heredaste sin mácula, debes transmitirlo límpido y puro a las generaciones venideras... ¡No digas nada!... ¡Ya me sacas de quicio!... Siéntate y escribe la cartapoder...

Hube de insistir en el propósito para convencerlo. Praderas, vencido en su ruda obstinación, se instala en el escritorio, y a regañadientes escribe.

Llega Leopoldo Guald agitadísimo. Los presento:

— Dos amigos: Gerardo Praderas... Leopoldo Guald.

Un apretón de manos rubrica el conocimiento:

— ¡Tanto gusto!

— ¡Tanto gusto!

Y respondo a la mirada interrogante de Guald:

— Tú eres el padrino de Praderas.

— ¿Qué?...

— Me parece todo esto muy irregular — protesta Praderas. — Pones al señor en situación molesta... Quizá...

ILUSTRACION DE R. CLARO

neutral

Se encierra en este ingenioso cuento una enjundiosa sátira a los lances caballerescos, suscitados, en la generalidad de los casos, por motivos ajenos a todo lo que puede tener, en buen sentido, atingencia con el concepto tradicional del honor.

—¡Tú te callas!... Tu opinión no interesa. Guald es un caballero; las explicaciones huelgan. Termina pronto esa carta. ¡Vamos!...

—¿De qué se trata?... — Guald pregunta tímidamente.

rigimos. Dos caballeros aguardan y dos caballeros penetran. Las puertas se cierran. Cambiamos las cartaspoder. Los padrinos se instalan, ocupando los cuatro lados de la mesa y quedando las parejas bis a bis. En el centro de la mesa, las cartaspoder, símbolo precioso del honor rasguñado.

El señor del Alamo, quiebra el silencio.

—En nombre del señor Florencio Goznes, exigimos del señor Gerardo Praderas amplias explicaciones por los agravios inferidos, o, en su defecto, una reparación por las armas.

—Nuestro ahijado, el señor Praderas, está a vuestra disposición.

El ex abrupto desconcierta a los padrinos de la parte contraria y me obliga a justificarlo.

—Nuestro representado, así como quienes se honran en representarlo en esta ingrata incidencia, tienen del honor un fundamentalísimo concepto.

que se precie, jamás podrá incurrir en la referencia. Es una cuestión íntima; ingrata; desagradable...

El señor Wagón, desconcertado ante mi firmeza, se revuelve en la silla.

—¡Pero, señor!... ¡Somos cuatro caballeros!... Es necesario que...

—Más que necesario es indipensable no remover esta deplorable incidencia...

—Nosotros no podemos aceptar que el ofensor resulte el agraviado — insiste Wagón. — ¡Tenga la bondad!...

—¡Nada!... ¡Nosotros no pretendemos nada!... Por eso, para ganar tiempo, hemos puesto a nuestro ahijado a vuestra disposición.

—¡El honor es sagrado!..

—¡Sí, señor!, pero... — responde Wagón. — De entrada no podemos llevar a nuestros ahijados a la muerte. El deber de los padrinos está en agotar previamente todos los medios a su alcance para llegar a una inteligencia, que con un poco de buena voluntad...

—¡Exactamente!...—afirmo.—Nuestra voluntad es tan grande que... ¡hasta

—No te preocupes; ya te enteraré en el camino. El tiempo urge. Son las nueve y media y nos esperan a las diez.

Praderas concluye la carta y aún no convencido de las sanciones inflexibles que prescribe el código del honor, va a destruirla, lo que impido arrebatándosela.

—¡No seas torpe! Estamos defendiendo tu honor, tu dignidad, tu integridad moral... ¡Tu buen nombre!..

—¡Es una payasada! — exclama.

—¡Insensato!... Lo contrario importaría una descalificación, tu muerte civil...

—¡A mí sólo me interesan los cinco mil pesos!...

No puedo contenerme y lo miro despectivamente; vuelvo a Guald e intento excusarlo.

—No le hagas caso, es un humorista.

—¡Soy un hombre que necesita cinco mil pesos para mañana sin falta!

Con toda mi alma le doy un pisotón; gravemente ordeno:

—¡Tú no te mueves de aquí hasta que nosotros regresemos! Tú, ya no te perteneces; ahora disponen de ti tus padrinos. Hasta luego.

Guald se despide de su ahijado.

—Señor ..

—¡Por favor!... ¿Qué pensará usted de mí?...

—¡He dicho que te calles! — reitero.

—Y..., ¿y los cinco mil pesos? — interroga nervioso.

—¡Eres indigno de ser un caballero!...

—¡Que los necesito para mañana sin falta!...

—Los tienes en el bolsillo, ¡imbécil!...

Y abandono la estancia, llevando casi de viva fuerza a Guald, quien, intrigado y molesto, pretende terciar en el debate.

NOS encaminamos al club. Impongo a Guald de las circunstancias. Mi relato le causa gracia y enojo, alternativamente. Al terminar mi exposición, pregunta:

—Y yo, ¿qué papel voy a jugar?...

—Sencillísimo. Tu tarea consistirá en permanecer grave todo el rato, con esa magnífica y hosca seriedad que te presta tu afección al hígado. En los pasajes culminantes, asentirás a cabezazos, y de trecho en trecho dirás grandilocuente: ¡El honor es sagrado! Con eso basta. Luego, redactarás el acta.

—No me convence...

—Tu convicción ni quita ni pone. Hay que salvar a un amigo y lo importante es salvarlo. ¡Nada de explicaciones!

—Me parece difícil; por lo que me has contado, la razón está de la otra parte.

—Ya lo sé, pero hay que dejar bien parado el honor de Praderas y salvarlo de su trance financiero.

—¿Cómo dices?... ¿Trance financiero?... ¿Salvarlo?...

—¡No seas indiscreto! La caballerosidad impone discreción.

—Esto me huele mal... ¡No voy!...

—¡Ya empiezas a desvariar!... ¿No ves?... ¡No puede negarse que eres un hepático!... ¡Pasa!...

—Pero...

—¡Entra, no pierdas tiempo!

Trasponemos la puerta del club.

PASAMOS nuestras tarjetas a los señores del Alamo y Wagón, y al instante retorna el botones indicándonos el "fumoir" de la derecha. Allí nos di-

—¡El honor es sagrado! —comienza Guald.

—Concepto que compartimos en sus alcances más vastos—responde Wagón.

—Lo descontábamos, señor...

—Toso y prosigo.— Mal podemos dar explicaciones, cuando el agraviado es nuestro representado, el señor Praderas...

—¡De ninguna manera! —dice del Alamo. — El señor Praderas es el ofensor. Ayer por la noche, en circunstancias de que nuestro representado se encontraba en casa del señor Jaspeado — su futuro suegro,—el señor Praderas lo requirió telefónicamente y lo insultó soezmente, aprovechando la circunstancia de que nuestro ahijado se veía privado de su libertad de expresión.

—La actitud del señor Goznes—intercede Wagón— es la que cuadra a un perfectísimo "gentleman". En un recinto extraño y con oídos próximos, mal podía emplear el vocabulario que merecía tan insólita y calculada agresión.

—Ni insólita ni calculada; es la respuesta condigna a una ofensa mayor inflingida por el señor Goznes.

—No existe tal ofensa— contesta del Alamo.—Nuestro ahijado ha guardado por el señor Praderas las consideraciones a que obliga una amistad digna y leal.

—¡No hay más ofensor que el señor Goznes!

—¡No, señor; Praderas!

—¡Goznes!

—¡Praderas!

—Será así... — respondo indiferente.

—¡Es así!

—¡No es así!

—Pues bien: ¿en qué estriba la ofensa?... — inquiere Wagón.

—¡Ah, no!... ¡De ningún modo!... Un caballero



"DOS CABALLEROS AGUARDAN Y DOS CABALLEROS PENETRAN. SALUDOS CABALLERESCOS."

aceptamos el reto, cuando hay causas muy sobradas y graves que lo impiden!...

—¿Causas sobradas y graves?... ¡Oh!... ¿Cuáles?... ¿Cuáles?...

—La caballerosidad nos impide develarlas.

—¡Lo exijo!... ¡Lo exijo!... ¡Hago cuestión personal!... ¡No puedo consentir tal agravio!... ¡Pronto!... ¡Pronto!...

—Pongámonos en razón —digo con la mejor de las sonrisas. — ¿Cómo vamos a decir nosotros que una deuda pendiente?... ¡Sería horrible!...

—¿Deuda pendiente?... — Wagón se retuerce como un loco. — ¿Es posible?... ¡Les juro por mi honor, caballeros, que mi ignorancia es absoluta!...

Del Alamo se interpone ofendido.

—¡No es caballeresco hacer mérito de una futileza para desviar una cuestión de honor!

—¿Futileza?... — protesta iracundo Wagón.—¿Futileza, una deuda pendiente?

—No le asigne importancia a la incidencia. Prosigamos... — invito.

—¡De ningún modo!... Nuestra actitud es ridícula; es elemental que existiendo una deuda pendiente... ¡Yo soy un hombre de honor!...

—¡El honor es sagrado!

Y Wagón, dirigiéndose a del Alamo, le expresa furioso:

—¡Esto es incalificable!... ¡Goznes es un miserable!... ¡Ha burlado mi buena fe!...

—¡No tanto!...—responde el interpelado. — Se trata de una deuda baladí. El señor Praderas garantizó un documento que, por descuido, con este trajín de cosas, Goznes olvidó... ¡Ya quedará arreglado!

—¡Quedará arreglado "ipso facto"! ¿Cuánto?... ¿Cuánto es?...

El señor Wagón, digna y solemnemente saca un libro de cheques. Protesto delicadamente.

—¡Pero, señor!...

—Yo soy un caballero con mayúscula, entiéndalo bien: ¡con mayúscula!... ¿Cuánto?... ¿Cuánto es?..

—Su actitud nos hiere... ¡Por cinco mil pesos miserables no vamos a hacer una tragedia!...

—¡Ni una palabra más!

Extiende el cheque y me lo entrega. Yo rehuso. Insiste. Insisto. Se desata.

—¡Su negativa implica ofensa!... ¡Soy un caballero!...

—¡No, señor; no hay ofensa!

—¡Su negativa es un desafío!... ¡Un reto!... ¿Me arroja el guante?

—¡No extrememos!...

—Entonces, acepte. Es una deferencia, una marcada atención que me dispensa.

—Su insistencia me lastima; me contraría... ¿Qué hacer?... ¡En fin!..

Con aire resignado recojo el cheque y me apresto a extender recibo.

—¿ Otra ofensa ?... — irrumpe Wagón. — ¿Recibo entre caballeros?

Miro el cheque y veo que está a la orden de Praderas. Me tranquilizo.

—Ah, bien...

Wagón, enseñoreado por su gesto, pide:

—Olvidemos la incidencia. ¡Nada ha ocurrido! Pasemos esponja sobre lo actuado y arranquemos nuevamente del principio.

Del Alamo se hace presente.

—En nombre del señor Goznes...

Lo interrumpe Wagón, manoteándose el pecho.

—¡Ahora me toca a mí!... ¡Déjeme!... ¡Déjeme!...

Carraspea y en tono grave, dice:

—En nombre del señor Goznes, exigimos amplísimas explicaciones.

—Que nosotros estamos impedidos de dar, por cuanto el señor Praderas es el ofendido.

—¡Muy bien! No perdamos tiempo. Vamos a concertar las condiciones del lance. Revólver. Diez pasos. Tres balas por cada parte...

Del Alamo interviene sofocado:

—¡Pero, amigo Wagón!...

—¿Qué?... ¿Hemos venido a representar una farsa o a lavar el honor de un caballero?...

—¡Si recién comenzamos las deliberaciones!... — arguye del Alamo. — Por otra parte, todavía no hemos determinado la calidad de ofendido y ofensor.

—¡Aquí no hay más ofendidos que nosotros!...

—Pero los señores no piensan igual, ¿verdad?...

—Así es — respondo.

—Perfectamente — dice Wagón. —Propongo una transacción: vamos a tirar a la suerte...

—¿A la suerte?... — rujo. — ¿Dejar librado al azar el honor de nuestro ahijado?...

—¡El honor es sagrado!

Volvemos a enredarnos en una discusión bizantina y terminamos por someter el pleito a decisión del árbitro. Él dirá quién es el ofendido.

—Proponga candidato—cedo gentilmente.

—El presidente del club.

—Magnífico. Guald, ¿quieres preparar el acta?...

Encantados con haber salido del atolladero, nos dedicamos a la tarea. Todo marcha sobre carriles, pero al llegar al punto en litigio, propongo una aclaración para mejor ilustración del árbitro:

—Los representantes del señor Praderas sostienen que la ofensa parte del señor Goznes, por no haber levantado en su oportunidad debida un documento garantizado por aquél.

—¡Pero en qué país vivimos!... — salta el señor Wagón congestionado.—¿No acabo de pagar la deuda? ¿Sí o no?...

—El pago borra la deuda en su aspecto material, pero no legisla en el moral: subsiste la ofensa. No levantar un vencimiento, en las condiciones que se hizo con el que dilucidamos, importa una burla sangrienta; una burla sangrienta es un agravio; un agravio es una ofensa; una...

—¡Pero, señor mío!... ¿Estamos ventilando una cuestión caballeresca o?..., ¡por Dios!, no me haga decir cosas que no quiero... ¡Esto no es correcto!

—¿Decir la verdad no es correcto?...

—¡Será correcto pero no caballeresco!

—Mi fe de caballero no se mantiene divorciada de la verdad. ¡No hay honor sin verdad!

—¡No sea tan inflexible!... ¿Cómo vamos a subscribir un acta con ese parche?... ¿Qué dirán de nosotros?... ¿Qué no pensaría el presidente del club, que es un chismoso como no hay dos?... ¡Comprenda! ¡Un papelón!... Esta incidencia desagradable hay que olvidarla de toda forma. El dinero, desgraciadamente, es el lobo del honor. ¡Hablemos!... ¡Hablemos!...

—¡El honor es sagrado!

—Sí, señor Guald, pero..., ¡por favor, no escriba! ¡No escriba!...



El señor Wagón se debatía en la impotencia por persuadirme, y, al cabo, dispensándole gran favor, le propuse una solución.

—Nada impide que el señor Goznes sea el ofensor. Da el señor Goznes explicaciones; nosotros aceptamos y retiramos los conceptos. ¿Qué le parece?...

—¡Excelente! Pero, ¿entonces no hay duelo?...

—¿Duelo?...

—¡Yo soy muy exigente! ¡Muy severo en lo que atañe al honor! Excesivamente puntilloso. Ustedes habrán observado que, apenas insinuaron la deuda, yo...

—Nosotros no insinuamos nada. Fué su perspicacia, su sagacidad, su fina penetración...

—¡Oh, yo veo debajo del agua!... Bueno.—Se resigna Wagón.—¿Quiere tener la bondad de escribir, señor Guald?... Nos hacemos el deber de declarar que nuestro ahijado no alimentó en ningún instante ni la más remota intención de inferir agravio al señor Praderas, a quien considera un caballero intachable.

Dicto a mi vez:

—Los representantes del señor Praderas, ante tan espontáneas explicaciones, retiran todos los conceptos vertidos, declarando que su ahijado jamás abrigó la más leve intención de ofensa para el señor Goznes, reconociendo su caballerosidad indiscutida.

Los padrinos nos damos la mano celebrando la solución. El señor Wagón pide champagne. Guald, con cara patibularia, renuncia a tomar y sigue escribiendo. Brindamos reiteradas veces.

Al llegar al final del acta, dicto:

—Los representantes de los señores Goznes y Praderas, reconocen en sus respectivos ahijados el comportamiento de dos dignísimos caballeros, celosos de su honor...

(Continúa en la pág. 69)

¡Eduquemos a nuestros hijos!

¿QUÉ ES EDUCAR?

Educar es enseñar a un niño a desear todo lo que un alma recta ansía poseer. La educación es pureza de lenguaje, inteligencia que se despierta a la enseñanza de las cosas correctas; es poseer por completo el control de los actos y la claridad de la razón.

LOS NIÑOS

La imaginación infantil es un manantial de preguntas que conviene contestar, porque la imaginación de los niños trabaja. Cierto es que se precisa mucho amor y mucha paciencia para no encontrarlos impertinentes en el "¿cómo?" y "¿por qué?" con que nos impiden pensar, hablar, comer y hasta dormir.

Si un niño pregunta: "Mamá, ¿por qué alumbra el sol?", la madre no debe jamás responder como lo hacen muchas: "Porque sí." Ella está obligada a saberlo, y si no lo sabe, está obligada a tener al alcance de la mano un diccionario que se lo enseñe.

Los niños no precisan explicaciones científicas, pero precisan sí de explicaciones claras, que no les confundan las creencias para el porvenir.

Es respondiendo a las preguntas que las madres van formando el espíritu de los hijos.

Otro recurso para ellas es el cuento ameno, con que va formándose la moral.

En "Caperucita Roja" ellos comprenden muy bien que es el cuento que enseña a no creer en aduladores, y que no deben desobedecerse las órdenes maternales, como por su mal lo hizo Caperucita. "Pulgarcito" enseña una lección de previsión y de prudencia.

Por modesta que sea la situación de un hogar, no deben robarse las alegrías que la niñez funda en las leyendas. Los Reyes Magos deben dejar todos los años algo en su zapatito. El Niño Jesús es quien sugiere a la madre premiar el buen acto de su hijo.

No debe nunca defraudarse a los niños en las esperanzas lógicas de su edad. Sé que en muchos casos esto implica muchos sacrificios a las madres. Toda generosidad implica desde ya sacrificios, pero nada puede hacer una madre que la vida le tome más en cuenta y que a Dios le agrade como el cumplimiento de sus deberes diarios a favor de la vida de la familia. A su vez, ella debe indicar a los hijos los medios de regalar a los familiares, de ser amorosos, de ayudarse entre hermanos con pequeños sacrificios, como es el de no molestar a un sirviente y ayudar y servir al más pequeño.

Saber ser madre es un sacerdocio para la mujer, un sacerdocio real, ya que va abriendo la conciencia del niño, ya que en él va poniendo la capacidad para que de hombre se abra todos los caminos.

Dichosos los niños que tienen por madre, no a una sabia, sino a una mujer sensata, justa, bondadosa y de gran corazón, cuyo raciocinio la lleve a poner en práctica todas las virtudes que le prepararán para ser un hombre de conciencia, de corazón generoso y de carácter.

La experiencia nos viene demostrando desde la más remota antigüedad que el porvenir de los hijos no está tanto en su afán por saber y superarse, como en el sacrificio maternal de inculcarles las mejores lecciones y de abrirles los caminos de la vida con el arma de más positivos resultados: el estímulo y el cariño.

¡Madre! Si tú no titubeas en tu misión, en tu sacerdocio y en tu cultura, si sabes guiar a tus hijos, tus hijos sabrán amarte y respetarte. Ellos te darán, a su vez, la aureola que protegerá tu frente.

DESCONFIAD DE AQUELLOS QUE IMPLORAN CUANDO YA NO SE ATREVEN A AMENAZAR.

Toussenel.

La esperanza salva siempre.

Nunca lo ajeno te dará el goce de lo tuyo propio.

El que nada tiene y nada debe, es el más rico.

Poco a poco se hace rico.

EL PORVENIR DE UN NIÑO ES SIEMPRE LA OBRA DE LA MADRE.

Napoleón.

No ambiciones, no envidies, ponte en condiciones de lograr todo lo bello por tu propia capacidad.

Por pobre que sea tu casa, por ser tuya es mejor que el palacio de tu vecino.







Un experimento freudiano

Cuento

Por

Germán Dras

YO soy un taquígrafo muy rápido, y aunque jamás hice profesión de mi habilidad, progresé y me mantuve en training debido al continuo ejercicio de tomar apuntes de los libros de texto. Aprendí la taquigrafía cuando era todavía un niño, a esa edad en que se aprende en seguida cualquier cosa y se adquiere rápidamente la mecanización de toda actividad que se repita un poco, y luego me resultó tan fácil y cómoda esta escritura sintética, tan ahorrativa de tiempo y papel, que llegué a emplearla en todas mis anotaciones y descuidé de una manera peligrosa la caligrafía corriente.

Pero donde la posibilidad de tomar discursos rápidamente presenta mayor interés es en el terreno de la experimentación psicológica. Siempre pensé que hubiera sido de gran utilidad para Freud el servirse de la taquigrafía en sus estudios sobre el funcionamiento tendencioso del mecanismo cerebral en la asociación subconsciente de ideas, como así también a Edgard Poe en sus análisis del espíritu.

Y una vez quise hacer yo mismo un experimento de esta naturaleza. El caso fué así:

Mi amigo Costa, que ahora está en Europa, venía todos los años a pasar cortas temporadas en Misiones para descansar de sus actividades en los negocios. Era un hombre tan conversador que a uno le bastaba callarse para oírlo discurrir durante horas sobre los motivos que tenía más a mano, para lo cual sólo necesitaba un punto de partida cualquiera, y tan aferrado a la lógica, que, frecuentemente, por ese estricto camino, solía llegar a las conclusiones más absurdas. Fué, por tanto, considerado por mí como un sujeto especial para un experimento freudiano, y me propuse realizar éste en seguida.

Muy pronto me dió la oportunidad de fijar taquigráficamente su torrente verbal. Las circunstancias no podían ser más favorables. Era un día caluroso en que la tranquilidad del ambiente no se prestaba a la distracción en cosas fútiles, y por lo tanto la percepción exterior carecía de elementos que pudieran interrumpir bruscamente una dirección del pensamiento guiado por una tendencia subconsciente o un estado de ánimo determinados.

Yo estaba haciendo ciertas anotaciones en mi mesa de trabajo, ante la ventana abierta, en mi casa de campo, cuando llegó mi amigo Costa a la hora acostumbrada y sin novedades que contar. Se arrellanó cómodamente en un sillón, dando el frente a la ventana, y dialogamos sobre lugares comunes. Yo continué con el lápiz en la mano, y con deliberada distracción me dediqué a hacer garabatos sobre un papel. Nuestra ventana encuadraba un paisaje poco variado: a la izquierda, un tupido bosque de laureles, cedros y lapachos; a la derecha, un extenso campo de espartillo cuyas suaves prominencias ocultaban el lejano horizonte, y en primer plano el alambrado de la casa; un camino rojizo salía del bosque, describía una suave curva junto al cerco e iba a perderse en la loma; y todo esto, ondulante bajo el sol tropical. De pronto aparecieron en el camino dos hombres que acababan de salir del bosque, y mi amigo empezó a hablar, como consigo mismo, sin exigirme respuestas y sin reparar en lo que yo hacía; de manera que me fué sumamente fácil anotar sus palabras sin perder una y sin incomodarlo con mi forzosa atención. He aquí la versión taquigráfica:

"...¿Para qué viven..., vienen a trabajar a las horas de más sol? Muy temprano hace fresco y muy tarde también. ¡Qué gentes sin razón! ¡Para todo son lo mismo! Yo les enseñaría a mat..., a manejarse mejor si fueran susceptibles de aprender algo. Pero no, no han de ir a trabajar, ¡qué van a trabajar con este día cuando en días mejores no trabajan! Han de ir al boliche a comprar algo. Yo no sé, no sé cómo viven, de dónde sacan plata; siempre tienen para emborracharse y para mantener a un ejército de hijos... ¡No sé cómo no se arruinan!... Pero es cierto que viven arruinados. La sociedad tiene la culpa. No hay nada que hacer. El mundo está mal. Necesita una convulsión para poner las cosas en su lugar..., o en cualquier otra parte, que siempre será mejor que donde están ahora. Véalos..., son dos puntos que se mueven y sufren; si no sufrieran no se moverían, seguramente. Es ley fatal. Pero sus movimientos se pierden en esfuerzos inútiles, nunca toman la dirección debida... Porque no saben. Y no saben porque no han aprendido a saber. Pienso a veces que ni siquiera saben que sufren. Y de ahí que tal vez no sufran. Porque el sufrimiento está en relación directa con la capacidad imaginativa; y en la imaginación residen los deseos. Y sin deseos no se sufre. ¿Cómo podrían desear estas gentes cosas que no conocen? Presienten, sí, algo mejor, pero es muy poco lo que alcanzan a contempl... concretar. Su estado miserable de incultura está contrabalanceado por su falta de inteligencia... La cultura es la espina que hiere a la humanidad. Un hombre culto, para no sufrir, tiene que ser muy inteligente, y lo malo está en que la cultura no forja inteligencias. Claro que el miserable estado de animalidad que hace feliz al hombre no es un estado digno del hombre. Éste debe aspirar a una felicidad más elevada, más refinada, la cual sólo se puede conseguir por medio del equilibrio de la inteligencia y la cultura; pero este equilibrio, desde el punto de vista de la felicidad, requiere una dosis mucho mayor de inteligencia que de cultura. Por eso considero erróneo el camino que sigue Rusia tratando de ocul... cultivar al mujik y descuidando completamente el problema que preocupa a Norte América: el mejoramiento de la raza por medio de la selección. Una prueba en apoyo de mi tesis es que nunca ocurren suicidios entre estos miserables mensú como tampoco entre los hombres superiores y los genios; sólo se suicidan los mediocres, que son justamente los que en apariencia sufren menos... ¡Ah! Ahora reconozco al de pañuelo, es Euseb... Eustaquio, ha de andar haciendo changas..., y el otro parece Ayala... ¿A ver? Sí, es Ayala, ¡un diablo! Mire, ahora que están cerca, qué cara de bandido tiene. Siempre lleva una bolsa..., no la pierde...

"— Buenas tardes.

"— Buenas tardes... *(Pausa.)* Los dos tienen voz alcohólica... ¡Hacen bien! No les queda otra cosa que emborracharse... Mire ahora qué aspecto grotesco tienen vistos de atrás. Les cuelgan hilachas. ¡Pobres gentes!... Pero son felices... No saben nada... ¿No ha notado que caminan tan rápidamente en las subidas como en las bajadas? Ahora van cuesta arriba al mismo paso que cuando venían del bosque. ¡Es curioso!, para ellos todo es lo mismo. ¡Si yo fuera así!... Parecen dos puntitos insignificantes, y lo son; el mundo es demasiado grande para ellos. Ya desaparecen en la loma... ¡Qué fácil es desaparecer!... *(Pausa.)* ¿Qué hora es? Hoy tengo que hacer, tengo que escribir, pero antes debo ver..., ir al correo..."

Y no anoté más. Momentos después mi amigo se despidió y se fué.

En seguida me puse *(Continúa en la pág. 69)*

"VENÍA BAJANDO EL CAMINO DE LA LOMA, A GRANDES ZANCADAS, CASI CORRIENDO, SIN SOMBRERO A PESAR DEL FUERTE SOL, Y CON EL PELO REVUELTO."

Hay teorías científicas admitidas con general respeto que no tienen, a veces, más comprobación que la que le otorgan las circunstancias o coincidencias favorables. Esta verdad aparece demostrada en este originalísimo cuento donde la realización de un curioso experimento científico lleva, por medios ingeniosos, al resultado de una comprobación cómica e imprevista.



LA LECHERA DEL CÁNTARO



LE CHEF



ISOLDA

GRACIOSAS MASCARITAS INFANTILES



PAJE DEL SIGLO XVIII

Los disfraces infantiles son fáciles de idear, y si se les permite a los niños dar expresión a todas las fantasías de sus jóvenes imaginaciones, a menudo sugerirán trajes bonitos y llamativos, que con poco trabajo una mamá habilidosa podrá convertir en realidad. Dejemos, pues, a un lado los arlequines y pierrots clásicos. A una edad en que no se cree en el ridículo, ni existe el temor de afearse, el disfrazarse constituye un verdadero placer. Uno de los atractivos, y no por cierto el más insignificante, de los bailes infantiles, es el concurso de trajes. Si el jurado se compusiese de niños, por este hecho resultaría mucho más sincero e imparcial, y naturalmente que el disfraz más ocurrente y original tendría más éxito y recibiría más votos. En esta página sugerimos algunos trajes fáciles para confeccionar en la casa, y que además llamarán justificadamente la atención por lo graciosos y sentadores.



HILANDERA DE LE POITOU



De aspecto muy llamativo este modelo de jersey azul marino, adornado sencillamente con un panneau de jersey tricolor. Elegante creación de Mainbocher.

Elegante modelo de crêpe flamisol color mostaza. La blusa termina en dos bandas largas, una de las cuales pasa por un ojal, y se atan en un moño en la cintura. Lanvin.

Un modelo muy práctico y de líneas sentadoras. Es de crêpe de seda pesado y está muy adornado con vainillas anchas. Las mangas terminan en un puño ajustado. Chanel.

Muy chic este ensemble de Goupy. El vestido es de crêpe de Chine a cuadros blancos y negros. El tapado, de velours gaufré muy liviano, tiene un cuello de piqué blanco.

LA MODA ACTUAL REALZA LA



De crêpe furro gris este elegantísimo modelo. El cinturón es del mismo género, color rojo laca. La sobrepollera vuelve a predominar. Creación de Schiaparelli.

Modelo de corte muy interesante. La línea de la cintura sube en la delantera y baja en la espalda. Es de crêpe frissona; el cuello es de seda acresponada de colores vivos.

Este modelo nos demuestra de cuánto efecto puede ser la nueva cintura baja de Patou. Es de crêpe pesado color mate. En las mangas y en el escote tiene frunces.

PERSONALIDAD DE LA MUJER



Lleno de gracia y coquetería este vestido de "bailaora", de raso rojo con aplicaciones de terciopelo negro.

Muy sentador y elegante este modelo de disfraz. Representa a una aristócrata de Virginia del año 1789.

Traje de indio, muy original y bonito para una jovencita. Se presta, sobre todo, para llevar en las playas.

Otro modelo de una dama del año 1789. Es sumamente delicado y se presta admirablemente para una silueta fina.

EL BAILE DE MASCARAS

Actualidad de la Capital



Lino Palacio, que ha sido invitado por el gobierno de Suiza para participar en la Exposición Universal de Caricaturas que se realizará en Estocolmo, y a la cual concurrirán los primeros dibujantes humorísticos del mundo.



Señorita Inés Adelaida Roveda, que contrajo enlace recientemente con el señor Raúl Beaumont Portales.



Retrato de don Enrique Lavalle, presidente del Club del Progreso; acuarela de Lola de Lusarreta que se exhibe actualmente en la Galería Müller.



Núcleo de periodistas de la capital y del interior que visitaron el Colegio Siriolibanés de esta ciudad y comprobaron así la eficiencia de ese establecimiento educacional.



Alcira de Selva, joven artista argentina que ha merecido en París el título de "reina del tango" y a quien se ha confiado el principal papel de la película "Une nuit argentine", que se filmará en Francia.





Digno final de un gran día...

Fué el primero en despertarse a la mañanita, y ahí nomás inició a tambor batiente su deliciosa misión de llenar el hogar durante 10 horas con su alegría desbordante... que sólo declinó al llegar el crepúsculo, cuando después de su abundante "teté" quedóse dormidito en el regazo de mamá...

Hay en toda la República, millares de niños que se crían así, felices, robustos y sanos, gracias a una perfecta lactancia... (Desde hace más de una generación, Malta Palermo procura a las madres los elementos necesarios para poder brindar a sus hijitos un seno provechoso, rico y abundante...)

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires.

No basta parecerse a Malta Palermo; tiene que *serlo*.

Malta
PALERMO

UN CLUB POR SEMANA

El nombre del Club Mar del Plata está ligado a todas las obras que embellecen el balneario

Por LITA IGUAL



El frente del edificio del Club Mar del Plata.

DESDE años atrás, cuando mis veraneos me han traído al mar, he bailado, cenado y probado fortuna en el Club Mar del Plata.

Empíricamente, como el que no se detiene en la razón que lo impulsa, no me he detenido a pensar "adónde" iba. He admirado, eso sí, el suntuoso edificio y me he complacido en el lujoso espectáculo de sus salones decorados e iluminados con sin igual belleza.

En las noches de baile, cuando la elegancia y la gracia vestía a las mujeres, el brillo de los salones parecía realzarse. Entonces, el Club Mar del Plata ponía en evidencia su valor social y acentuaba su prestigio.

Situado estratégicamente para ser visto desde todas partes, nadie ignora todo el paisaje que se abarca desde sus amplios ventanales.

Cuando el bullicio de la orquesta, unido a la alegría de la concurrencia y al son de las cornetas y juguetes bullangueros, ha empujado hacia afuera a las parejas soñadoras, los impagables balcones han sido como el oasis para el caminante. La maravilla del mar ha puesto paz en las almas tocadas de ensueño.

Así como yo, la mayoría de los que han concurrido al "Mar del Plata" en los pasados años, han estado lejos de suponer lo que este club es para el gran balneario argentino.

Si nos detenemos a pensar que hace veinticinco años que se constituyó la primera comisión, no es difícil imaginar toda la labor realizada por una sociedad colectiva que, al formarse por destacadas y conocidas personalidades, sólo llevaba por bandera el deseo manifiesto de beneficiar al balneario.

No se detenían solamente en crear un lugar de reunión para dejar correr el ocio de las horas; querían dar de sí lo mejor para que aquel centro, que significaba una esperanza realizada, tuviese un marco digno de su grandeza.



El presidente de la institución, don José Luis Bustamante, presenciando un partido de polo en el Parque Camet.

Fundado por el doctor Adolfo E. Dávila, la institución adquirió de inmediato un enorme prestigio.

Y no sólo fué un prestigio social, por cuanto la parte económica sobrepasó esperanzas; tal es así que la primera donación hecha a la Municipalidad para pavimentar con asfalto las principales calles de Mar del Plata, alcanzó a la considerable suma de ciento cincuenta y dos mil pesos. Dos años más tarde, con el mismo objeto,

(*Continúa en la pág. 38*)

Argentinos en Montevideo



Sres. Howard, I. Paz, J. Basavilbaso, Sra. de Barón Supervielle y Srta. de Gómez Cibils, durante la comida ofrecida por el Dr. H. Madariaga a un núcleo de argentinos que veranean en Montevideo.



Señora Arocena Capurro de Basavilbaso, señor Guillemmette, y señor Jorge Urquiza.



Señoras de Caseros Urquiza y Cranwell de Guillemmette y doctor César Madariaga.



El anfitrión, doctor Madariaga, aparece aquí al lado de las señoras de Lezica Alvear y de Urquiza Anchorena.



Señor Floro Lezica, señora Díaz Vélez de Madariaga, señora de Arocena y señor Braceras.



Señor Carlos Ham, señorita Mabel Lisboa Shaw, señor Barón Supervielle y señorita Marta Güemes.

Fomento serrano



El gobernador de la provincia de Córdoba, doctor Pedro Frías, aparece aquí rodeado de distinguidas damas y caballeros, después del almuerzo servido en el Golf Club con motivo de la inauguración oficial de Fomento Serrano.



Núcleo de damas y caballeros que asistieron al almuerzo servido en los salones del Golf Club de La Falda, con motivo de la inauguración de Fomento Serrano.

Fotos de Arturo Francisco

El nombre del Club Mar del Plata está ligado a todas las obras que embellecen el balneario

(Continuación de la pág. 35)

se hizo otra donación de cien mil pesos.

Es al Club Mar del Plata que se debe la construcción de la hermosa rambla, la avenida Luro, el sostenimiento del hospital, el concurso para el pabellón del Golf Club y diversas obras de beneficencia. Todo esto allá en el año 1911. Después de esta fecha ha tenido lugar la formación del parque "Camet", donación de noventa hectáreas que la comisión obtuvo de don Juan Pedro Camet en memoria de su esposa.

Terreno este en el que se construyó la casa que es hoy restaurante y confitería, las canchas de golf y de polo y el hermoso camino pavimentado a la vera del mar que conduce desde la ciudad balnearia hasta las puertas mismas del parque Camet.

Las grandes avenidas custodiadas de árboles, el lago artificial, los campos de deportes, las pistas para juegos infantiles, todo es obra del club.

Y así Mar del Plata lleva ligado a cada obra de embellecimiento el nombre de la institución, y así los que venimos a gustar de su belleza podemos decir que es la ciudad mejor pavimentada del país.

Esta es, sucintamente, la obra de progreso del Club Mar del Plata; queda aún por decir su obra social, que día por día abarca proporciones considerables.

Sus salones son, han sido y serán, centro de elegante diversión de los socios y de las familias que visitan Mar del Plata y aspiran a la sociabilidad distinguida.

Éstos hallan también un magnífico salón biblioteca con seleccionados libros. Su mesa de periódicos y revistas está siempre concurrida. Los lectores hallan las últimas noticias y las mejores novedades.

La comisión del Club Mar del Plata no descansa en la aspiración de hacer un centro intelectual al centro social, y así vemos cómo en él ha surgido la hermosa "Fiesta de la Poesía", que reúne elementos destacados, evidenciando la aspiración argentina de revelarse en el orden artístico.

Ha tenido también lugar la Exposición del Libro Argentino y muchas fiestas de beneficencia.

Puede enorgullecerse el Club Mar del Plata de los huéspedes ilustres a quienes ha recibido y a quienes ha brindado su cordialidad, ofreciendo fiestas

(Continúa en la pág. 51)



Uno de los lujosos salones del club durante una comida de gala.



El chalet destinado a restaurante en el Parque Camet.



Un arroyo artificial en el Parque Camet.

HOMBRES Y MUJERES DEL MUNDO Por Harry Solon

He aquí un tipo de oficial del ejército británico de la India. Vive en Peshwar, y el bondadoso aspecto de su rostro contrasta grandemente con su bravura de guerrero empeñoso y arriesgado.



¿CUAL ES LA DANZA QUE USTED INTERPRETA CON MAS INSPIRACION?

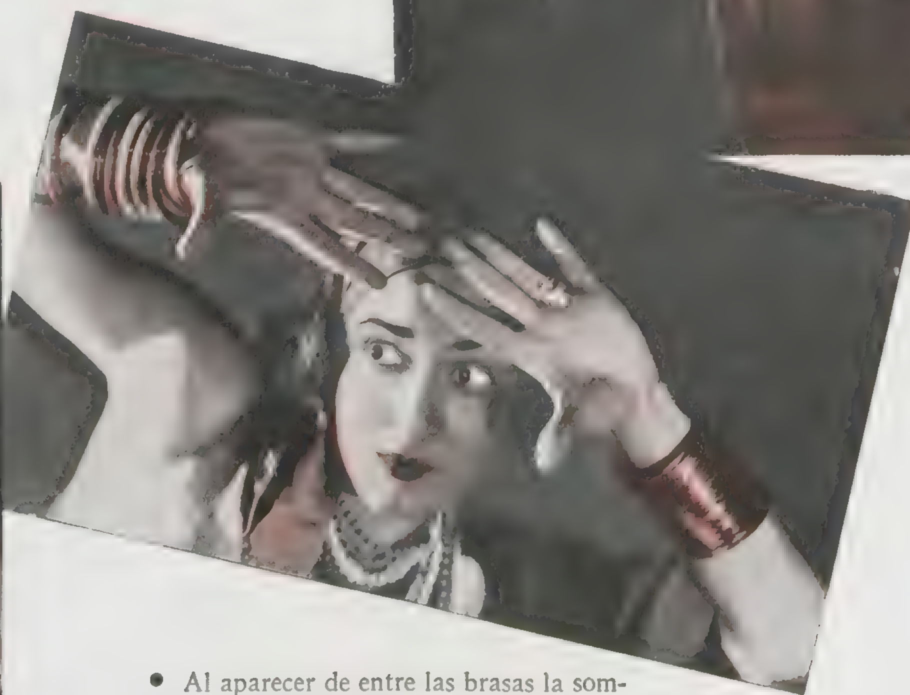
Lita Rey Posse responde: "La danza del fuego", de Falla



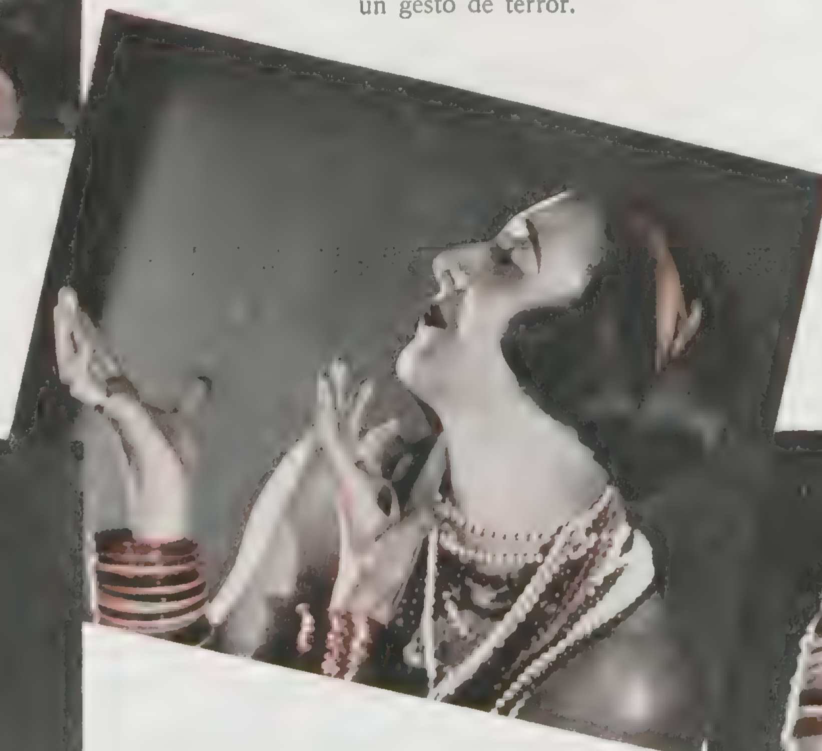
• La gitana, a pocos pasos de la hoguera, iniciada en el rito de la seducción, llama al espectro para hacerlo sucumbir a sus encantos diabólicos.



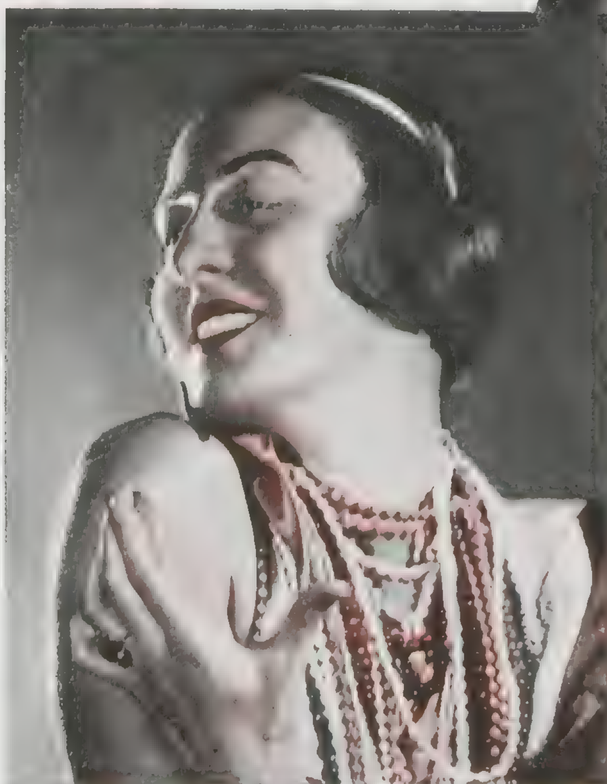
• Como si quisiera alejar de su visión la otra visión, el alma del espectro, que empieza a levantarse entre las llamas.



• Al aparecer de entre las brasas la sombra del hombre muerto, la gitana tiene un gesto de terror.



• Ya repuesta de su impresión de miedo, la gitana ensaya su primer gesto de seducción.



• Segura de sus encantos empieza su tarea, la endiablada tarea de enamorar a un muerto.



• Vencedora y mujer al fin, Lita Rey Posse interpreta magistralmente este paso de despedida.

Fotos de Sergio, hechas especialmente para "El Hogar".

NUESTRO GRAN MUNDO



Mercedes Passo Rosa



De cómo Diego Laínez, padre del Cid, probó de los cuatro hijos que tenía, el más valiente

(Anónimo)

ESE buen Diego Láinez,
después que hubo yantado,
hablando está sobremesa
con sus hijos todos cuatro.
Los tres son de su mujer,
pero el otro era bastardo;
y aquel que bastardo era,
era el buen Cid castellano.
Las palabras que les dice
son de hombre lastimado:
—Hijos: mirad por la honra,
que yo vivo deshonrado;
que porque quité una liebre
a unos galgos que cazando
hallé del conde famoso
llamado conde Lozano,
palabras sucias y viles
me ha dicho y ultrajado.
¡A vosotros toca, hijos,
no a mí, que soy anciano!
Estas palabras diciendo
al mayor había tomado;
queriendo hablarle en secreto
metióle en un apartado;
tomóle el dedo en la boca,
fuertemente le ha apretado;
con el gran dolor que siente
un grito terrible ha echado.
El padre le echara afuera
que nada le hubo hablado.
A los dos metiera juntos
que de los tres han quedado;
la misma prueba les hizo,
el mismo grito habían dado.
Al Cid metiera el postrero,
que era el menor y bastardo.
Tomóle el dedo en la boca,
muy fuerte se lo ha apretado;
con el gran dolor que siente
un bofetón le ha amagado.
—Aflojad, padre—le dijo,—
si no seré malcriado.
El padre que aquesto vido
grandes abrazos le ha dado.
—Ven acá, tú, hijo mío;
ven acá, tú, hijo amado;
a ti encomiendo mis armas,
mis armas y aqueste cargo:
que tú mates ese conde,
si quieres vivir honrado.
El Cid calló y escuchólo,
respuesta no le ha tornado.
Al cabo de pocos días
el Cid al conde ha topado;
hablóle de esta manera,
como varón esforzado:
—Nunca lo pensara el conde,
fuerades tan mal criado,
que porque quitó una liebre
mi padre a un vuestro galgo,
de palabras ni de obras
fuese por vos denostado.
¿Cómo queredes que sea
que tiene que ser vengado?
El conde tomólo a burlas,
el Cid presto se ha enojado;
apechugó con el conde,
de puñaladas le ha dado.

Ilustración de Cesáreo Díaz



Toda artista que se baña va a parar al copetin...

Sketch marplatense de Josué Quesada interpretado por Carmen Lamas



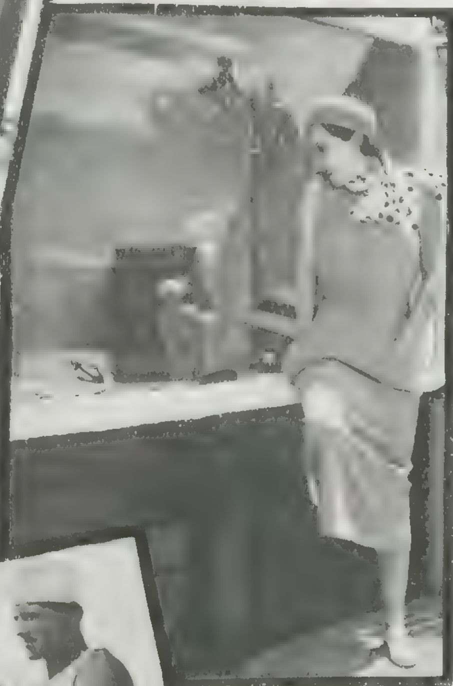
10. Una toilette sintética frente al espejo. El arreglo consiste en diestros golpes de "rouge" sobre los labios y un poco de crema sobre el rostro.



10.30. El tiempo es tan variable, que antes de decidir la indumentaria con la cual se ha de presentar en la playa, hay que analizarlo.



11. Así, con un vestidito de jersey sobre la fina malla, anudado un gran pañuelo al cuello, el automóvil ha de conducirla hasta el balneario.



11.10. Las vidrieras de las casas de moda son, en el breve trayecto, un motivo de encantamiento. Toda figura teatral que tenga verdaderamente alma de artista ha de desear cuanta novedad se presente



11.30. Antes del baño de mar hay que dorar al sol la espalda; el agua está a veces muy fría y es necesario el calor previo que los rayos solares infiltran en el cuerpo.

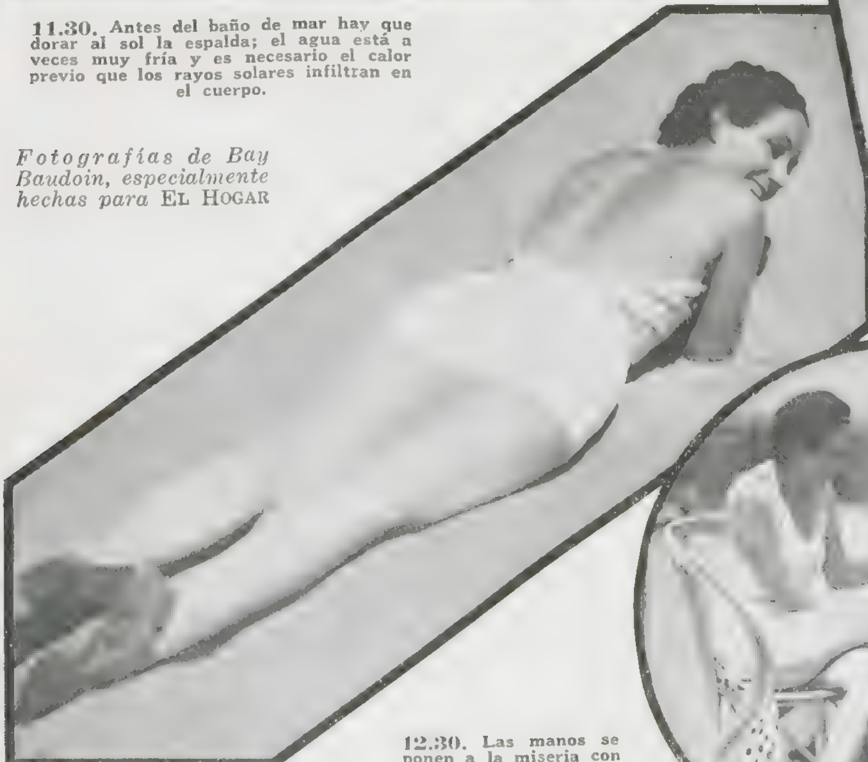
Fotografías de Bay Baudoin, especialmente hechas para El Hogar



12. En contados casos, una artista se arriesga en el mar mucho más de lo que ilustra la presente fotografía. Carmencita Lamas hace honor a su gremio y baña sus tobillos con la absoluta convicción de quien realiza una proeza.



12.05. El temor de una pulmonía provocada por las corrientes de aire determina la inmediata intervención del bañero, que acude a cubrirla con la salida de baño, lo mismo que si hubiera terminado un raid.



12.10. ¡Es claro, hay que descansar después del gran esfuerzo! Nada mejor que tenderse en la arena con un maillot bataclánico! ¡El buen sol ha de entibiar al cuerpo helado después del remojón... de los tobillos!



12.30. Las manos se ponen a la miseria con la arena, y para remediar el daño, las manicuras recorren, afanosas, las carpas y los toldos. Pero, como se está mejor al sol, este detalle se cumple a cielo abierto.



13. Y como final obligatorio, el copetín en el balneario, con el agregado de mariscos y otras golosinas. Es así cómo se epiloga la mañana de veraneo de una artista en Mar del Plata.

EL FLIRT TAMBIEN TIENE SUS MOMENTOS EN LAS PLAYAS MARPLATENSES

Playa Grande es paraje propicio para el flirt; tendidas en la arena, las parejas tienen largas horas de olvido frente al mar, y el espíritu se remonta sin esfuerzo hacia las regiones del ensueño. Allí, bajo el sol que dora las carnes, niñas y jóvenes practican el culto del flirt, que no es otra cosa que la amistad estilizada en sutiles afinidades y en armonías que se hermanan y se arrullan en una misma música... Las olas se quiebran con estruendo en la orilla, el tumulto de los veraneantes pasa a su lado con el cortejo de sus ruidos, asedian los fotógrafos indiscretos y los vendedores de golosinas, pero las parejas, que han cedido a la sugestión del flirt, no lo advierten, y son de esta manera felices en su aislamiento lleno de encanto.

● En una demostración de superioridad deportiva, el caso de Juan Luis Clusellas sería el de "knock-out" técnico. Se diría, en presencia de esta fotografía, que Margarita Villamil, que está a su lado, le hubiera contado los nueve segundos clásicos y hasta el "out" definitivo.

● Una sonrisa enigmática, pero en la que se adivina un puntillo de duda, es la que refleja Josefina Campos Carlés frente a Iván Goñi Moreno, que luce la indumentaria con que este año se presentan los jóvenes a la playa y debajo de la cual llevan la malla de baño.

● Margarita Mackinlay sonríe bajo la sombra de su sombrerito de piqué, mientras con su diestra hace deslizar los granos de oro de la arena. Tendido frente a ella, Eduardo E. Maglione la observa, y es su mirada como un silencioso interrogante.

● El diario es un pretexto para iniciar el diálogo y los anteojos obscuros para que la individualización sea difícil. Sin embargo, el cronista puede asegurar que ella es Graciela French Lanús y él Carlos Beltrán, los cuales, tendidos en dos sillas de tijera, han puesto al sol sus torsos.

● Mariela Maguire y Héctor Cafferatta parecen ausentes del mundo que los rodea; el fotógrafo, cuya sombra se advierte entre los dos, ha avanzado hasta escasos centímetros de sus cabezas, y ni siquiera el "clic" de la máquina ha turbado el encanto del diálogo.

● Frente a frente y cara a cara, Matilde Popolizio y Carlos Alberto Padilla se han tendido en la arena; mirándose en los ojos, han dejado un momento de hablar, sin duda porque no ignoran que hay silencios elocuentes...

● Apoyado en sus codos, en una actitud bastante incómoda, Ernesto Serigós se ha incorporado un tanto para, de este modo, poner sus ojos al nivel de la linda sonrisa que en ese momento le obsequia Noemí Susana Popolizio, que, además del medio velo, luce un par de guantes blancos, lo que no es común en la playa.

● Antonio Christophersen, con su bonete de marinero puesto con gracia sobre una de las cejas, refleja una duda en su expresión. A su lado, la señorita de Zapiola, que ha trazado en la arena un semicírculo, pareciera interrogarlo.

● María Luisa Inchauspe, con su vestidito de playa, que es también la última palabra en materia de elegancia femenina, está frente a frente a Ernesto Serigós, que aparece en otra de las fotografías de esta misma página, de donde se deduce que el flirt es una manera agradable de conversar indistintamente con todas las amigas, sin el riesgo o la posibilidad de un noviazgo.

● ¡Ah! Tenderse sin protocolo en la playa, sentir en el cuerpo el calor de la arena y sobre las espaldas la caricia del sol, es, para los novios, el ensueño realizado. Así, en voz baja, las palabras tienen un acento más dulce, y cada frase es una evocación, cuando no una promesa.

● La coquetería no está reñida con la naturalidad en el flirt; es el caso de Nelly Popolizio, que destaca una actitud elegante y distinguida frente a Arturo Nazar Basualdo, que está allí como en oración, aunque un tanto despeinado.

Fotografías de Mazer, especialmente hechas para "El Hogar".

Los deportes elegantes en Mar del Plata: una tarde en el Golf Club



● Mientras les toca el turno de iniciar el "footing" a que obliga la práctica del golf, los jugadores se tienden al sol. Aparecen en la presente fotografía las señoras Marcela Torres Duggan de Helguera, María Luisa Dose de Larriviere, María F. de Cazón, señores Alberto de Gainza Paz, Luis Lázaro Elortondo y Gustavo A. Pueyrredón.



● Precisión, justeza y un pulso sereno exige una buena jugada cerca del hoyo, como lo que está realizando la señorita María Rosa Ramos Mejía en el espléndido campo del Golf Club de Mar del Plata, tan lleno de sinuosidades y escollos.



● El palacio que ocupa la sede social del Golf Club Mar del Plata está considerado, a justo título, como uno de los más suntuosos y confortables del balneario. He aquí una vista del mismo, contemplada desde el campo de juego.



● El ejercicio a que obliga la práctica del golf contribuye, según lo prueban los hechos, a mantener la línea y con ella la elegancia y la distinción. Es lo que están demostrando prácticamente las señoras Sara Pueyrredón de López y Nelly Mihanovich de O'Farrell, que marchan decididas en procura de la pelota.



● Tras este espeso enrejado, digno, por cierto de un banco a prueba de asaltantes, está el encargado de vender los boletos de control que otorga el derecho de utilizar a los chicos que cargan con la bolsa de los palos. Tratándose de un juego inglés, se ha debido escribir la leyenda en ese idioma. La señorita Elvira Sojo es la que aparece adquiriendo una de las boletas.



● Aguardando el momento de iniciar un partido, es de rigor comentar los pequeños grandes sucesos del balneario: el baño de la mañana, el flirt de la tarde, el paseo del día siguiente. He aquí a las señoritas Mary Agote, María Rosa Ramos Mejía, Susana Magdalena Madero y al joven Marcelo Scheiner.



● La elección de las pelotillas de golf es tarea que tiene sus bemoles, a juzgar por la expresión grave y adusta de los jugadores. Se diría que la escena reprodujera un momento en un puesto de venta de frutas...



● Se puede apreciar por esta fotografía cómo las niñas están en Mar del Plata en abrumadora mayoría. Cinco son ellas y dos los caballeros. En la presente fotografía aparecen las señoritas Josefina Sánchez Alzaga, María Luisa Hileret, Raquel Lubary, Alcira Perlender, Angela González Alzaga y los jóvenes Patricio Dónovan y Pedro Ledesma.

● La salida de los jugadores es un espectáculo siempre interesante, que atrae la atención de los que esperan. En torno al que inicia su juego se alistan los que han de seguir de inmediato, y cada cual espera con su palo entre las manos.



Fotografías de Mazer, especialmente hechas para "El Hogar".

Esther Estrugamou de Blaquier y su hijito Martín.

Fotografía de Wilenski

¿SE PARECEN LOS HIJOS A LAS MADRES?

Publicamos en la presente página dos fotografías en las cuales aparece la señora Esther Estrugamou de Blaquier. La primera de ellas fué obtenida a la edad de tres años, y la semejanza con su hijo Martín es en verdad extraordinaria, según puede comprobarse con un análisis detenido de ambos retratos.



Esther Estrugamou a los tres años

LUCIA MONTALVO PRESENTA LOS ULTIMOS MODELOS PARA LA PLAYA

● Pijama en seda negra, compuesto de dos piezas. El pantalón, muy amplio, se abrocha atrás, igualmente que el corpiño trencillado en blanco. En la mano, pequeña capa.

● El mismo modelo anterior con la capita.

● Lucía Montalvo, cuya belleza, elegancia y buen gusto se ponen de relieve en esta página.

● Maillot de finísimo punto de lana, cuerpo blanco con pantalón azul e incrustaciones tejidas en varios tonos.

● Elegante pijama para playa, confeccionado en lana diagonal fantasía color verde mar. El pantalón abrochado al costado con botones de nácar. La blusa con "jabot" "georgette" verde y blanco.

● Traje en dos piezas. El "pull-over" forma casaca en punto abierto. La pollera en jersey lisa, color rojo o azul, haciendo juego con el "pull-over" en azul france y blanco o rojo y blanco. Este modelo es muy apropiado para la playa o para "sport".

Fotos de Kitzler

Con el traje de la abuela

BEATRIZ CULLEN

La señorita Beatriz Cullen, con cuyas fotografías ilustramos la presente página, aparece en una de ellas luciendo un vestido estilo Imperio que perteneció a su abuela la señora Vicenta Iturraspe de Yriondo, tronco de una de las más antiguas y prestigiosas familias de Santa Fe. La señorita Beatriz Cullen es hija del señor Guillermo Cullen y de la señora Vicenta Yriondo.

Fotografías especiales de "El Hogar"



LA CASA DE CAMPO DE COLLEEN MOORE

Las actrices cinematográficas, especialmente aquellas que han hecho ya una campaña más o menos larga en el séptimo arte, tienen todas casa propia, o, lo que es más claro aun, palacio propio. Puede decirse que la deliciosa Colleen Moore es una de las que, pese a su juventud, más intensamente y por más tiempo ha actuado en la pantalla. Fruto de esa labor es la residencia que posee en los alrededores de Los Angeles, entre Beverly Hills y el océano Pacífico, y de algunos de cuyos interiores damos cuenta en esta nota gráfica.



• El comedor que, debido a su bajo techo y muebles de líneas severas y armoniosas, constituye una de las habitaciones preferidas por la juvenil estrella cinematográfica.



• Un hall espacioso, alegre y lleno de luz es lo primero que se advierte al entrar en la casa de Colleen. El piso está embaldosado, y en el fondo del hall puede verse la mesa de té.



• No podía faltar en tan lujosa residencia una pileta de natación. Colleen decidió colocar la suya en uno de los extremos del jardín, que, como se ve, es espacioso y bien cuidado.



• El pórtico de entrada a las habitaciones, de aspecto colonial, es una de las características principales del pequeño palacio. Obsérvese el estilo del farol que pende del techo.



• En uno de los pórticos interiores, Colleen Moore, la feliz poseedora de este palacete, posa feliz y contenta. Colleen, luego de un prolongado alejamiento del cine, ha retornado para iniciar la filmación de películas parlantes.

En honor de los pilotos del "Arc-en-Ciel"



Cabecera de la mesa durante el banquete ofrecido al aviador Mermoz en el restaurante "Les Embassadeurs", acto que transcurrió en medio de gran animación, y que se realizó a beneficio de "Les ailes brisées" institución de amparo para los aviadores.



He aquí al famoso as del "Arc-en-Ciel" dedicado a un raid mucho más amable y ligero: el del tango.



En esta foto se ve al radiotelegrafista Manuel, al capitán Maillaux y al ingeniero Cauzinet departiendo animadamente con sus compañeros de mesa



El ingeniero Cauzinet aparece aquí abstraído en la contemplación de la fiesta, mientras su vecino observa atentamente en otra dirección.

El Club Mar del Plata...

(Continuación de la pág. 38)

que reunían lo más destacado de la sociedad porteña.

En 1928 ya se efectuaban los torneos de polo en el parque Camet donde se disputaban buenos premios.

Preside el Club Mar del Plata don Luis Bustamante, cuyo espíritu culto continúa la obra comenzada. Los años no harán más que afianzar este progreso, y el gran balneario podrá regocijarse de tener quien coopere al engrandecimiento de la bella ciudad, de la incomparable Mar del Plata.





LAS COMEDIAS DE "EL HOGAR"

El estómago

Un acto de José M. Braña

La actriz Perla Mary y el actor Roberto Blanco, del teatro Sarmiento, se prestaron gentilmente para la interpretación gráfica de esta comedia.

PERSONAJES: Juanita, la señora de Mollares, don Pantaleón Ruidiola, Enrique, Adelio, la criada.

Una sala amueblada con buen gusto. En el centro de la escena un pequeño velador con una silla a su lado. Puertas laterales y al foro. La acción tiene lugar por la mañana, cerca del mediodía.

ESCENA I

Juanita — Enrique

(Juanita y Enrique constituyen un matrimonio moderno, de la última hornada. Al levantarse el telón aparecen discutiendo, con razón o sin razón, pero como es cosa corriente en todos los matrimonios.)

Juanita. — ¡Es inútil! ¡Es inútil! Hasta que no me des una explicación convincente sobre la procedencia de este mechoncito de pelo que te he encontrado enredado en un botón del saco, no quiero saber nada de paces.

Enrique.—¡Pero, querida! ¡Si ya te he dado todas las explicaciones posibles!

Juanita. — Con que todas las explicaciones posibles, ¿eh? Me has dado diez y siete.

Enrique. — Ya ves, tú misma lo dices. Te he dado diez y siete explicaciones, y aún no te convences.

Juanita. — Es que las diez y siete son... distintas.

Enrique.—Y ninguna te ha satisfecho. Lo que quiere decir que tienes un gusto detestable. ¿Quieres que te dé la número diez y ocho?

Juanita. — ¡Qué gracioso! ¿Es que pretendes decirme una nueva mentira?

Enrique. — ¡Y dale! ¡Pero si no son mentiras! ¡Si yo no he mentido nunca, Juanita! Ese pelo...

Juanita.— ¡A ver! ¡Dilo! ¿De quién es este pelo? Mío está descartado que no es, porque yo lo tengo rubio.

Enrique. — Desde hace dos semanas.

Juanita. — ¡Embustero! Son tres semanas. Pero este pelo es reciente, y no puedes alegar que lo tenías enredado ahí desde hacía tres semanas, porque este traje te lo enviaron anteayer de la tintorería.

Enrique. — Bueno, pues entonces renuncio a darte la décimoctava explicación...

Juanita. — Pues yo te la exijo. ¡Y me la darás en seguida! ¡En seguida! *(Como un basilisco.)* ¿De quién es este pelo?

ESCENA II

Dichos. — *La criada.* — A poco, *don Pantaleón.*

La criada. — *(Asomándose por la izquierda.)* El señor Pantaleón.

(Al oír este nombre, ambos cambian de actitud como por encanto.)

Juanita. — ¡Ya me darás la décimoctava explicación! ¡Y bien que me la darás!

Enrique. — Sigue..., y verás cómo te la doy...

(Aparece por la izquierda don Pantaleón Ruidiola, hombre de más de sesenta años, ridículo en el vestir, de perita de chivo, pero de natural bondadoso. En su pueblo natal — Quemú-Quemú — tuvo el gran honor de llegar a juez. De ahí, sin duda, su manía de querer intervenir en los pleitos ajenos y tratar de resolverlos con raras teorías.)

Don Pantaleón.—¡Hola, hola, sobrinitos!

Los dos. — *(Muy amables.)* ¡Buenos días, tío!

Don Pantaleón. — No esperaba encontraros levantados tan temprano... Como yo madrugo tanto...

Juanita. — Pero, tío..., ¡si ya son las once!

Don Pantaleón.—¿Qué dices, muchacha? ¿Las once ya?... Entonces soy yo quien se ha dormido.

Enrique.—Ya lo creo. ¡Y como un lirón! A las ocho entré yo en su cuarto, para despertarlo, y por más que lo zarandeé no conseguí que abriera un ojo.

Don Pantaleón. — Es que yo soy así. Cuando me duermo, es para no despertarme.

Enrique. — Por cierto que estaba usted soñando.

Don Pantaleón. —¿Sí? *(Con curiosidad.)* ¿Y qué soñaba?

Enrique. — Decía usted, como hablando con alguien: "Tome bicarbonato."

Don Pantaleón. — ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Soñaba con el ferretero del pueblo, al que le van malísimamente los negocios.

Juanita. — ¡Qué ocurrencia! ¿Y contra la mala suerte en los negocios recomienda usted el bicarbonato?

Don Pantaleón. — Pues, ¡naturalmente! La mala suerte en los negocios agria el carácter; el mal carácter trastorna el estómago, y entonces se impone el bicarbonato. El bicarbonato regulariza las funciones del estómago, y un hombre que tiene el estómago

**Juanita. — ¡Es inútil! ¡Es inútil! Hasta que no me des una explicación convincente sobre la procedencia de este mechoncito de pelo que te he encontrado enredado en un botón del saco, no quiero saber nada de paces.
Enrique. — ¡Pero, querida! ¡Si ya te he dado todas las explicaciones posibles!**

en perfectas condiciones no puede tener mal carácter; por tanto, un hombre que no tiene agriado el carácter no puede desesperarse porque le vayan mal los negocios.

Juanita. — ¡Qué teoría la suya!

Don Pantaleón. — ¡Asombrosa! Y a propósito. Veo que ustedes son una excepción. En los días que llevo en esta casa, disfrutando de todas sus delicias, no les he visto aún reñir. ¡Al contrario! Les he visto tiernos, amables, como aquellos amantes históricos.

Juanita. — Es que nos queremos mucho... *(Mira a Enrique con intención.)* Muchísimo.

Enrique. — *(También con intención.)* ¡Con toda el alma! Como no se habrán querido Pablo y Virginia, ni Romeo y Julieta.

Juanita. — ¡Ni una sola vez hemos tenido la menor diferencia! ¿Verdad, querido?

Enrique. — ¡Ni media vez! Yo nunca he tenido la menor duda con respecto al cariño de mi Juanita, ni ella ha tenido jamás la más leve duda con respecto a mi fidelidad, ¿verdad, querida? *(Las últimas palabras muy recalcadas.)*

Juanita.—*(Haciendo de tripas corazón.)* Es verdad.

Don Pantaleón. — Así me gusta. Veo que en esta casa no tendré nunca que hacer uso del bicarbonato. Todos aquí tenéis el estómago en magníficas condiciones. Y más vale así, porque el estómago es la causa de todos los trastornos de la vida. Pero no quiero daros más la lata, porque veo que os he interrumpido en lo mejor de vuestro idilio. ¿Me equivoco?

Juanita. — ¡Oh, no, tío!

Enrique. — ¡Qué esperanza!

Don Pantaleón. — Bueno, voy a dar una vueltecita. Todas las mañanas, antes de almorzar, acostumbro dar un paseíto higiénico; y nunca he regresado a casa sin haber realizado un acto humanitario. ¡Ah! ¡A propósito! Me olvidaba de llevar mi botiquín. ¿Cómo se llama la sirvienta?

Juanita. — Se llama María.

Don Pantaleón. — ¿María? No podía llamarse de otro modo.

Juanita. — Yo la llamaré, tío; no se moleste. *(Lo hace.)* María... *(Aparece la criada por la izquierda.)*

Don Pantaleón. — Hágame el favor, hermosa doncella. En mi cuarto, sobre una silla, a la izquierda, casi detrás de la puerta, hay una valijita. ¿Quiere usted traérmela?

La criada. — Con mucho gusto.

Don Pantaleón. — Yo nunca salgo sin ella. Dentro llevo un vasito, un frasco de agua filtrada y una caja de bicarbonato. Como dije ya, rara es la vez que no tengo que hacer uso del bicarbonato. En donde menos me lo espero, tropiezo con dos o más personas discutiendo acaloradamente. Entonces me acerco yo, y, gentilmente, les ofrezco un poco de bicarbonato. El bicarbonato los calma como por ensalmo, y es que, como digo, realiza una acción benefactora en el estómago. Porque un hombre que discute con calor, que se desespera, que llega hasta el crimen, es, irremisiblemente, una víctima de su estómago. Si los más grandes criminales hubieran tomado a tiempo un poco de bicarbonato con agua, a buen seguro que no hubieran cometido los terribles crímenes que los llevaron a la cárcel, quizá para toda la vida. ¡Ah, el estómago! No dejo de cavilar en cómo podría hacerse para suprimirlo; porque el día que pudiéramos prescindir de él, ese día se salvaba toda la humanidad.

La criada. — *(Con una valijita.)* Aquí está la valijita, señor.

Don Pantaleón. — Muchas gracias. ¡Ah! ¡Una cosa, mi estimada fámula! ¿Usted sufre del estómago?

La criada. — Que yo sepa, no, señor.

Don Pantaleón. — Es raro, porque ayer me pareció oírla a usted discutir con la sirvienta del piso de abajo.

La criada. — ¡Ah, sí! Es que, al sacudir las alfombras, no me fijé que tenía muchos costrones de barro, y le cayeron todos en la cabeza a ella, que estaba asomada.

Juanita. — Hay que tener cuidado, María.

La criada. — Sí, señora; pero ¡si viera cómo se puso! Y yo creo que no tenía ninguna razón para enojarse de esa manera.

Don Pantaleón. — ¡Claro que no tenía razón! Eso lo ve hasta un ciego. Hubiera tenido razón si hubiera vivido arriba; pero viviendo abajo... Nada más justo que los costrones de barro cayeran hacia abajo, por esa famosa ley de la gravedad. Pues, como digo, la noté a usted un poco violenta.

La criada. — Con mucha razón, señor.

Don Pantaleón. — Con razón, no, sino porque usted sufre del estómago; si no sufriera usted de ese dichoso órgano, no se hubiera usted sulfurado.

La criada. — Pero es que la otra... gritaba tanto...

Don Pantaleón. — Usted debió disculparla. La otra, ¡pobrecita!, debe tener el estómago hecho cisco. ¿Quiere usted mayor desgracia? Bueno, nada más. Cuando se sienta mal del estómago, me avisa, que yo le prepararé en seguida un poco de bicarbonato.

La criada. — Está bien, señor. *(Se retira.)*

Don Pantaleón. — Y yo me voy a dar mi vueltecita. Hasta pronto, mis queridos sobrinos. *(Se marcha por el foro.)*

Juanita. — Hasta pronto, tío.

Enrique. — Que le vaya bien.

ESCENA III

Juanita — Enrique

(Al quedar solos, reinician su pelotera.)

Enrique. — Esto es intolerable. Ese hombre es un loco de verano.

Juanita. — No lo insultes, que no es tío tuyo, sino mío.

Enrique. — Por eso lo digo. Ni tú ni él pueden negar que pertenecen a la misma familia. Se nos ha encajado en casa, y nos va a dar... el bicarbonato.

Juanita. — Que si es verdad que es tan bueno para el estómago, deberías tomar una tonelada, porque debes tenerlo que da lástima.

Enrique. — Y tú deberías tomar doscientos millones... Porque tú sí que tienes el estómago hecho cisco, como dice ese pobre hombre...

Juanita. — Bueno, bueno; pero no te me escurras de la cuestión. ¿De quién es este pelo rubio? *(Mostrándoselo.)*

Enrique. — ¡Y dale con lo mismo! Vas a acabar por enloquecerme, por obligarme a cometer un disparate, por...

Juanita. — Toma bicarbonato.

Enrique. — ¡Veneno tomaría!

(Se oye una discusión fuera del escenario, como de dos hombres que se insultan y se atacan. Como es natural, una de las voces es la de don Pantaleón.)

Juanita. — *(Corriendo al foro.)* ¿Qué es eso?

Enrique. — ¿Qué pasa?

(Regresa don Pantaleón con el sombrero abollado, las ropas en desorden y todo congestionado de indignación.)

ESCENA IV

Dichos. — *Don Pantaleón*

Don Pantaleón. — ¡Hombre más grosero! ¡Lo hubiera acogotado! *(Se sienta junto al velador, abre la valijita y se prepara una dosis de bicarbonato; mientras, sigue hablando.)* ¡Ah! ¡Cómo se justifican la mitad de los crímenes!... Todos, todos padecemos del estómago. *(Toma el bicarbonato, paladeándolo.)* ¡Esto es gloria! ¡Es salud! ¡Es la salvación! *(Su rostro ha vuelto a adquirir su anterior expresión de buen humor y bondad. Guarda todo en la valijita.)* Ya me siento bien. He sufrido un repentino ataque al estómago. Era natural... Me dió ese pobre hombre un puñetazo tan grande en el pecho...

Juanita.—¿Qué le pasó, tío?

Don Pantaleón. — Una bagatela. Resulta que al bajar yo un hombre subía. Como la escalera es tan obscura, no nos vimos, y yo, sin



Juanita. — ¡Qué gracioso estás! ¿Es que pretendes decirme una nueva mentira?

Enrique. — ¡Y dale! ¡Pero si no son mentiras! ¡Si yo no he mentido nunca, Juanita! Ese pelo...

querer, le di un pisotón en un callo.

Enrique. — Entonces se justifica que se haya puesto como un tigre.

Don Pantaleón. — No, señor; no se justifica. Ningún hombre debe ser maleducado. Lo que pasa es que no se sentía bien del estómago; yo, en cambio, como me sentía divinamente, no le di importancia al pisotón.

Enrique. — ¡Claro! Porque no se lo dieron a usted.

Don Pantaleón. — Aunque hubiera sido yo el pisado. Pues bien, aquel hombre... ¡Qué víctima más triste de su estómago!... Aquel hombre, digo, pegó un brinco clownesco, lanzó una blasfemia, y se me vino al humo con intenciones homicidas.

Juanita. — ¡Qué barbaridad!

Enrique. — ¡De buena se salvó!

Don Pantaleón. — Al verlo en tal actitud me hice atrás, y le dije: "¡Un momento, caballero, que voy a prepararle un poco de bicarbonato!"

Enrique. — Y no surtió efecto el ofrecimiento.

Don Pantaleón. — No me dió tiempo a preparárselo; de lo contrario, no hubiera pasado nada. Y como me aplicó un tremendo puñetazo en la boca del estómago, es claro, yo me sentí ciego, loco, incontenible...

Juanita.—¿Qué hizo? ¡Me asusta!

Enrique.—¿Lo tiró por la escalera?

Don Pantaleón. — No. Lo exasperé más, y..., gracias a que me contuve, que si no... No sé, pero no me deja un hueso sano. Aquel hombre era una pantera, un tigre de Bengala, un león africano..., ¡qué digo!, no era más que una pobrecita víctima de su estómago destrozado. A propósito. Tengo que averiguar en qué piso vive, para...

Juanita. — ¡No, tío, por Dios!... No vaya a desafiarlo.

Don Pantaleón. — No, no, descuida. Le pediré disculpa por haberlo exasperado... y haré de él otro hombre. Yo confío en que en cuanto haga un pequeño tratamiento de bicarbonato dejará de ser un impulsivo.

Juanita. — Bueno, tío, los dejo un momento. Voy a la cocina a dar algunas órdenes. Hasta pronto, tío. *(Al pasar junto a Enrique.)* Ya me darás la explicación que te pedí. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA V

Don Pantaleón — Enrique

Don Pantaleón. — Estoy satisfechísimo de vosotros. Sois un matrimonio ideal. No he visto otro semejante en mi vida. Os amáis, os comprendéis y no tenéis diferencias. Estoy seguro que frente a la evidencia de un desliz, ni siquiera os molestáis. ¿Me equivoco?

Enrique. — ¡Qué se va a equivocar! Ni con las pruebas en las manos dudamos el uno del otro.

Don Pantaleón. — Pues, lo celebro mucho. Todo ello, no lo olvides, es por obra y gracia del estómago. Si ella o tú lo tuvierais afectado, no viviríais tan felices.

Enrique. — *(Irónico.)* Puede ser.

Don Pantaleón. — ¡Cómo puede ser! Es así, así... Bueno, mi querido Enrique, permíteme que vaya un momento a arreglarme un poco.

Enrique. — Vaya usted no más.

Don Pantaleón. — Hasta lueguito.

(Vase don Pantaleón por la izquierda. Al quedar solo, Enrique se acerca a la puerta de la derecha, a llamar a la criada.)

ESCENA VI

Enrique — La criada

Enrique. — ¡María!... ¡María!...

La Criada. — *(Acudiendo.)* Señor...

Enrique. — Necesito que me haga usted un favor, María.

La criada. — Con mucho gusto.

Enrique. — Algún gracioso, en el café o en el club, me enredó en un botón del saco un mechón de cabellos de mujer. ¿Lo sabía usted?

La criada. — Yo no, señor.

Enrique. — Bien; el favor que yo necesito de usted es el siguiente: Que en un momento oportuno en que la señora y yo estemos solos aquí, se presente usted diciendo que vienen de la tintorería a reclamar ese mechón de cabellos, que es una contraseña de la operaria que tuvo a su cargo la limpieza del traje. ¿Cuándo fué a buscarlo a la tintorería?

La criada. — Anteayer.

Enrique. — Bien; hágame usted este favor. La señora ha encontrado ese maldito mechón, y cree, con razón desde luego, pero sin ninguna razón por cierto, que yo la engaño.

La criada.—¡Jesús! ¿Creer de usted semejante cosa, cuando ni siquiera se ha fijado usted en mis ojos? ¡Es imperdonable!

Enrique. — Pues, perdóneme, pero ya me había fijado en eso, y en algo más. Conque, nada más, María. ¡Y por favor, no se me equivoque, porque entonces la embarramos más!

La criada. — Descuide usted, señor, que a lista no hay quien me gane. *(Llaman.)* ¡Ah! Un momentito, que voy a ver quién llama. *(Se va por el foro y vuelve a poco, anunciando.)* Son los señores del otro piso que quieren hablar un momento con un señor de perita, que yo creo que es el tío de la señora.

Enrique. — Que pasen, y avísele a don Pantaleón.

La criada. — En seguida.

(Vase y vuelve acompañada de la señora de Mollares y su marido, Adelio. Son un matrimonio de regular edad; ella, con cara de pocos amigos, y él, de "viejo calavera". Una vez que los ha introducido, la criada se marcha por la izquierda, a avisar a don Pantaleón.)

ESCENA VII

Enrique — Señora de Mollares — Adelio

Señora de Mollares. — Usted perdone, señor, pero... quisiéramos hablar con un caballero... *(A su marido.)* ¡A ver, Adelio! Explícale al señor cómo es el caballero que deseamos ver.

Adelio. — Es un caballero de cierta edad, algo así como de sesenta y dos años, con unos ojos muy vivaces, una perita de chivo, un traje de...

Enrique. — Es el tío de mi esposa. Él mismo los va a atender a ustedes inmediatamente. Ya he enviado a buscarlo a su habitación.

Señora de M.—Usted perdone que vengamos a molestarlo, pero un deber de conciencia nos obliga a dar este paso. ¿No es así, Adelio?

Adelio. — Así es, mujercita.

Don Pantaleón. — *(Saliendo con el traje ya en orden.)* ¿Es a mí a quien buscan ustedes?

Enrique.— Con su permiso. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VIII

Señora de Mollares — Adelio — Don Pantaleón.

Don Pantaleón. — ¡Ah! Ya conozco al señor. El señor es...

Señora de M. — Mire, caballero, mi esposo me ha contado el lance que acaba de ocurrirles a ustedes, y no pude menos de traerlo a que usted se sirva disculparlo.

Don Pantaleón. — Por mi parte, disculpado. Pero tomen asiento.

Señora de M. — Gracias. *(Se sientan todos.)* Verá usted. Tengo entendido que mi esposo, en un rapto de ofuscación, agredió a usted miserablemente.

Adelio. — Tanto como miserablemente...

Señora de M. — Así, así; miserablemente. No quito ni una letra... Pues, como digo, por un motivo sin importancia lo agredió a usted en la escalera. En el primer momento, y aun ahora mismo, usted creerá que mi marido es un mal hombre, de instintos salvajes; nada más erróneo. Adelio es un alma de Dios... ¡Si lo sabré yo? Es incapaz de matar a una mosca, de replicarme una palabra. Pero tiene una desgracia: sufre del estómago.

Don Pantaleón. — ¡No diga!

Señora de M. — Así es. Lo tiene a la miseria. ¡Tan mal, que no pasa día sin tener que ir a ver al médico quejándose de un nuevo síntoma! ¿Es así o no es así, Adelio?

Adelio. — Así..., así es.

Señora de M. — Cuando usted le pisó el callo, en la escalera, venía de estar con el médico. Traía el estómago tan dolorido, que estaba dado a los dominios. Por eso lo agredió a usted tan miserablemente.

Don Pantaleón. — Lo justifico y lo disculpo. ¡Si sabré yo de lo que es capaz un enfermo del estómago!

Señora de M. — ¿Sufre usted de él?

Don Pantaleón. — ¡Oh, no, señora! Por suerte, no.



Enrique.—Este es intolerable. Ese hombre es un loco de verano.

Señora de M. — ¡Ah! Yo creí... Pues como le decía, después de esa desagradable escena con usted, subió a casa, se preparó una dosis de bicarbonato, se la tomó... y se calmó en seguida. Entonces se puso a considerar su conducta, y, ¡créamelo usted; se puso a llorar como un niño!

Adelio. — Así es, señor.

Señora de M. — Para consolarlo le inspiré la idea de venir a pedirle a usted disculpas por su proceder... Puedo asegurarle, digo, que él no es el verdadero responsable de sus actos, sino su estómago.

Don Pantaleón. — Y yo lo disculpo con mil amores. Precisamente yo soy uno de los más convencidos de que todo lo malo que hacen los hombres es por culpa del estómago. Este órgano tiene una gran importancia en la vida. Un hombre con el estómago sano es incapaz de cometer una mala acción, de acalorarse, de disgustarse. En cambio, el que padece de él es un mártir. Aquí donde ustedes me ven, yo he sido juez en Quemú-Quemú. ¿Creen ustedes que yo castigaba a los delincuentes?... ¡No!... ¿Que les avergonzaba por su delito? ¡Noo! ¿Que se lo tomaba en cuenta? ¡Noooo!... Para mí no había delincuentes. Había sólo enfermos del estómago. Me limitaba a darles un poco de bicarbonato y a ponerlos en libertad. Mi conciencia de hombre honrado me impedía proceder contra estos pobres seres tan castigados por la mano del destino.

Señora de M. — Eso es lo que yo deseaba de usted: que le disculpe, y que a partir de este momento sean ustedes dos buenos amigos.

Don Pantaleón. — Por mi parte, con el mayor gusto.

Adelio. — Y por la mía también.

Señora de M. — Ya conseguido mi objeto, los dejo solos. *(Se levanta y se despide.)* Caballero: Catalina Perejuno de Mollares, siempre a sus estimadas órdenes.

Don Pantaleón. — Gracias, señora. Tengo el placer de ponerme a sus plantas, rendido y agradecido.

Señora de M. — Se lo agradezco, señor. *(A su marido.)* Te espero arriba, Adelio.

Adelio. — No, no me esperes, que en cuanto me despida del señor me iré volando a casa del médico.

Señora de M. — Bien. Hasta luego, y que no te repita el ataque. ¡Adiós, caballero! *(Se marcha por el foro.)*

ESCENA IX

Don Pantaleón — Adelio

Don Pantaleón. — ¿Conque usted es otra víctima del estómago?

Adelio. — ¿Yo? *(Le da en el vientre.)* ¡Ríase usted del estómago!

Don Pantaleón. — *(Asombrado.)* No le entiendo, señor mío.

Adelio. — ¿Usted cree que yo sufro del estómago? Es un cuento tártaro que le hago tragar a mi mujer. Nunca me ha dolido, ni creo que tenga ninguna influencia en el carácter de las personas...

Don Pantaleón. — (De una pieza.) Señor mío...

Adelio. — Todo esto lo hago para justificar mis aventuras por ahí, mis fracasos con las mujeres y mis pérdidas en el juego. ¿Que todo me va mal? Me duele el estómago horriblemente. ¿Que todo me va bien? Tengo el estómago a prueba de bombas. Es un truco mío que me da excelentes resultados.

Don Pantaleón. — Caballero, no le permito a usted estas burlas. *(Se levanta y va exaltándose progresivamente.)* Soy una persona honrada, seria, y un convencido de que el estómago es el reloj del cuerpo y del carácter. Por tanto, señor mío, rechazo su amistad. ¡La rechazo! ¡La reniego! Yo no puedo ser amigo de una persona que se burla de la más honrada y cuerda de las teorías universales. Tenga la bondad, señor, de marcharse, porque estoy perdiendo la paciencia, y lamentaría... *(Lo va empujando hacia la puerta.)*

Adelio. — ¡Pero, hombre de Dios!

Don Pantaleón. — Nada, nada. ¡Soy irrevocable! Usted sale ahora mismo de esta casa, pero que ahora mismo... Vamos... Tenga la bondad, señor, que no puedo sufrir un momento más su presencia...

Adelio. — (Al llegar a la puerta de foro, desaparece.) ¡Caray! ¡Qué hombre más extraño es usted!...

(En cuanto ha desaparecido Adelio, sale Juanita. Al ver a su tío tan fuera de sí, se asusta.)

Juanita.— ¡Tío! ¿Qué le pasa?

Don Pantaleón.—Déjame, déjame, que estoy que ardo. Voy a tomar un poco de bicarbonato.

(Se va por la izquierda. Juanita se queda como embobada. Sale Enrique y se encara con ella.)

ESCENA X

Juanita - Enrique. - Luego La criada

Enrique.—Juanita... Juanita...

Juanita. — ¿Qué quieres?

Enrique. — Veo que no se te ha pasado.

Juanita.—Ni se me pasará. Mientras no me des la explicación que necesito, no cuentes conmigo.

Enrique. — Está bien. En vista de eso, he decidido una cosa. Pero una cosa terrible, que te dejará un remordimiento para toda la vida.

Juanita. — ¿Vas a suicidarte?

Enrique.—No; tú no mereces tanto. Voy a buscarme una amiguita. Una amiguita que tenga el pelo rubio, y un lunar aquí *(Por el labio superior)*, y otro aquí *(Por el corazón)*, y otro...

Juanita. — ¡Sí? (Mordiéndose de rabia.) Búscala, búscala..., y en cuanto la encuentres, me avisas..., que ese será tu último día.

Enrique. — ¡Ja, ja!... No me asustan tus amenazas.

Juanita. — ¿Conque no te asustan? ¿Conque te ríes de mí? ¡Eres un cínico, un pérfido, un... *(Rompe a llorar.)* marido desleal!

La criada.—(Asombrándose.) Señora, acaban de llamar de la tintorería para rogar a uted que se sirva devolver un mechón de cabellos rubios que había enredado en un botón del saco del traje del señor, que limpiaron el otro día. Dicen que es una contraseña de la operaria que hizo el trabajo..

Juanita. — (Con los ojos abiertos de par en par.) Pero ¿es verdad? ¿Es verdad eso, María?... ¡Pues vaya con la contraseña original! Ni disgustos darán con ella esa gente...

Enrique (satisfecho.) — Dios ha venido en nuestra ayuda. ¿Has visto cómo era yo inocente?

Juanita. — ¡Ah! Perdóname, Enrique. ¡He sido una loca, una precipitada! *(A la criada.)* ¿De modo que reclaman de la tintorería ese mechón de pelo?

La criada. — Sí, señora.

Juanita. — Cuando vengan a recogerlo, me avisa.

La criada. — Está bien, señora. *(Al marcharse pasa junto a Enrique y le dice a media voz.)* En seguida vendrá un chico por él. *(Vase.)*

Enrique. — ¿Has visto, testaruda? ¿Hay o no hay Dios? Contesta. Te habías empeñado en que ese pelo tenía que ser de una mujer, y el cielo ha venido en mi defensa.

Juanita. — Sí, tienes razón; he sido una atolondrada..., pero te quiero tanto que no podía hacerme a la idea de que tú pudieras engañarme con otra..., y, sobre todo, rubia...

Enrique. — Ya ves, y sobre todo rubia, con lo que yo odio a las rubias.

Juanita.—¿Me perdonas, querido?

Enrique. — ¿Que si te perdono? Con toda el alma y con toda la vida. ¡Ven a mis brazos, ricura! *(Se abrazan como en las películas.)*

ESCENA XI

Dichos — Don Pantaleón

Don Pantaleón. — (Apareciendo.) ¡Así me gusta! ¡Bravo! ¡Muy bien! Ahora sí que me he convencido por completo de que tenéis el estómago en perfectas condiciones.

Juanita.— ¿Y cómo se ha convencido usted, tío?

Don Pantaleón. — De la manera más original. Al venir a esta casa, anteayer, para pasar el resto de mi vida a vuestro lado, quise probaros el estómago, para irme cuanto antes si no lo teníais bien..., y me convencí de todo lo contrario. ¡Habéis resistido admirablemente la prueba!

Enrique. — ¿Qué prueba?

Juanita. — No le entiendo, tío...

Don Pantaleón. — ¡La prueba de los celos! Aunque no lo queráis creer, los celos no son una consecuencia de la duda, sino una consecuencia del estómago. Yo, sin que nadie me viera, he enredado en un botón del saco de este *(por Enrique)* un mechón de cabellos rubios...

Juanita. — (Mirando a Enrique, extrañada.) ¿Es posible?

Enrique. — ¡Metí la pata!

Don Pantaleón. — Mi procedimiento, es verdad, no es muy honrado, pero era el único a mi alcance para probar el temple de vuestro estómago. Y según he podido observar, no os ha hecho la menor mella el hallazgo, porque sé que tú *(por Juanita)* has dado con el mechón.

Juanita. — Y aquí lo tengo.

Don Pantaleón. — ¿Ves? Yo os venía observando, temiendo que estalláseis de un momento a otro. Y hubiera sido un gran dolor para mí, ¡de veras! Pero no os ha afectado, y esto me alegra doblemente, porque viene a probarme dos cosas: que gozáis de la mejor salud y que no os dejáis dominar por los celos inútiles. Finalmente, me proporciona la dicha de poder deciros que pienso sentar mis reales en esta casa hasta que a Dios se le ocurra llamarme a su lado.

Enrique. — Y nosotros encantados de su compañía.

Juanita. — ¡De veras, tío! ¡Encantadísimos!

La criada. — (Por el foro.) Señora, ahí está el chico de la tintorería, que viene por el mechón de pelo.

(Todos se miran con los ojos agrandados por la sorpresa. En esta circunstancia, tan oportuna, cae el

TELÓN

INTERIOR "RENACIMIENTO ITALIANO"

Texto y dibujo de P. Durand Fontan



Interior clásico de estilo Renacimiento florentino de época del 1500, llamado "cinquecento"; los detalles arquitectónicos y decorativos, así como las piezas del mobiliario que reúne este ambiente, son el resultado de una selección extremadamente cuidada.

Quien haya tenido ocasión de viajar por la dulce tierra del Dante y visitar sus museos, puentes, palacios, entre ellos el grandioso "Pitti", con sus enormes galerías de cuadros famosos y sus vastos jardines clásicos; el soberbio "Palazzo Vecchio" en la plaza de la "Señoría"; el magnífico "Podestá", de los Médici, Antinori, Ferroni; el "Davanzati", notable por la colección de muebles de varias épocas e infinidad de tesoros de obras de un arte exquisito que se encuentran a cada paso; y quien haya, por último, visitado aquella maravilla que se llama castillo de "Vincigliata", sobre la colina de Settignano, donde, merced a la quietud y soledad del paraje como a las obras de arte que alberga se siente abrumado de emoción al verse rodeado de una atmósfera llena de romántico sabor, evocadora de otros tiempos y de otra vida.

El Renacimiento italiano marca el acontecimiento más notable en la historia de las artes por la total transformación de la arquitectura y las artes decorativas en la vida social, dentro de los cánones del clasicismo, con tal maestría, emotividad y grandeza, que todos los pueblos cultos del mundo lo adoptaron como base para sus estilos, para luego ir evolucionando dentro de sus gustos y temperamentos.

Y bien curioso es comprobar, sin embargo, que este precioso y magnífico estilo decorativo no haya tenido entre nosotros la prosperidad y difusión que podíamos esperar, dada la similitud que nos acerca al temperamento latino y sus hábitos sociales.

Los muros de este interior están terminados al "stucco", materia sumamente dura y cuyo colorido está compuesto dentro de la misma. La portada y la chimenea son de "pietra serenna" regional de un color ceniza. La campana de ésta y las mochetas de la ventana llevan ornamentación pintada en tonos claros sobre fondo color azul cobalto. La ventana está formada por discos de vidrio natural montados sobre plomo. El piso es de mármol blanco y gris obscuro a damero de grandes losas; sobre éste una alfombra oriental antigua. Los muebles son de recio nogal macizo de clásico estilo toscano, con excepción del banco de cerca de la estufa, que es veneciano, de influencia sajona, de los llamados "Sgabelli".



• *Nuevo modelo para la tarde, creado por Chanel. Es de lana negra, con una pequeña pechera de encaje blanco.*

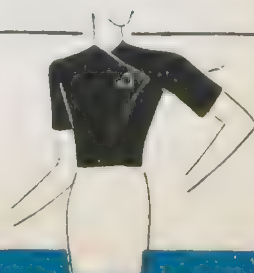
LO QUE SE MAR DEL



Vestido para playa, de hilo blanco estampado con lunares bleus. Capa de crêpe de lana rojo; sandalias rojas. A su izquierda, vestido de género de toalla muy fino, blanco, con una corbata y un gran pañuelo de crêpe de Chine rojo. Las sandalias, del mismo color. A la derecha, vestido de playa, que imita a los pijamas, de género de toalla amarillo, cortado en un pedazo, con botones a un costado. Sombrero amarillo y zuecos ne-



De izquierda a derecha: Vestido de playa, de piqué verde con breteles dobles, abotonados. Boina verde obscuro, écharpe verde. El vestido de playa, de piqué blanco, es en forma de delantal, que se envuelve, y tiene un arreglo nuevo de breteles, cruzados en una línea alta. El pequeño sombrero es de shantung natural, con un ala pespunteada que se ata a un costado. Un pequeño cuello de loutre marrón.



La toma de posesión

Cuento

Por W. HAEFELI

EL joven que acababa de entrar al escritorio de Ira Todd era alto, de manos grandes y muy bronceado por el sol. Su cabello era ensortijado y de color rojo; sus cejas, dorado rojizo, y sus ojos, en extraño contraste, azules.

— ¿En qué puedo serle útil, señor Lawrence? — indagó Todd, indicándole una silla.

— Deseo que usted me edifique una casa para el 4 de julio próximo.

— Usted debe haberse equivocado. Probablemente se proponía ver a mi hijo Andrés. Él dirige todo y es el jefe de la firma ahora. Yo estoy afuera de ella; ya hace tres años que dejé la dirección. Sólo vengo aquí impulsado por la fuerza de la costumbre. Rara vez me ocupo de ningún trabajo ahora.



"EL JOVEN SE DETUVO: ANA ENTRABA EN ESE MOMENTO, Y SE DETUVO ESTUPEFACTA. SE MIRARON POR BREVES INSTANTES, Y ELLA ROMPIÓ EL SILENCIO."

El amor propio conspira muchas veces contra el verdadero amor, distanciando a dos almas que se sentían atraídas mutuamente. Pero hay circunstancias en la vida que hacen poner frente a frente esos seres, y el orgullo no tarda en plegar sus alas y declararse vencido ante la pujanza del amor, que es perdón, y que se abre inevitablemente camino.

— Yo he querido verlo a usted, señor, y, si puedo evitarlo, no deseo entrevistarme con su hijo. Aquí tiene usted un plano del terreno. Necesito que se construya una casa en él, que no sea muy grande ni muy pequeña. Cómoda. Confortable.

— ¿De qué estilo?

— No sé. Ese detalle lo dejo a usted. Yo soy ingeniero de minas. Si usted me pide que le abra una mina, desearé que me conceda plena libertad de acción, dentro de ciertos límites, naturalmente. Por eso es que le otorgo a usted esa misma libertad.

— Pero...

— Comprendo que lo que le pido es algo fuera de lo normal y corriente, señor, pero he visto la casa de los Marbury, y he oído hablar mucho de usted.

El joven colocó una tarjeta sobre el plano, y prosiguió:

— Aquí le dejo una tarjeta de presentación para el gerente del Banco Financiero. Él autorizará todo gasto hasta la cantidad de ciento cincuenta mil pesos. Yo no regresaré hasta el invierno próximo, y querría tener la casa lista y completamente amueblada para entonces.

— Hay tiempo de sobra.

— Entonces, ¿la hará usted?

— Sí — dijo Todd; — pero desearía saber algo más sobre usted. Algo que me sirva de guía para saber la clase de casa que usted quiere.

— Ahora no tengo tiempo de hablar de eso. Haga de cuenta que construye la casa para usted. Por razones privadas debo rogarle que nunca mencione mi nombre en este asunto..., a nadie.

— ¡Muy bien!

— Ya sabe usted que antes del 4 de julio estaré aquí; necesito la casa para ese día... ¡Adiós, entonces!

Después de marcharse el joven, Todd quedó en duda. Contemplaba los planos del terreno y la tarjeta. ¡Aquello no era posible! Por fin se decidió a hablar por teléfono al banco, y el gerente confirmó la veracidad de las palabras del joven.

Con el entusiasmo que siempre lo había caracterizado cuando emprendía una obra nueva, Todd preparó papel de planos, afiló sus lápices y encendió su pipa. El humo del tabaco siempre lo había inspirado, y ahora vería en él la casa que había de construir para el joven. En ese momento entró Ana a su escritorio, y, sentándose sobre la mesa, preguntó:

— ¿Qué novedades hay, abuelito?

Todd vaciló, y después sacudió la cabeza.

— ¡Nada!

— ¿Nada? — repitió Ana, cruzando sus piececitos bien calzados.

Y apoyándose hacia atrás, sobre las palmas de las manos, lo contempló por debajo del ala de su sombrero verde.

A Todd le pareció que, a pesar de su coquetería habitual, la niña no se sentía bien. No había brillo en sus pupilas, y sus labios y sus mejillas estaban demasiado coloreados.

— No te desesperes — exclamó ella, alegremente.— Ya conseguirás un cliente. Algún día, muy pronto tal vez, edificarás una casa para mí.

— ¿De qué estilo?

— Una con más habitaciones que las que es posible contar y un garage más grande y pretensioso que los de la mayoría de las casas. Tendrá un pabellón para el portero, invernáculos, una choza para el jardinero y establos.

— ¿Qué más?

— Una pista para carreras y...

— Es bastante. Tu padre se especializa en construcciones de ese tipo. Es mejor que se la confíes a él.

—Puede ser que la haga, y también puede ser que no.

La joven se inclinó hacia adelante, y, quitándole suavemente la pipa de la boca, le dijo:

— Es hora de irnos a casa, abuelo.

— ¿Tan temprano? Apenas son las catorce...

Ana no le hizo caso; lo obligó a ponerse el saco y lo condujo hasta su voiturette, que esperaba abajo. El tiempo estaba templado. Era un día primaveral.

— Vamos hasta Durbury. Quiero inspeccionar un terreno que hay allí... Éste es — dijo Todd, entregándole a Ana el plano y señalándole el sitio exacto.

— Perderás tu siesta, abuelo, y eso no está bien.

— Tonterías; el paseo nos vendrá perfectamente a ambos. Tú sales muy poco en busca de aire puro.

Llegaron y detuvieron el auto para inspeccionar el terreno. Ana se entusiasmó:

— ¡Qué sitio ideal para vivir en él!

— Sí; pero debido a la configuración del terreno no podrías tener una gran residencia aquí. No podrías instalar una pista de carreras ni una cancha de polo. A Donald Partington no le gustaría. Jamás se conformaría con vivir sin su "ecurie" y sus caballos.

— No pensaba en él ni en un tipo de casa así.

El tono de voz, tan tranquilo, sorprendió al abuelo. No era aquella su nieta de siempre: insurrecta, revoltosa, llena de mímica y de rostro movedizo y expresivo.

— Y ¿qué tipo de casa preferirías?

— No sé; todavía no puedo darme cuenta.

Aunque se apresuraron todo lo posible en el camino de regreso, llegaron ya pasada la hora de la cena. El mucamo de Andrés les informó que éste y su esposa no habían podido esperarlos más y que se habían ido a lo del señor Partington. Además, le informó a Ana que el señor Donald pasaría a buscarla a las veintiuna.

Pasaron al comedor, y el mucamo tornó a informarle a Ana que un caballero había hablado por teléfono y se había negado a dar su nombre.

— No importa — exclamó, mientras desataba las cintas color celeste de una caja de flores que le había llegado en su ausencia.

Buscó Ana la tarjeta con avidez, pero pareció tranquilizarse cuando dió con ella.

— ¿De Don Partington, eh? — preguntó el abuelo.

— Sí; las orquídeas de costumbre.

Cuando la joven se hubo vestido para salir, llevaba las costosas flores prendidas a su "corsage". Al reunirse con su abuelo le dijo:

— Ya sé la clase de casa que debe ser edificada en aquel terreno. Tiene que ser de tipo inglés. Cómoda. Confortable.

Todd sintió su imaginación acuciada, y cerrando los ojos empezó a entrever el proyecto del edificio. Por fin, sacó del bolsillo un lápiz y papel, y se puso a trazar líneas. Ana lo contemplaba, y terminó por exclamar:

— Me engañaste, abuelo. Vas a construir en aquel sitio.

— Sí — confesó Todd;— quería guardar el secreto. Si tu padre lo sabe, me quitará la obra y le confiará su dirección a uno de esos jóvenes expertos que tiene en sus oficinas. No se lo digas.

— Te prometo no hacerlo — repuso la joven.— Cuéntamelo todo.

Todd le dió los datos que le fué posible, respetando su promesa de guardar secreto sobre la identidad del cliente, pero a Ana le interesaba más la casa. Enterada de los detalles del proyecto, exclamó:

—¡Qué encantador, abuelo!... La querría para mí...

—Y yo desearía que lo fuera.

—No puede ser, sin embargo. Tendrás que construirme una más grande, con cancha de golf, establos y pistas de vareo.

—¿Eso significa que vas a casarte con Don Partington?

—Sí.

Todd vaciló. Recordó que el joven Partington era el único festejante de su nieta a quien él conocía. Debía congratularla, pero, en realidad, no le entusiasmaba el asunto. Se limitó a decir:

—Ese enlace les agradará a tus padres.

Bien sabía que una vez casada, Don Partington se la llevaría y que tendría pocas oportunidades de verla.

—No me casaré hasta dentro de un año —observó ella al ver que el abuelo guardaba silencio.— Hasta entonces tenemos tiempo de terminar esta casa.

Pasaron meses. Ya era verano. Ira Todd contemplaba el edificio que estaba terminando. Hubiera deseado que Ana estuviera con él para que lo acompañara a admirar la obra en que ella tanto había colaborado, pero estaba en una lejana playa veraniega con su madre y los Partington. Ya empezaban a quitársela.

Tranquilamente, se encaminó al parque. Había un pequeño lago que necesitaba una avenida de acceso. La tenía planeada y quería estudiar el efecto que haría sobre el terreno. También resolvió inspeccionar una lomita que daba tajada a pico sobre el camino, la gran carretera real. Tanto se entusiasmó, que no se dió cuenta de que el cielo se había encapotado y amenazaba lluvia. Empezaron a caer gruesas gotas, y en poco rato diluvió. Trató de bajar al camino y lo hizo a tropezones, perdiendo pie en el barro. La puerta de un auto se abrió para recibirlo, y dos manos firmes se apoyaron en sus hombros, como en ademán de protesta:

—Estás empapado, abuelo —dijo Ana.— No puedes seguir aquí temblando de frío. Te llevaré al galpón y haré un buen fuego en la estufa para que te seques.

Todd estaba demasiado cansado para admirarse, protestar o preguntar qué era lo que la había traído. Parecía casi natural tenerla allí, a su lado, como si nunca se hubiera marchado, como si siempre hubiera estado cuidándolo, haciéndole indicaciones sobre la casa, ayudándole a guardar el secreto.

Ella encendió la estufa, lo sentó frente al fuego y le quitó el gabán, que colocó en una silla para que se secara. Le pareció que el rostro de ella delataba tensión nerviosa, cansancio, aburrimiento. Pasada la tormenta, él quiso que vieran la obra, pero Ana no aceptó, y lo llevó a la casa.

El mucamo le informó que había llegado una caja de flores para ella, pero la joven no prestó atención al asunto, y se apresuró a hacer que su abuelo se cambiara de ropa.

Cuando volvieron a encontrarse en el salón, y apenas ella tornaba a hablar, sonó el teléfono.

—Sí; es Don —dijo Ana, apresuradamente.— Háblale tú, abuelo. Dile que pienso quedarme aquí por un par de semanas.

Maravillado, el anciano se apoderó del auricular. Era para él el llamado. Lo hablaba el gerente del banco para comunicarle que suspendiera los trabajos, por haberlo ordenado así el cliente.

Al enterarse de la novedad, Ana se quedó pensativa, y luego exclamó:

—¡Mira, abuelo; ya sé lo que debemos hacer: entre tú y yo terminaremos la casa! Si el banquero la quiere, una vez lista, será de él, y si no, se la compraremos. ¡Cuídate ahora para que la mojadura no tenga consecuencias!

Transcurrió otra vez algún tiempo. Ya el edificio estaba concluído. Inesperadamente, el banquero avisó que el cliente ordenaba que se terminara.

—Ya está—respondió Todd. Y corrió a dar la ingrata nueva a su nieta.

Ana no hizo ninguna manifestación, limitándose a decir:

—Vamos, entonces, a ver la casa por última vez, ya que mañana tendrás que entregar las llaves.

De camino, le informó:

—Tenía una cita con Don, pero no importa...

—¿Por qué no lo invitaste nunca a visitar la obra?

—¿Para aburrirlo, abuelo? No entendería, y diría que era muy apropiada para un jardinero.

—¿Ah, sí?... ¿Siempre te propones casarte con él?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo...

—Pero, ¿te parece que serías feliz con él?

—¿Feliz?... No sé. Estoy dispuesta a hacer la prueba, y si no..., buscaré otro.

La pena del anciano fué grande al oír expresarse así a la niña, pero guardó silencio.

Recorrieron todo el piso bajo, extasiada ella con la maravilla de buen gusto que había realizado su abuelo.

Él, algo fatigado y no del todo repuesto del catarro bronquial que le originó la mojadura, se sentó, mientras ella subía a ver los aposentos del primer piso. Apenas se alejó, resonaron pasos fuertes y mesurados. ¿Quién podría ser? Indudablemente, un hombre. Todd se volvió y se encontró frente a frente con su cliente. Se dieron un apretón de manos.

—Naturalmente, la casa es suya. El hecho de que yo la haya amueblado y terminado no constituye título de mi parte, pero desearía que me la vendiera.

—¿Por qué?

—Para mi nieta. Es más de ella que suya o mía. Ha puesto tanto interés y amor en la construcción que—es difícil que usted comprenda—si no puedo quedarme con la casa siento que la perdería a ella. Por eso quiero regalársela.

—Yo también.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—La conozco. Quise casarme con ella, pero temí que cambiara de opinión. Usted comprenderá, a su vez, lo que pretendo significarle. Conozco los gustos de ella... Pocos días antes de irme nos disgustamos. Yo no la quería así, ultramoderna, y sabía que en el fondo no lo es.

—Tiene usted razón.

—Por eso le rogué que me construyera una casa, y le hablé de la de los Marbury, que ella admira. Me propongo regalársela. Y me marché sin decirle adónde me iba.

—Fué usted aventurado. Debió dejarle algún mensaje. Me parece que ella esperaba noticias suyas.

—¿De veras? Pero ella... y Don...

El joven se detuvo: Ana entraba en ese momento, y se detuvo estupefacta. Se miraron por breves instantes, y ella rompió el silencio:

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo aquí, Felipe Lawrence?

—¡Tomando posesión!

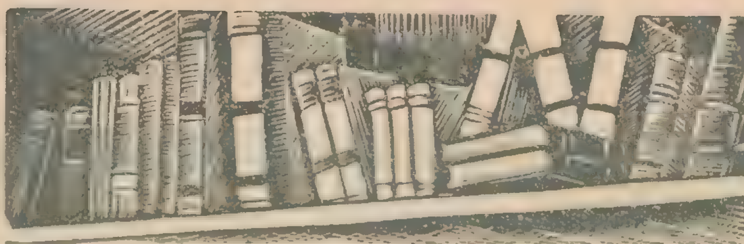
—Quieres decir que... la casa es tuya.

—En parte, sí; pero será más tuya que mía si me permites que te la regale.

—Yo... El abuelo...

El abuelo se levantó y se retiró sin pronunciar una palabra: lo había comprendido todo.

FIN



CRITICA Y ENSAYOS

Páginas de Historia

Por Julio Aramburu



Carlos Ibarguren

La formación histórica del país encierra una densa actividad de sentimientos y pasiones cuya verdadera experiencia humana no ha sido totalmente esclarecida. La época de las agitaciones ideológicas y las luchas guerreras que dieron formas precisas al desarrollo ontológico de la vida nacional, estuvo animada por los diversos factores sociales y económicos del momento colonial. Los orígenes de la independencia argentina fueron obra de un estado de conciencia que expresaba los naturales derechos de la soberanía naciente. La realización jurídica y política del ideal revolucionario estableció la base de la unidad republicana y la legítima fisonomía del carácter de los criollos. Sin embargo, aquella etapa de variable y violento sacudimiento cívico necesita conocerse en una interpretación fidedigna del pasado, sin exaltación de hechos ni personas, sino con la serena cordura de la verdad documentada y exacta de la historia.

Por eso interesan los trabajos de investigación histórica, que viene revelando una nueva visión de los sucesos que gestaron la nacionalidad argentina. La obra de los protagonistas y el resultado de los acontecimientos reclaman un severo juicio que modifique el actual conocimiento de la información educadora. El largo proceso de la organización institucional del país ha sido descripto, fuera de su impulso bélico, sin el auténtico significado de su inspiración trascendental. Hay muchos episodios de la experiencia civil y militar que los textos de enseñanza han desfigurado en su esencia animadora y constructiva. No toda la actuación pretérita fué una leyenda de heroísmo y una iconografía de próceres, sino también un obscuro encadenamiento de fuertes pasiones dispares. Pues bien, esa faz humana de los héroes, la realidad de la epopeya, el culto del sacrificio, es lo que hace sugestivos y grandes los rasgos creadores de la patria.

Los libros aislados o didácticos que contribuyen a iluminar el vasto escenario de la contienda histórica, prestan un servicio de útiles beneficios a la función social de la cultura. Son tareas de desinteresada vocación espiritual y de trabajosa comprobación científica. La producción historiográfica requiere una disciplina de estudioso, un esfuerzo de ingrato rendimiento especulativo, pero de fecunda influencia para la concepción moral de un pueblo. Por esas razones conviene señalar la valiosa colaboración del doctor Carlos Ibarguren en su último libro titulado "En la Penumbra de la Historia Argentina". Se trata de una obra de documentación cuidadosa y erudita, de reconstrucción fiel y acabada de los seres y las cosas del pasado. En una prosa clara y emocionada narra los diversos pasajes de la existencia argentina, ajustando la fisonomía individual y colectiva de los intérpretes a los genuinos caracteres del movimiento emancipador de la nación.

Los capítulos que integran el libro corresponden a la variada expresión de la vida y los hechos que formaron el acervo de la tradición constitucional. Es un muestrario de datos e imágenes que vigorizan la estructura naciente de la historia, acreditando el perfil de la evocación humanizada. La biografía de los próceres, el ambiente de la época, la realidad de los sucesos tienen una intimidad de análisis que prestigia la severa técnica de la investigación. La amistad de los viejos archivos, la revisión de los papeles fatigosos, han servido de guía para trazar la luminosa figura de los destinos extinguidos. El procedimiento de la novedosa ordenación acusa un sentimiento de penetrante intuición psicológica. Había que estudiar la vida de los héroes, sus ideas, sus actos y animarlos del soplo humano en la hora grave y profunda de la lucha. El influjo de la sociedad, el medio de la educación, la responsabilidad del deber cívico, crearon el volumen de los protagonistas que era necesario definir en la medida de su capacidad y experiencia, y el doctor Ibarguren lo establece en la rigurosa e imparcial descripción de sus trabajos.

La relación histórica no debe circunscribirse a modelar vidas ejemplares, batallas victoriosas, ni estadísticas marciales, sino a diseñar los contornos precisos de los hechos y sistemas que fundamentaron el nacimiento político del Estado. Justamente, la grandeza suprema de la historia es puntualizar sin temores los ideales constructivos del país, los sucesos que en medio del tumulto lograron dar la paz de los espíritus. El sentimiento

(Continúa en la pág. 81)

¿Un idioma nacional?

Por Roberto R. Rochaix



Roberto R. Rochaix

La degeneración experimentada por la lengua castellana en nuestro país — si aquella se ha de juzgar por las alteraciones observadas en Buenos Aires, punto comúnmente tomado para pulsar las expresiones vitales de la nación, — dió motivo en múltiples oportunidades para que en el exterior, críticos oficiosos o comentadores parciales, pronosticaran para nosotros la aparición de un idioma nacional: el "lunfardo", según lo denominó años atrás Linares Rivas, de regreso en España, después de su breve estada en la Argentina.

El tema de nuestra degeneración idiomática ha sido, desde 1925, una preocupación de los órganos de prensa y de los hombres de letras españoles. "El Sol", de Madrid, en el predicho año abrió sus columnas a los colaboradores que quisieron analizar algunas particularidades lingüísticas porteñas, y llegóse a afirmar, en órgano de opinión tan acreditado, que el "lunfardismo", o un nuevo idioma, substituiría al castellano en la Argentina. Linares Rivas — seguramente a consecuencia del cuarto de hora que pudo dedicar en Buenos Aires a la observación del fenómeno — arriesgóse a más: dijo y escribió que el proceso desnaturalizador del idioma castellano dejaba ya entrever, para tiempo adelante, la necesidad de la asistencia de intérprete para cada español que viajara por nuestro país. Por cierto que al escribir o decir semejante dislate no pensó en los muchos españoles que atraviesan, mercan, alternan socialmente y hacen turismo en las provincias vascongadas, sin requerir los servicios de un intérprete; ni tuvo en cuenta los otros connacionales que no necesitan de traductores en Cataluña.

No sería posible dudar que la degeneración del castellano es un hecho real en Buenos Aires, agrandado en el curso de la última década merced a la fobia lexicográfica de algunos órganos de prensa y de casi todos los teatros de género chico, a cuya encomienda estuvo, y está aún, la difusión del acervo de palabras del hampa. Mediante ambos vehículos los vocablos impuros pasan al dominio público, súmanse al caudal de palabras castellanas, acrecen el número de acepciones originarias de cada uno, familiarizan el oído y las cuerdas vocales con la audición y pronunciación, respectivamente, y se afirman en el uso por la riqueza fonética o las propiedades onomatopéyicas de cada cual. No se ha de inferir de todo esto que el "lunfardo" — vocabulario y accidentes de concordancia gramatical propios de las gentes que viven y actúan en los planos inferiores de la sociedad porteña — sea una deformidad idiomática susceptible de llegar a un punto de desarrollo suficiente para absorber al castellano; es, sí, el efecto fatal derivado de la concurrencia de lenguas y dialectos dentro de una superficie territorial en que se reúnen grandes contingentes inmigratorios, procedentes en su casi totalidad de las naciones latinas de Europa, de donde traen voces de iguales radicales y de sonidos similares que las castellanas. Podrá alterar accidentalmente las formas del buen hablar, y aun impartir coloridos más o menos brillantes a la vida de relación de la periferia social, pero su influencia carecerá de importancia en relación directa con la falta de principios regulares que ordenen la invención de vocablos. Esto sí, podrá hacerlo: servir al psicólogo poco exigente para mostrarle ciertos aspectos del alma popular, apenas ponderables en tanto cuanto son superficiales. De aquí a hacer de génesis de una lengua, dialecto o germanía — siquiera fuesen, — median grandes distancias.

La alteración de las conjugaciones verbales, la transposición silábica y la introducción de nuevos barbarismos desnaturalizados absolutamente al ser vertidos al español de modo arbitrario, no reúnen las elementales condiciones menesteres para servir de base al más pobre dialecto. La substitución de palabras por otras inventadas con mucho o escaso ingenio para que hagan de sinónimas — "paica", "mina", "mueble", "percanta", "papusa", etcétera, han sido otros tantos términos de efímera vida con que se intentó reemplazar al substantivo mujer; — las variaciones a que están condenadas las palabras, y las acepciones forzadas que se les dan, hacen innecesario todo análisis si de éste se pretende deducir normas capaces de fijar, en tiempo más o menos largo, las reglas inconmovibles y primigenias a que debe sujetarse un conjunto de voces básicas que

(Continúa en la pág. 88)

NUEVAS ACEPCIONES JUDICIALES

CUOTA — QUOTA — LITIS —
• *Pacto sobre repartición proporcional de eventuales ganancias entre abogado y cliente, prohibido tenazmente por la ley... si se hace por escrito.*

COMANDITARIO.—
• *El zonzo.*

INTERPOSITA PERSONA.—
• *Gente conocida: Juan Díaz, Pedro Gómez, Manuel Fernández, José González, Diego Pérez.*

FERIA.—
• *Traslación del Palacio y sus habitantes a Mar del Plata.*

JUNTA DE ACREEDORES.—
• *Cita de personas reunidas por el secretario con el objeto de comunicarles la probabilidad de que no cobren un cobre.*

COLEGIO DE PROFESIONALES.—
• *Asociación fundada con el objeto de tener un presidente.*

JURAMENTO.—
• *Palabra.*

CONSTE.—
• *Apófisis de la lapicera de un secretario.*

MALA FE.—
• *Usada a conciencia y con arte vale más que la buena.*

COMPAÑERO.—
• *"Intermote" usado por los miembros de un tribunal. Tratamiento que da el insigne abogado al pinche para congraciarse.*

INVENTARIADOR.—
• *Heredero forzoso.*

CAUTELA.—
• *Letrero que debía ostentar el frontispicio del Palacio.*

JUICIO.—
• *Condición que debiera exigirse a ciertos magistrados antes de su nombramiento.*

ALEGATO.—
• *Amasijo de ideas propias y ajenas: 2 % y 98 %, respectivamente.*

CONFIRMATORIA o REVOCATORIA.—
• *Número de lotería.*

CONSULTORIO JURIDICO.—
• *¡Cuidado!*

RECUSACION DE CAUSA.—
• *¡Si pudiera decirse la verdadera!*

CLAUDIO FOJAS

Motivos decorativos Por E. Celery



Tapa de costurero

Una coya hilando... ¡Un símbolo! Tal es el motivo que ofrecemos hoy y que reproduce una de las escenas más típicas y frecuentes en la Quebrada de Humahuaca.

El tema se adapta muy bien para decorar un costurero. Puede realizarse el dibujo por calco, para ser pirograbado, impermeabilizando después la madera con goma laca y pintando con colores de esmalte. Pueden también emplearse las usuales pinturas al óleo, las que deben ser diluídas en barniz incoloro. Al pintar deben respetarse los trazos del pirograbado para que éste quede visible. Se termina la obra con dos o tres manos de buen barniz, dando tiempo a que cada una se seque antes de aplicar la siguiente.

Cocktails humorísticos

Por TANCREDO

DE SOBREMESA

Preguntaron a Mermoz,
después de haber realizado
su gran vuelo, si en el viaje
le inquietó algún sobresalto
o tuvo en algún momento
miedo a algún percance ingrato.
Y el intrépido piloto
contestó con mucho garbo:
—¿Miedo yo? ¡Vaya una broma!
Muchas tierras he cruzado
sin pensar ni lo más mínimo
que pudiera sentir pánico.
En este viaje, lo mismo;
volé tranquilo y confiado.
Sólo temblé, lo confieso,
cuando el Plata hube cruzado
y penetré en Buenos Aires
temiendo ver a mi paso
surgir algún asaltante
diciendo: "¡Arriba las manos!"

Todo, todo se conjura
para tenernos molestos,
las asaltos, los impuestos,
las quinielas y la usura.
La crisis devoradora
con su tenaza implacable,
la grippe, la inconjurable
desocupación, y ahora,
si estábamos poco chuecos,
vino a ponernos más fritos
una invasión de mosquitos
que está dejándonos secos.

Tancredo

Hay cosas creadas por el mismo Dios con las cuales no ha de haber tenido otra idea que la de mortificarnos. La utilidad de los poetas es semejante a la de las pulgas, de los mosquitos y otras sabandijas. — *Eduardo Wilde.*

~

— Desengáñese usted — decía un autor, — el que escribe transmite al público las emociones que experimenta al hacer la obra. Si rió al escribir, también el lector ríe; si, por lo contrario, se le saltaron las lágrimas, el lector llorará también.

— Entonces estoy seguro de lo que le sucedió a usted durante toda la novela que acaba de escribir.

— ¿Qué?

—Que se durmió usted antes de terminar cada capítulo.

~

— ¿En qué se ocupa usted?

—Gano mi vida escribiendo.

— ¿Hace literatura? ¿Escribe en alguna revista?

— No, señor. Escribo a mi familia pidiéndole dinero.

~

— Me explico y hasta me conformo que usted no publique mis versos; pero esto es ya demasiado...

— ¿Qué pasa?

— Nada; que yo le envié cuatro poemas y ahora me devuelve cinco.



El autor, disgustado.—Hasta hoy he escrito por amor al arte; desde hoy voy a escribir por dinero.

El amigo. — ¡Buena idea! ¿Y a quién le vas a escribir?

Del carnet de Bolonio

El mayor orgullo de los autores dramáticos inéditos, es el poder asegurar, sin que nadie pueda desmentirlos, que nunca los han silbado.

Tenía tal amor y entusiasmo por la buena caligrafía, que se emborrachaba para hacer bien las eses.

Era tan filántropo aquel judío, que no podía pasar por delante de un mendigo sin darle algo. Le daba los "buenos días".

Aquel nuevo rico tenía la pretensión de que los caballos de fuerza de su automóvil eran más veloces que los de la máquina de su vecino, porque él tuviera la precaución de pedirlos de raza.

Sería conveniente evitar que, en el museo de Historia Natural, los niños se aproximen demasiado a los animales feroces. A lo mejor no están bien disecados.

Gedeón no se explicó nunca por qué siendo generalmente los hombres los que más se deciden por casarse, aparece en las estadísticas que se casan tantas mujeres como hombres.

Me he convencido de que se es más feliz con seis hijas que con sesenta mil pesos, desde que sé, por referencias, que quien tiene sesenta mil pesos no está conforme y quiere tener más; y el que tiene seis hijas... ¡está satisfecho!...

— Querido — decíale Gedeón a un compañero, — tengo una gran idea para un folletín.

— Vamos a ver.

— El protagonista será un ciego, ¿comprendes? Calcula los millones de ciegos que hay en el mundo. Todos querrán leer mi novela.

~

Los versos son una cosa que nadie lee pero que todos escriben. — *Pitigrilli.*

~

El amigo. — ¿Se quedó el editor con algo de lo que le enviaste?

El escritor. — Sí; con las estampillas enviadas para la respuesta.

~

Tu crítica majadera — de los versos que escribí, — Pedancio, poco me altera; —más pesadumbre tuviera — si te gustasen a ti. —*Juan de Iriarte.*

~

La mayoría de los escritores están tan ocupados en escribir, que no tienen tiempo para pensar. — *Etienne Rey.*

~

— Todavía no sé si me dedicaré a la poesía o a la pintura.

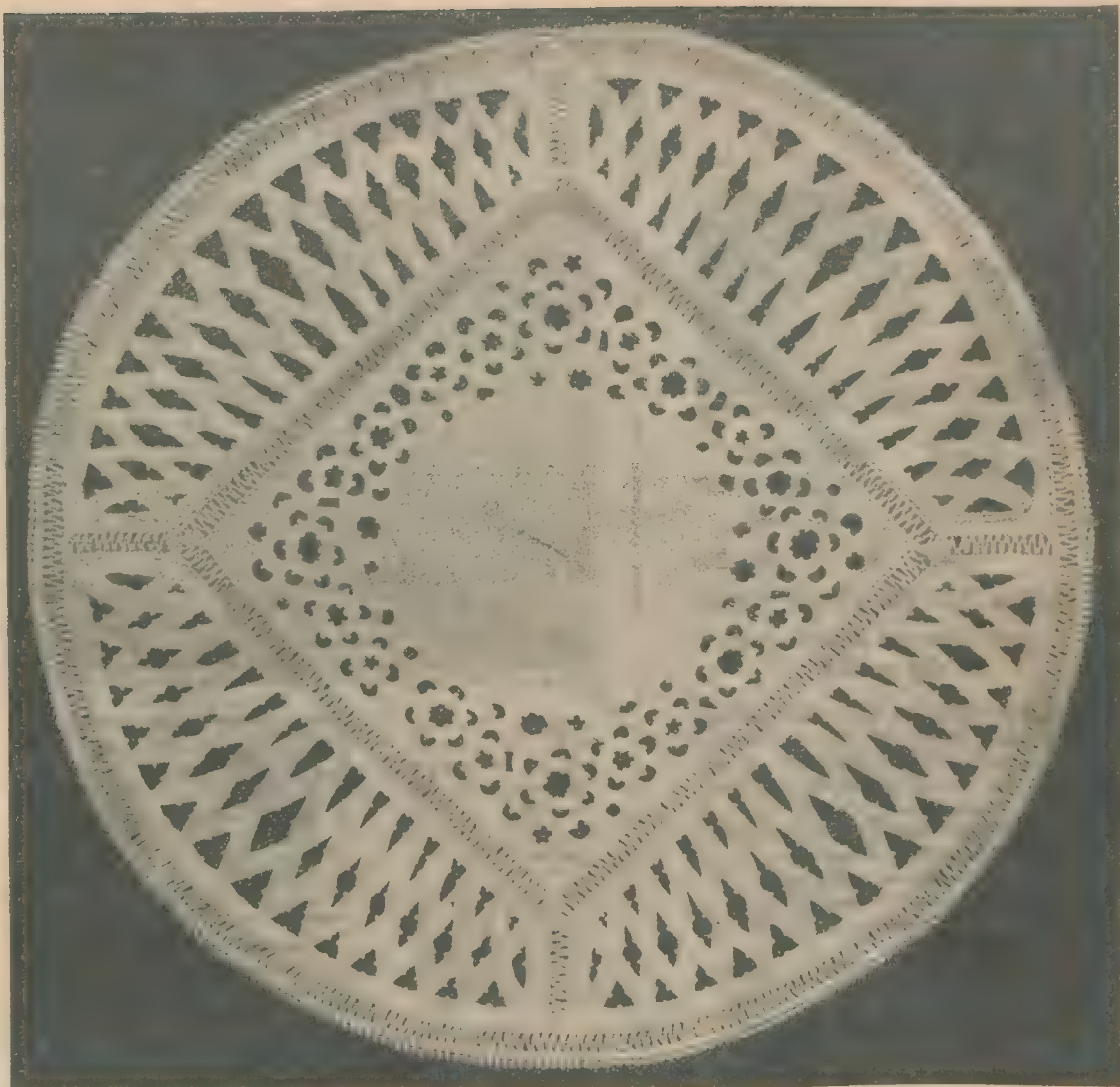
— Yo le aconsejaría que se decidiese por la pintura.

— ¡Cómo!... ¿Es que ha visto usted algún cuadro mío?...

—No; pero conozco algunos de los versos que usted escribe...

Un modelo semanal

Carpeta redonda en broderie y encaje



MODELO TERMINADO DE LA CARPETA DE BRODERIE

ESTA delicada carpeta está bordada sobre una tela fina de hilo, en la cual se ejecuta todo este trabajo de bordado, que se hace enteramente al punto de festón. Primeramente se calca el dibujo sobre la tela; luego, con algodón de bordar, se hace un festón alrededor de todos los contornos. Este festón está adornado con un picot en todos los lugares donde está indicado. Antes de recortar la tela se ejecutan las hileras de puntos anudados. Se hilvana el entredós en su lugar y se le incrusta por un punto de cordonnet; luego se recorta la tela que sobra debajo. El contorno de la carpeta está terminado con un pequeño picot de Cluny, cosido al borde del entredós.

Cuarta parte de la carpeta

Este dibujo es la octava parte de la carpeta

Un experimento freudiano

(Continuación de la pág. 26)

a examinar minuciosamente mi versión taquigráfica y entré de lleno en el análisis freudiano.

Lo que primero me llamó la atención fueron los lapsus linguae, a los que Freud atribuye una importancia básica en la investigación de intenciones o preocupaciones que el espíritu oculta consciente o inconscientemente; porque cualquier hecho concreto que pueda afectar de alguna manera en la vida del sujeto, obra constantemente sobre éste y aprovecha todas las oportunidades, como son la distracción y la debilidad del pensamiento que lleva a la divagación, para exteriorizar sus efectos subrepticiamente bajo el disfraz de una equivocación lógica. En su discurso mi amigo dijo *viven* por *vienen*, *matarse* por *manejarse*, *contemplar* por *concretar*, *ocultar* por *cultivar*, *Eusebio* por *Eustaquio*, *caídas* por *bajadas*, y *ver* por *ir*. Se podría asegurar que cualquiera habríase equivocado de la misma o de una muy parecida manera. Pero Freud diría que tales errores obedecen a causas completamente particulares y fácilmente determinables. Veamos:

Si los errores eran palabras que correspondían a ideas fijas en la subconsciencia, estas ideas serían las de la vida, la muerte, la contemplación, la ocultación, y la caída; y todo esto quizá relacionado con *Eusebio*; Eusebio Frers seguramente; un amigo suyo que lo visitaba con frecuencia y corría con algunos de sus negocios. Pero, ¿qué tendría que ver la muerte con Eusebio Frers? ¿Y la caída?... ¿Y la ocultación? Como un relámpago me vino a la mente la idea de una aventura amorosa de Frers con la mujer de mi amigo, y fácilmente pude relacionar los lapsus del discurso con el trágico asunto: "la mala *vida*, la *caída* de su mujer, la *ocultación* del delito, él no podía *contemplar* eso, iba a *matarlos*, pero tenía que *ver* la prueba antes de obrar". Y hasta las frases correctas me parecieron sugestivas: "¡Qué gentes sin razón!" "No sé cómo viven", "La sociedad tiene la culpa", "No hay nada que hacer", "Necesita una convulsión para poner las cosas en su lugar... o en cualquier otra parte, que siempre será mejor que donde están ahora", "Es ley fatal" (¿la de los maridos?), "...se pierden en esfuerzos inútiles. Porque no saben", "Por eso considero erróneo el camino que sigue Rusia (¿su mujer?) tratando de *ocultar* (palabra equivocada) al mujik (¿el amante?) y descuidando completamente...", "¡Pobres gentes!" (¿lo que les espera?), "Pero son felices. No saben nada." Y por último: "¡Qué fácil es desaparecer!" (¿la idea del suicidio?)...

Sí, no cabía duda, todo aquello era efecto del evidente drama interior de mi amigo, un drama terrible que trataba de ocultarme... inútilmente. ¡Pobre amigo mío! No sé cómo no me había dado cuenta de que ese canalla de Frers frecuentaba la casa con demasiada asiduidad para hacer nada bueno. Sí, ahora la tragedia saltaba a la vista; no podía ser de otro modo. ¡Con razón mi amigo en su raro discurso había hablado de suicidios y había insistido sobre la miseria humana!

Después de releer una vez más la versión taquigráfica la guardé como un documento precioso y esperé los acontecimientos.

Pasaron tres días de gran inquietud para mí, durante los cuales tuve tiempo de convencerme con toda plenitud de que el inminente desastre era un hecho, un hecho irremediable.

Y al cuarto día, a una hora desacostumbrada, me produjo un sobresalto la súbita aparición de mi amigo. Venía bajando el camino de la loma, a grandes zancadas, casi corriendo, sin sombrero a pesar del fuerte sol, y con el pelo revuelto; su aspecto y sus movimientos denotaban una gran agitación. Yo lo esperé junto al alambrado haciendo esfuerzos por sobreponerme a la situación y mantenerme tranquilo. Cuando estuvo a corta distancia de mí me extrañó el no verle manchas de sangre en su traje claro. Llegó jadeante, parecía no poder hablar.

—¡Amigo mío! — dije, abriendo los brazos.

— ¡Subió el queso! ¡Subió el queso! — gritó, abrazándome, palmoteándome con fuerza en la espalda y sacudiéndome para todos lados.

— Se enloqueció — pensé.

—¡Sí, amigo, subió el queso, y con él las acciones de la Links Tagle! ¡He dado un golpe maestro! ¡Trescientos mil pesos! ¡Soy rico, soy rico! Me voy a Europa con toda mi familia; hoy salgo para Buenos Aires. Vengo a despedirme. ¡Ah! Ese Eusebio Frers es un genio, ¡tiene un olfato extraordinario! Él me dió el dato. Hacía un semana que el negocio me tenía preocupado, pero se lo oculté a usted de miedo a su pesimismo. Si me fallaba me habría arruinado y no hubiera tenido más remedio que suicidarme para salvar a mi familia. Pero no falló; ahora soy rico; ¡soy feliz!... Bueno, estoy apurado, se me va el vapor. ¡Adiós, amigo mío, hasta la vuelta!

Me quedé petrificado.

Retorné a la versión taquigráfica, volví a analizarla y encontré que todos sus lapsus y todo lo demás podía perfectamente relacionarse con el asunto del negocio... ¡Y quizá también con cualquier otro asunto!

Rompí con rabia (lo confieso) el manuscrito y juré no reincidir en el terreno de Freud.

Campo neutral

(Continuación de la pág. 24)

— En vez de caballeros — pide Wagón. — ¿Qué le parece que le pusiéramos hidalgos?...

— ¡Encantado!

— Caballeros resulta muy vulgar ya.. Debemos salir de lo común...

— ¡Claro!.. Guald, pon mejor: como dos hidalgos...

— Eso es: como dos hidalgos, celosos de su ejecutoria caballeresca, sustentada en los pilares inmutables del honor.

Wagón nos invita al final:

— Juramentémonos: Olvidar por siempre las incidencias promovidas en la tramitación de este malentendido, porque todo esto no pasa de un inocente malentendido...

Al unísono extendemos las cuatro diestras y coreamos:

— ¡Juramos!

— ¡Caramba!... — Se contraría Wagón al mirar el reloj. — ¡La una!... ¡No perdamos tiempo!... ¡Pronto, a los diarios!...

— No vale la pena — insinúo.

— ¡No, amigo!... ¡Debemos mantener el culto del honor, especialmente en estas horas inciertas en que la turbamulta intenta ahogar a las gloriosas tradiciones!...

— ¡El honor es sagrado! — epiloga Guald.

Wagón me dice, entusiasta:

— ¡Debemos reconocer que el duelo es una gran institución!...

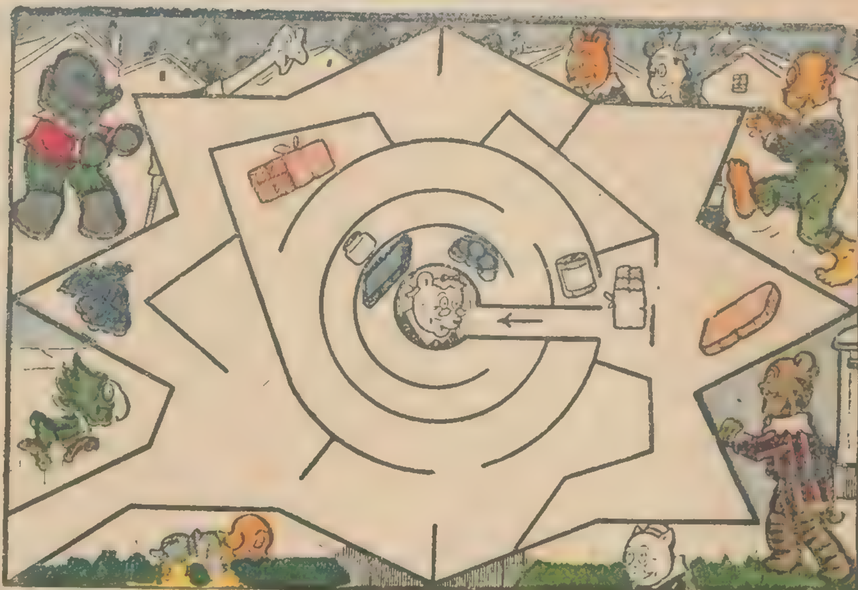
Me sonrojo y pienso avergonzado: Especialmente, para cobrar deudas incobrables...

FIN

para la gente menuda



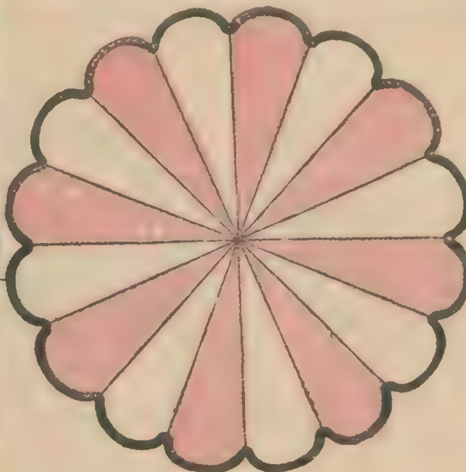
Pedrito terminó de leer un cuento de hadas y ambicionaba poder ver los gnomos que tanto le interesaron en su lectura; pero le fué imposible, aunque éstos estaban a su alrededor. Si el lector observa el grabado con cuidado los encontrará.



Estos animales habían recibido cada uno un regalo para llevar a su casa, y tan distraídos se fueron que los perdieron. Cuando quisieron volver a buscarlos no encontraron el camino. ¿Quieren ayudarlos?

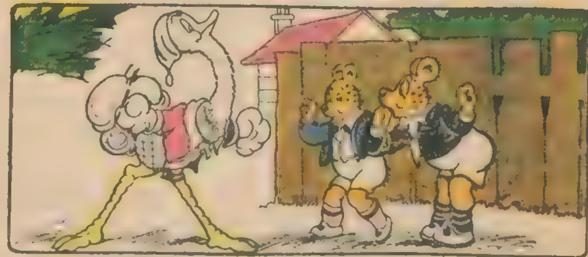


Esta mujer sospecha que otra la observa y es su enemiga. En este grabado está la rival escondida. ¿La encontrará?





Para hacer este paracaídas no se necesita mucho ingenio; un poco de buena voluntad será suficiente, siguiendo las instrucciones. Tómese un papel de seda y márquense los gajos como indica el modelo, y en cada una de las ondas hágase una perforación pasando un hilo, a cuyo extremo opuesto irá sujeta la barquilla con los niños que reproducimos aquí. Esta barquilla debe pegarse en cartulina y recortarse prolijamente; servirá de contrapeso. Después de terminado, láncese al espacio, y se verá caer lentamente.



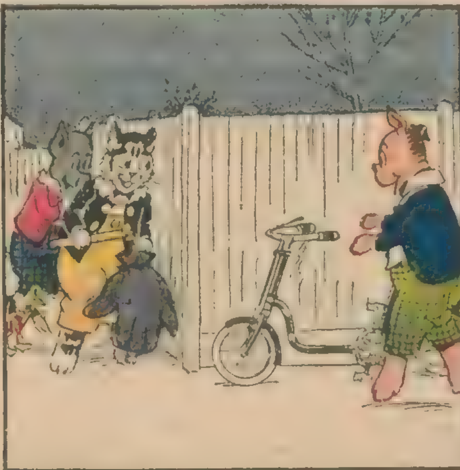
Los leopardos graciosos, tratando de gastar una broma al avestruz:

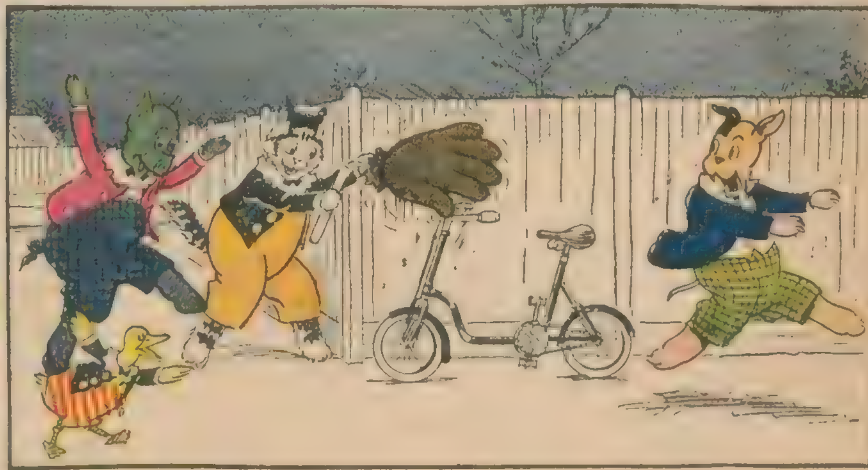
—¿Qué es el silencio?

El avestruz, más pícaro, contestó rápidamente:

—Es lo que no se oye cuando los demás escuchan.







LAS ANDANZAS DE COCHINILLO, MICHINO Y PATIN EL MIEDO NO ES SONSO

Una bicicleta para los tres era la cosa más aburrida para ellos, y no conformes con esta forma de distraerse, decidieron invitar a su amiguito Terrier a pasear con ellos, de cuyo mensaje se encargó Patín; pero los traviesos, mientras llegaba, se entretenían en inflar un guante de goma que encontraron con el inflador de la bicicleta, sin tener idea para qué podrían utilizarlo.

Pronto acudió a la mente de Michino una broma que les haría pasar un buen rato y que serviría de risa a todos, probando el valor de su amiguito, quien se acercaba al lugar de la cita sin sospechar la mala intención que para él guardaban sus compañeros. Llegado al lugar, y sin encontrar a ninguno, dió voces, llamándolos, mientras éstos estaban ocultos esperando el momento oportuno de llevar a cabo su broma.

En efecto; después de llamarlos Terrier repetidas veces, y sin ser contestado por ninguno, vió que la bicicleta estaba abandonada, y se dispuso a llevarla; pero no bien hizo ademán de agarrarla cuando una enorme mano, acompañada de unos gritos extraños, se asomaba por el ángulo de la tapia, y Terrier, sin tener tiempo de reaccionar, sospechando que sería un castigo por apoderarse de lo que no era suyo, sintió un terror pánico que le obligó a salir corriendo hacia su casa. Era tanto el miedo que llevaba, que fueron inútiles los gritos de sus compañeros haciéndole comprender que había sido una broma de ellos, pero que estaban dispuestos a pasar la tarde con él. Terrier aquella noche tuvo fiebre, y los causantes de ella fueron, como siempre, los traviesos e incorregibles.

El sincero insoportable

(Continuación de la página 11)

¿Quién está autorizado a decirle sinceramente lo que piensa a don Martín Avellaneda sobre el gusto sobrio de sus corbatas; a don Tomás Le Bretón sobre su exquisita manera de saludar; a don Ezequiel Bustillo sobre su carácter reservado; a don José Nicolás Matienzo sobre su espíritu de conciliación; a don Enrique García Merou sobre sus proporciones gigantescas; a don Guillermo Rothe sobre sus aptitudes para el baile; a don José Rufino Lastra sobre su inapetencia "gandhiana"; a don Francisco Correa sobre su hermosura apolínea; a don Juan José Madero sobre su parquedad verbal; a don Jorge Guerrico sobre su silenciosa sonrisa "giocondesca"; a don Ángel Giménez sobre su "souplesse" para el golf; a don Eduardo Maglione sobre su fineza de oído; a don Raúl Villanueva sobre su mutismo incurable; a don Juan Pablo Echagüe sobre la pequeñez de sus sombreros; a don Carlos Delcasse sobre su aversión por los lances caballerescos; a don Alfonso de Laferrère sobre sus arrebatos demagógicos y soviéticos; a don Julio A. Noble sobre sus ideas ultraconservadoras y reaccionarias; a don Martín Álzaga Unzué sobre su empeño en usar siempre el mismo automóvil; a don Angelino Zorraquín sobre su falta de espíritu crítico; a don Juan Cullen Crisol sobre su solemnidad trágica; a don Pedro Ledesma sobre su carácter agresivo y tumultuoso, y a don Alfredo L. Palacios sobre la lealtad paradógica de su cabellera creciente y retrospectiva?

El abuso de la sinceridad al menudeo es una epidemia nacional. Si el gobierno, que anda en apuros económicos, le pusiese un impuesto a cada ciudadano a quien le da por ser franco, la crisis fiscal quedaría resuelta. Le regalo la idea desinteresadamente al Poder Ejecutivo.

Al día siguiente de publicarse estas líneas, tengo la certeza de que no ha de faltar el amigo sincero que me diga:

—¡Pero, che! ¿Cómo escribes esas pavadas?

Como de costumbre, el hombre tendrá razón, pero no me hará ninguna gracia. Para sacármelo de encima, le repetiré el principio de Terencio: "Obsequium amicos, veritas odium parit." No entenderá, y seguirá su camino.

Lo que recuerda de sus años infantiles el presidente de la República...

(Continuación de la pág. 13)

jo, para que se durmiera.

—*¿Por qué hacía usted eso?...*

—Porque era necesario. No titubeé jamás ante lo que consideraba una necesidad. He dado de mí lo que se me ha pedido mucho antes de que me lo insinuaran. He tenido deberes para mis padres, siendo chico; para mi novia después, para mis hijos más tarde, y ahora para mis nietos. Soy un hombre natural que marcha por la vida al son de sus deberes interiores.

—*No creí, general, encontrar en usted al ser que es. Pienso que es usted un hombre muy bueno y de gran salud moral.*

—Es posible que así sea.

Sonríe alegremente, y yo pregunto:

—*¿Algo más de su niñez?...*

—¡Eso es todo!

—*¿No recuerda alguna gran sorpresa, alguna alegría extraordinaria, algún susto?...*

—En este momento no recuerdo... Miedo, ya le dije que no he tenido nunca. Y ya ve usted, soy un hombre sin historia. Sus lectores han de sentirse defraudados.

. . . .

He terminado mi misión. Los minutos, a pesar de haber sido concedidos extra, han pasado volando. La mano que se tiende al despedirse, es estrechada por mí con simpatía verdadera. Yo no sé si he reporteado al presidente de la Nación Argentina o al militar de alto grado; sólo sé que he escuchado las palabras de un hombre de corazón, cuyo hogar ha sido la escuela de los sentimientos más puros, que son los que perduran a través de la vida y que están a flor de alma cuando el momento de decir llega.

consultorio de belleza femenina

el cuidado de los ojos

SIEMPRE se ha hablado del brillo de los ojos "enamorados", ese brillo mágico, centelleante, ese resplandor producido por la vehemencia de una pasión, pero que, sin embargo, hoy día se consigue artificialmente, sin que exista amor, porque las damas elegantes lo compran en cajitas, en pequeños paquetitos, en diminutos frascos, y lo aplican mediante un cepillito, lápices o con sus finos dedos.

Hablamos así del delicado arte del embellecimiento de los ojos. Esta es la más nueva de todas las ciencias en lo que se refiere a los afeites, porque hace recién dos o tres años que nos hemos dado cuenta de lo que se puede realizar en este sentido. Es, probablemente, el más interesante y el más complicado de todos los afeites, pero hacemos aquí una advertencia: así como es la forma más incitante del arreglo femenino, es también la que conduce más fácilmente, por caminos equivocados, hacia la pérdida de la belleza.

Es el afeite más dañino de todos para la mujer. Las chicas que se enharinan la cara y colorean exageradamente las mejillas también se excederán en el arreglo de los ojos. Pero aun aquellas damas experimentadas en el embellecimiento del rostro encontrarán que sólo la práctica les demostrará lo que deben ponerse en los ojos y cómo hacerlo.

Para las novicias en el tratamiento de los ojos se les aconseja empezar por la aplicación de los cosméticos en los mismos, porque un buen arreglo facial hace resaltar a menudo a aquéllos, por cuya razón se les debe tratar primero, para que el conjunto, una vez terminado, resulte agradable. Se cuidará de embellecer bien los ojos antes de salir a lucirlos.

Así como el rostro se cubre con una crema base antes de aplicar el polvo y el rouge, de idéntica manera hay que preparar los ojos antes de aplicarles el sombreado que les dará ese brillo misterioso y fascinador. Si se lleva a cabo este tratamiento con cuidado y eficacia, el resultado es admirable.

Veamos cómo se hace: a las cejas no hay que darles ese aspecto afeitado, esa línea que da al rostro una dureza que resulta poco simpática. Hay, que conservar la curva natural de las cejas sacándoles únicamente los pelos que sobresalen y cepillándolas con un cepillito especial. Se puede usar una cantidad muy pequeña de rimmel, para obscurecer las cejas, o, simplemente, el cepillito humedecido con agua. En cualquier caso se cepillan a contrapelo primero, antes de peinarlas suavemente. Si es necesario acentuarlas un poco, se "retocarán" ligeramente con un lápiz apropiado. Pero débese notar que se dice "retocar" porque es el uso descuidado de este cosmético lo que da la impresión de un ojo "negro". Es natural que hay que tener en cuenta la clase de cejas, pero mediante una combinación de estos métodos es posible su embellecimiento.

Una vez preparados, se procede a sombrear los ojos, siendo esta la parte más entretenida, porque es algo que requiere un estudio cuidadoso, hasta conseguir ese retoque mágico que le da la nota buscada. Este cosmético no tiene que usarse con exageración para que produzca efecto. Es sólo una "sombra de belleza", y la joven que por primera vez la usó y dijo con tono desencantado: "Casi no se nota; lo único que hace es hacer más azules mis ojos", expresó la verdad exacta.



Las combinaciones más inesperadas son las más atrayentes, y se consigue un efecto más hermoso mezclando uno mismo el tono más "sentador". La sombra azul es preciosa con ojos azules, porque les da un tono más azulado; verdoso para los ojos verdes, y un castaño muy suave para los ojos pardos; el tono que armoniza con los ojos es que les da más viveza y hace resaltar su color. Sin embargo, una sombra violeta da a cualquier color apariencia más fascinadora. Uno de los nuevos tintes azules realza el hechizo de los ojos verdes o marrones. Una combinación de sombras azules y marrones puede ser una mezcla encantadora para las rubias de ojos claros.



Los ojos de ese raro tono azulvioláceo aparecen más fascinadores si se sombrean ligeramente con violeta. El sombreado negro es demasiado intenso para otro color de ojos que no sea el renegrido. Para la noche nada es más encantador que el sombreado plateado, especialmente para las damas de cabellos grises con ojos azules; aplicando un poco de sombra azul plateado sobre los párpados y rimmel azul en las pestañas, no sólo aparecerá hermosa ante los que la vean, sino que no producirá una impresión de belleza artificiosa.

El sombreado se aplica muy ligeramente, la mayor parte sobre la orilla del párpado, extendiéndolo con suavidad hacia las pestañas y para arriba hasta las cejas, sin que llegue a tocar la nariz. No se aplica nada sobre el párpado inferior, porque se nota mucho y avejenta. Tiene que ponerse la sombra muy pareja para que presente ese aspecto de transparencia aterciopelada.

Teóricamente, la sombra que se usa debiera ser del color de las pestañas, pero no es necesario que sea así. El sombreado azul es el que hermosea más, y hay un azul verdoso que es más natural y sentador que el negro o castaño. Ya sea líquido o compacto, el rimmel se aplica en último lugar, cepillando cuidadosamente las pestañas superiores para arriba y las inferiores para abajo.

Si usted no está conforme con las pestañas que tiene, puede colocarse algunas postizas de largo desmedido y de aspecto tan natural que nadie dudará de su autenticidad. También se pueden curvar con uno de esos aparatitos especiales para tal objeto. Los peritos en belleza saben colorear y modelar las cejas a maravilla.

Pero todo este embellecimiento de los ojos, este preparativo que sirve de marco para ellos, es inútil si no les damos la oportunidad de descansar y poder así reflejar vivacidad y expresión. No hay razón para que los ojos decaigan y tomen un aspecto de cansancio y vejez, a menos que no se encuentren en buen estado de salud. Lo que ocurre, por lo general, es que rara vez tratamos a nuestros ojos con el cuidado que requieren órganos tan delicados y preciosos. Dos veces por día debíamos higienizarlos, porque este mismo lavado los descansa. Existen unos maravillosos baños y tónicos que quitan el cansancio y el ardor de la vista en el acto. Se pueden dejar caer unas gotas dentro de los ojos o lavarlos con una copita para lavajes. Si no les gusta la sensación que produce echar la cabeza hacia atrás, pueden seguir el consejo de un oculista, que aconseja verter el líquido dentro de los ojos con una cucharita de plata. Hay también unos pequeños pulverizadores para el lavado de los ojos. Se baja el párpado inferior y se llena suavemente con el líquido, lo cual produce una limpieza absoluta.

Es eficaz el uso de unas pequeñas almohadillas, que bajan sobre los ojos como una bendición y en las cuales, junto con otras hierbas curativas, se mezclan hojas de rosas blancas y rojas; la esencia de las rosas ha sido empleada durante más de mil años por las damas que buscan embellecer sus ojos. Estas almohadillas se mojan en agua caliente y colocan sobre los ojos; el cansancio desaparece como por encanto. Se dice que una conocida actriz teatral no se levanta por la mañana hasta que ha tratado sus ojos con aplicaciones de almohadillas curativas; así empieza el día con sus ojos descansados y naturalmente bellos. Quizá la mejor hora para el uso de estas almohadillas sea al atardecer, antes de asistir a las fiestas nocturnas.

Cuando se aplica calor a cualquier parte del rostro hay que usar un astringente, aunque sea agua fría, y después de las almohadillas puede usted refrescar sus ojos con un astringente especial para éstos; si tiene tiempo, debiera usar unas almohadillas astringentes. Hay unas cremas especiales para hacer desaparecer las arrugas y lubrificar la piel alrededor de los ojos.

Todos estos y otros cuidados puede usted recibir en un salón de belleza, pero es el cuidado constante, como en todo lo que atañe a la belleza, lo que hará brillar y refrescará sus ojos.

1º **LOCIONE LAS PECAS DOS VECES** por día con: Agua de rosas, 50 gramos; agua de azahar, 50 gramos; borato de soda, 5 gramos.

2º Contra las arrugas de la cara se aconseja esta crema: Vaselina, 20 gramos; lanolina, 3 gramos; resorcina, 3 gramos; tanino, 1 gramo; agua de Colonia, 1 cucharada.

3º Las manchas del cutis se aclaran, aplicándoles la siguiente loción, noche y mañana: Aceite de almendras amargas, 100 gramos; bórax en polvo, 10 gramos; tintura de mirra, 2 gramos; agua de azahar, 20 gramos; agua de rosas, 30 gramos.—*Ranchcritas de Pascanas (Pascanas).*

por la Doctora Equis

LAS MANCHAS DENTARIAS SUELEN DESAPARECER con repetidas aplicaciones de agua oxigenada. — *Mary Rose (C. Tejedor).*

1º PARA ADELGAZAR DEBE SUPRIMIRSE EL PAN, tanto el blanco como el negro.

2º Los baños calientes son los más indicados para ese objeto. — *Mendocina agradecida.*

2º Los puntos negros aparecen cuando el cutis es grasoso. Corrija ese estado de la piel.

3º Las mejillas hundidas mejoran de aspecto si se friccionan, noche y mañana, con una muñeca de algodón embebida en agua caliente. A continuación se untan con aceite tibio. — *Haras P.*

1º NO ENTIENDO BIEN EL DEFECTO que dice tener en los muslos. Sírvase dar más explicaciones.

2º Ese color del cutis se obtiene con lociones y pomadas destinadas a broncearlo. En cualquier instituto de belleza le darán referencias. — *Afligida (Entre Ríos).*

1º EL BUSTO CAIDO SE RESTAURA aplicándole durante la noche 250 gramos de hojas de rosas frescas hervidas una hora en bañomaría con 60 gramos de agua. Se machacan y entibian, formando una cataplasma.

Los baños con agua de alumbre ayudan mucho a este tratamiento.

2º No le aconsejo las inyecciones de parafina. Es un método muy peligroso. — *Hebe Nora (Capital).*

LOS LUNARES SE EXTIRPAN por electricidad, diatermia o aplicaciones especiales. Todos estos tratamientos no pueden ser realizados sino por un médico. — "Norma" (Tres Arroyos).

LAS CREMAS REDUCTORAS como la que usted menciona deben usarse con perseverancia.

Siga el tratamiento con constancia y verá sus buenos resultados. — *Desesperada de su gordura.*

PUEDE MODIFICAR FAVORABLEMENTE SU NARIZ usando un aparatito corrector.

En las casas de artículos para belleza femenina encontrará dicho aparato. — *La eterna afligida.*

1º EL COLD CREAM DEBE PREPARARSE EN BAÑOMARIA, y luego conservarse en potes de porcelana. La fórmula dada en diversas oportunidades da un cold cream de consistencia común.

2º Aplícase de noche, luego de lavar la cara. Se hace unos segundos de masaje y se quita el excedente con un pañuelito fino, de batista.

La piel queda ligeramente untada durante el sueño. — *Nueva lectora de* EL HOGAR.

1º HE AQUI UNA FORMULA DE LECHE REFRESCANTE: agua de rosas, 100 gramos; tintura de benjuí, 10 gramos; leche espesa de almendras, 100 gramos.

2º CREMA NUTRITIVA para la piel: aceite de almendras dulces, 80 gramos; cera blanca, 10 gramos; esperma de ballena, 10 gramos; esencia de rosas, 1 gota. — "Platita" (La Plata).

1º LA CREMA MAS FAVORABLE es la que usted señala con el número 2.

2º Debe pedir consejo al dentista que le hizo la dentadura, pues el color depende del material empleado. — *Purísima Concepción.*

1º SI EL VELLO ES FUERTE, puede extirparlo radicalmente mediante electricidad.

2º Sírvase leer la respuesta a "Hebe Nora", en esta misma sección. — *Rubia desesperada.*

1º A SU EDAD Y ESTATURA corresponden 56 kilos y medio de peso.

2º El masaje con rodillo se hace en las partes del cuerpo que se quieren adelgazar.

3º Camine mucho. Es el mejor ejercicio que le puedo aconsejar. — *Una gran admiradora (Capital).*

1º LE RECOMIENDO A USTED la misma receta que le doy en esta página a "Gordita desesperada", en la primera pregunta. — *Morocha afligida (Lomas).*

1º LA FORMULA QUE ADJUNTA ES UN PREPARADO que sustituye al polvo. Es muy bueno.

1º PARA REDUCIR EL PECHO se aplica por la noche este compuesto:

Bol blanco	10 gramos
Sulfato de hierro en polvo	3,5 „
Agua	100 „
Alumbre en polvo	3,5 „
Vinagre	20 „

Se hace una pasta con miga de pan y se deja toda la noche sobre el seno. De mañana se lava con agua salada.

2º Con ejercicios abdominales se consigue disminuir el volumen del vientre. Sírvase revisar su colección de EL HOGAR, pues en repetidas ocasiones se han descripto esos ejercicios en esta sección. También encontrará usted diversos regímenes para adelgazar. — *A Gordita desesperada (Buenos Aires).*

LA NARIZ ENROJECIDA pierde su rubicundez untándola dos veces por día con esta pomadita: ungüento de cinc, 20 gramos; almidón de arroz, 5 gramos; azufre, 2 gramos. — "Juanita".

LA MANZANILLA COMUN NO ACLARA EL CABELLO en igual forma que el extracto ya preparado con ese fin.

Debe preferir recurrir a éste, es el mejor consejo. — *Chica ignorante (Capital).*

Toda correspondencia sobre temas de Belleza e Higiene femeninas, debe ser dirigida a la "Doctora Equis" (Consultorio de Belleza, de "El Hogar", Río de Janeiro 300). La doctora Equis contesta en esta página a todas las consultas que se formulen, en turno riguroso, con la minuciosidad de datos que el caso requiera, y con la autoridad y experiencia que puede advertirse en el interés de esta página.



aventuras del perro bonzo por G. Studdy



Bonzo no traga la píldora

GUIA DE LECTURAS

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA DE LAS ÚLTIMAS EDICIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS

Por MARIO DE ALOYA


Francisco V. Lombardo

La fiesta de la vida, por FRANCISCO V. LOMBARDO. Poesías en que se canta en tono eglógico bellezas y costumbres de nuestra región pampeana. Versificación fácil y correcta, encuadrada sin pretensiones en los moldes clásicos, que se lee con deleite y simpatía. Volumen de 80 páginas. Porter Hermanos. Buenos Aires.

Miseria de la riqueza argentina, por JUAN ANTONIO SOLARI. Cómo se explota a los trabajadores en los yerbales, ingenios, obrajes y canteras del Norte. Discurso del diputado socialista, pronunciado en la Cámara de Diputados argentina el 29 de septiembre de 1932. Editorial "Claridad", Buenos Aires.


Fernando Jáuregui

Para nosotros dos, por FERNANDO JÁUREGUI. Prólogo de Pedro César Dominici. Poemas pasionales y románticos, escritos con rima fácil, armoniosa y estilo clásico. El amor y la mujer son los temas predilectos que el poeta exprime con acentos de ironía y de amable escepticismo. Elegante volumen de 80 páginas. Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. Buenos Aires.

El voto de las mujeres, por COLETTE YVER. Novela. No se refiere el tema de esta obra al sufragio femenino, sino a los votos hechos por la mujer en el terreno religioso, y está escrita con el desenfado característico de la popular novelista francesa. Volumen de 200 páginas. Editorial "Tor". Buenos Aires, 1932.


Guillermo Perovich

Aguas arriba, por GUILLERMO PEROVICH. El autor ha agrupado sus narraciones de ambiente en dos secciones: "Relatos del Litoral", narraciones y cuentos de la vida humilde de esa zona, y "Cosas de la infancia", impresiones de la época escolar. En ambos aspectos demuestra el autor sus condiciones de hábil narrador y su conocimiento del ambiente que describe. Volumen de 130 páginas. Imprenta de Eduardo Valimbri. Buenos Aires. 1931.

La araña de vidrio, por MAURICIO MAETERLINCK. En esta obra en que el célebre escritor naturalista continúa la serie: "Vida de las abejas" y de "Las hormigas termitas", el autor estudia con un estilo sencillísimo y cautivador, un espécimen muy raro de insecto acuático. El libro comprende dos partes más, en que el autor trata otros interesantísimos aspectos de la naturaleza. Volumen de 200 páginas. Editorial "Tor". Buenos Aires.


Dionisio R. Napal

Visiones y recuerdos del camino, por DIONISIO R. NAPAL. Tercera edición de la obra escrita por el autor a bordo de la fragata Presidente Sarmiento en su viaje de 1925-26. Impresiones recogidas en bello sentido objetivo saturado de emoción a través de distintos mares y de distintos países. Por el estilo amenísimo y culto y por el caudal de observaciones personales en nada se parece a lo común de los libros de viajes esta obra propicia al estudio, y rica en observación y poesía. Volumen de 300 páginas. Tapa litografiada en colores, dibujo de Álvarez. Editorial Stella Maris. Buenos Aires.

Colegio "De La Salle". Volumen conmemorativo del curso de 1932, publicado con motivo de la adjudicación de los premios correspondientes a dicho curso. El volumen de 350 páginas, lujosamente editado, contiene abundantes informaciones referentes al desarrollo de la importante institución educacional de los hermanos de las Escuelas Cristianas y de su órgano oficial, revista "La Colmena".


Marcelino del Mazo

Calzadas y aceras suburbanas, por MARCELINO DEL MAZO. Contribución al estudio del reparto de las superficies en las calles excéntricas, calzadas libres de estacionamiento, organización previa de su dirección y de su tráfico. La obra y el estudio de materia tan importante para el desarrollo del progreso urbano, están ilustrados con seis croquis. Ferrari Hermanos, impresores. Buenos Aires.

Trinchera, por ENRIQUE ESPINOZA. Recopilación de artículos y ensayos sobre distintos temas de polémica y crítica. Comprende los siguientes capítulos: "¿Raza o cultura?". "Sobre un discurso de Larreta", "Descubrimiento de Waldo Franck", "La última carta de Payró", "José Carlos Mariategui a través de su correspondencia", "Ana María Benito y la Vida Literaria", "Homenaje escolar a Hudson". Volumen de 210 páginas. Ediciones "Babel". Buenos Aires.


Oscar Díaz de Vivar

Nueva orientación constitucional española, por OSCAR DÍAZ DE VIVAR. Obra jurídicosocial en que se estudia el desarrollo de la política constitucional española desde el momento de la caída de la monarquía, comparando esa evolución con el nuevo derecho nacido en Europa a consecuencia de la gran guerra de 1914. Librería y casa editora de Jesús Méndez. Buenos Aires.


Juan Antonio Solari

¿Representantes del pueblo o representantes de empresas?, por JUAN ANTONIO SOLARI. Opúsculo conteniendo el proyecto sobre incompatibilidades parlamentarias, con sus extensos fundamentos, presentado al Congreso en Agosto último por el diputado socialista cuya inteligente y laboriosa actuación parlamentaria es conocida. Editorial "La Vanguardia". Buenos Aires.

En el país de los hombres desnudos, por CARLOS ROYER. En esta obra el autor trata el aspecto romántico y pueril de la teoría del nudismo, que tiene su exponente en algunos países europeos, y estudia el nuevo concepto de la moral que de aquélla se deriva. Volumen de doscientas páginas. Editorial "Tor". Buenos Aires. 1932.


Silvia Guerrico

Cocktail, por SILVIA GUERRICO. Cuentos breves, "para el atardecer del sábado inglés". Así los subtitula la autora de este libro, cuya aparición fué muy bien recibida por la crítica, y cuya segunda edición aparece ahora confirmando el éxito de la obra. Volumen de 200 páginas, con una moderna tapa en colores. Editorial "Tor". Buenos Aires.

Bastardos, por ALCESTES MASI. Novela. Es una novela de amor, de ambiente porteño, en la cual la autora tiende a la finalidad de fustigar los prejuicios sociales que se oponen al libre curso de la naturaleza. Volumen de 140 páginas. Editorial "Tor". Buenos Aires.


Guillermo Stock

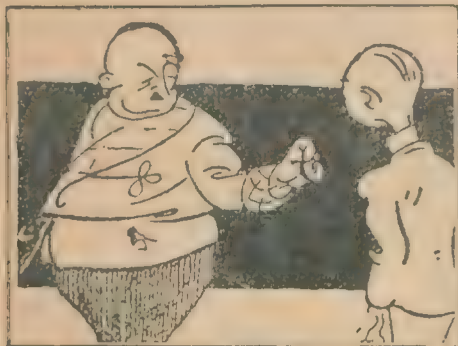
Con amor a escribir por el bien, por GUILLERMO STOCK. Referencias y reflexiones sobre política argentina y mundial, historia, psicología, instrucción, justicia, poesía y otros asuntos, escritas en distintas fechas y oportunidades. Volumen de 250 páginas. Editor: L. J. Rosso. Buenos Aires.

El cuento de vender la tierra, por ANTONIO BRIÓN. Se estudia en este volumen el problema de la propiedad de la tierra en todas sus proyecciones y aspectos, inspirándose el autor en las doctrinas de Henry George, Spencer y Tolstoy sobre la materia. Volumen de 320 páginas. Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. Buenos Aires. 1932.


Pedro C. Nieto

Amanecer, por PEDRO C. NIETO. Versos de un candoroso romanticismo caracterizados por una expresión llana, a veces demasiado llana. Volumen de 80 páginas. Talleres gráficos de L. J. Rosso. Buenos Aires.

la caricatura en el extranjero



(DE "GEMÜTLICHE SACHSE", LEIPZIG)

—Toma cinco pesos y ve a buscar a mi suegra a la estación.

—¿Y si no la encuentro?

—Si no la encuentras te daré otros



(DE "LE RIRE", PARÍS)

—¿Y tus nuevos patrones?

—Son unos mal educados. Siempre que trato de oír lo que dicen, hablan en una lengua extranjera.



(DE "PELE MELE", PARÍS)

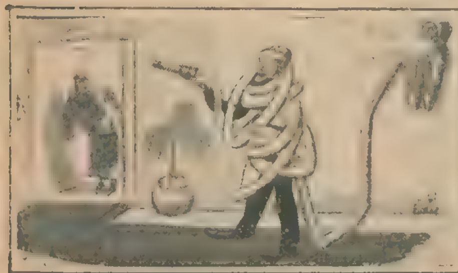
—¿Y a quién llama ella financiero inteligente?

—Al que gana más dinero del que ella puede gastar.



(DE "ROYAL MAG")

El perfecto sirviente (al banquero que ha caído en desgracia).—Su revólver, señor.



(DE "JUDGE", NUEVA YORK)

—¿Es posible? ¡El encantador de serpientes se ha emborrachado otra vez!



(DE "LE RIRE", PARÍS)

Ella (ante el cuadro futurista).—Jamás he visto una calle como esa.

Él (gran bebedor).—Yo, sí.

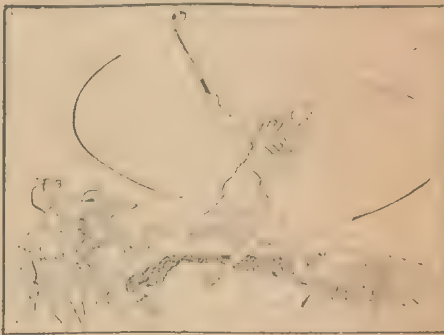


(DE "LUSTIGE BLATTER", BERLIN)

—¿Quiere prestarme mil pesos hasta mañana?

—Se los prestaría, pero temo que no me los devuelva.

—¿Quiere apostar dos mil pesos a que se los devuelvo?



(DE "JUDGE", NUEVA YORK)

La madre de la golfista.—¡Qué lástima que no haya venido usted a verla el martes pasado!

La amiga.—¡Lástima! ¿Por qué?

La madre.—Porque ese día estuvo admirable. Le pegó una vez a la pelota.



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

La nueva rica asiste a una fiesta en una noche muy fría



(DE "AHORA", MADRID)

—Señor, ¿es esta la oficina de objetos perdidos?

—Sí, chiquito. ¿Qué se ha perdido?

—El perdido soy yo.



(DE "LE JOURNAL AMUSANT", PARÍS)

—La ley obliga a que se haga declaración exacta de la edad... bajo pena de multa.

—¿Y la multa es muy grande?



(DE "FLIEGENDE BLATTER", MUNICH)

—Debes estar contenta, puesto que tanto te gustan los accidentes en el paisaje.



(DE "TRIBUNA ILLUSTRATA", ROMA)

—¿Por qué a su marido lo llama usted "yo-yo"?

—Figúrese. Porque su vida pende de un hilo.



Contract - Bridge

Por E. V. Shephard

N° 59

Respondiendo al clamor de los aficionados, una comisión compuesta por los más destacados profesionales y comentaristas del juego fijó las bases de lo que podría denominarse "Método Oficial".

E. V. Shephard, llamado "el maestro de maestros", fué uno de los miembros de la citada comisión. Su autoridad en materia de "bridge" es grande, asegurándose que ha educado y preparado mayor número de profesores que ningún otro jugador.

Shephard es, además, el más prestigioso divulgador del juego. En tal carácter ha escrito estos artículos de interés especialmente para "El Hogar".

EL JUGADOR CORRIENTE PIERDE MUCHOS PUNTOS POR HORA

LO que capacita al experto a ganar con cartas más pobres que las que tiene un adversario más débil, no es lo aparatoso, sino la obtención constante de todas las bazas posibles en cada mano que se juega. El jugador corriente pierde innecesariamente 750 puntos por hora; el experto puede no perder ni un solo punto en toda la noche. La mano que damos a continuación demuestra cuándo una equivocación puede costar game.

NORTE
P. Q-J-7
C. Q-9-8
T. Q-J-10-4
D. J-9-4

OESTE
P. A-5-4
C. A-7-4
T. 9-8-3
D. 10-7-6-5

ESTE
P. 9-6-2
C. 10-6-3-2
T. 7-5
D. K-Q-3-2

SUD
P. K-10-8-3
C. K-J-5
T. A-K-6-2
D. A-8

Sud hizo una declaración inicial de dos sin triunfos, que su compañero subió a 3. No cumplió el contrato por un sencillísimo problema de lectura de las cartas. La salida inicial fué el 5 de diamantes. El muerto jugó bajo; Este jugó la Q, y Sud se negó a jugar el As. Teniendo cuatro del palo de su compañero, Este siguió la regla de mandar de vuelta su mejor cuarta original, de modo que el As de Sud cayó en el 2 de Este, quedando la J del muerto sin protección. El declarante procedió a establecer los piques. Oeste ganó la segunda vuelta de ese palo y mandó de nuevo diamantes, ganando su bando dos bazas en ese palo; esas dos bazas, más la previa de diamantes y las dos ganadas con los Ases de Oeste, sumaban cinco bazas, frustrando el contrato de game por una baza. Todos comentaron que "era una mano de poca suerte", pero, ¿lo era en realidad?

Cuando Oeste hizo la salida inicial con el 5 de diamantes, la "regla de once" probó que Este tenía solamente dos cartas en ese palo más altas que el cinco. Reste cinco de 11, y quedan 6. Esto significa que fuera de la mano del que mandó deben haber seis diamantes más altos que el 5. El muerto tiene dos, el declarante dos, por lo tanto Este también debe tener dos. Cuando juega la Q de diamantes, niega tener el 10. Este podrá tener



El jugador supersticioso a quien le han tocado trece cartas de un mismo palo. — No. Yo no juego. Trece es mala suerte.

ya sea la K, el 7 o el 6, pero bajo ninguna posibilidad puede tener el 10, cuando el muerto enseña la J, porque la jugada del 10 forzaría el As tanto como la Q. Sabiendo que el 10 ausente tiene que estar en la mano de Oeste, el declarante debe comprender que la J-9 del muerto sobre el 10 de Oeste ganará una baza de diamantes, siempre que gane la primera baza con el As. Solamente una noción estúpida de que no debía jugar el As impidió que Sud no cumpliese game.

Si Sud gana la primera baza con el As, cuando Oeste tome la mano con el As de piques, en la segunda vuelta de ese palo, jugará diamantes de nuevo. Si manda el 10, el muerto cubrirá con la J, y Este ganará con la K. Pero el 9 del muerto ganará la tercera vuelta de ese palo. En el caso que Oeste juegue bajo, el 9 forzará la K de Este y la J ganará la tercera vuelta de diamantes. Dos bazas de diamantes, tres de piques y cuatro de tréboles pueden ganarse contra cualquier defensa. El game está asegurado si Sud juega la mano como debe. Más adelante, después que Sud ha ganado sus nueve bazas, Oeste tomará la mano con el As de corazones, y ganará sus dos diamantes firmes, pero eso no hará diferencia.

LA LECTURA DE UNA DECLARACIÓN NUEVA

Es sorprendente cómo un verdadero jugador de cartas puede comprender el significado de una declaración completamente extraña para él. Estaba jugando con un jugador de ese tipo hace algún tiempo, cuando con la mano siguiente leyó el significado de una declaración nueva que yo probé sin darle aviso.

	NORTE	
	P. 4	
	C. J-6-3-2	
	T. A-K-Q-10	
	D. K-Q-J-3	
OESTE		**ESTE**
P. Q-8		P. J-10-9-6
C. A-K-10-9-8-4		C. Q-7-5
T. 6-2		T. J-3
D. 8-5-2		D. 10-9-7-4
	SUD	
	P. A-K-7-5-3-2	
	C. - -	
	T. 9-8-7-5-4	
	D. A-6	

Mi compañero inició el remate con 1-pique. Oeste combatió con 2-corazones. Yo podría haber enseñado mis tréboles o diamantes, pero en esa época no declarábamos palos cortos tan libremente como ahora. No tenía idea si mi compañero podría redeclarar los piques, enseñarme otro palo, cambiar a sin-triunfos o dejar subsistir mi doble de los 2-corazones. Siempre que mi compañero respondiese al doble en la mejor forma que se ajustase a nuestras tenencias unidas, me quedaría satisfecho.

Existe una situación análoga que se presenta frecuentemente cuando su compañero ha hecho una declaración inicial de sin triunfos, y la segunda mano ha combatido con un palo que usted tiene protegido dos veces, con alguna buena ayuda para sin triunfos, pero donde un palo muy débil le hace dudar si usted debiera ayudar inmediatamente a su compañero. En esas circunstancias se dobla, indicando con ello claramente qué clase de mano tiene. Su compañero puede redeclarar sin triunfos, enseñar un palo o dejar subsistir el doble para frustrar el contrato. Mientras que su doble significa negocio, las tenencias de su compañero deben determinar qué será lo más aconsejable para las manos unidas de su bando. Mi doble de los 2-corazones, interpretado literalmente, significaba que podíamos frustrar el contrato, pero mi doble no era una orden para que mi compañero lo dejase subsistir. El doble pedía la opinión de mi compañero, pero la idea era nueva para él.

Observé a mi compañero cuando fruncía el entrecejo tratando de descifrar el posible significado de mi doble. Luego se iluminó su rostro; y comentó: "Muy buena, nunca la había oído antes. Declaro 3-tréboles."

Subí su declaración a 5. Sabiendo que yo era partidario de la enseñanza de Ases, su respuesta fué 5-diamantes. Presumiendo que su declaración enseñaba también el As de piques por lo menos, declaré 6-tréboles. No sabía si tenía o no un corazón perdedor, de manera que no me atreví al gran-slam. Mi compañero no podía saber que no teníamos perdedores en ningún palo, y no se atrevió a declarar el gran slam que resultó.

El caso que acabo de citar, de la declaración desconocida a uno de los compañeros, comprueba mi convencimiento de que el jugador experto, buen lector del significado y valor de las cartas y de las declaraciones, puede desempeñarse con éxito en cualquier circunstancia.

el rincón del bebé

Ser madre es lo mejor que ha podido dar la vida a la mujer. Pero ella le exige mayor esfuerzo, iniciativa y visión que la más difícil carrera. A esas madres que se sienten verdaderamente compenetradas de su responsabilidad en la vida, EL HOGAR *les dedica esta página.*

IMPORTANTE

LA terrible oftalmía purulenta puede quitar al recién nacido el sentido, quizá, más precioso o por lo menos el más útil: la visión. Si se sospechara de esta probabilidad, convendrá poner en juego una intervención médica preventiva, en este caso indispensable.

En ausencia del médico, se tomará un trozo de algodón esterilizado, se empapará en agua hervida, tibia, y se limpiarán los ojos sin tratar de abrirlos.

Es para retirar cualquier mucosidad que puede ser contaminada. Ya limpios exteriormente, se mandará preparar un colirio compuesto así:

Argirol.............. 4 gramos
Agua destilada...... 40 „
(Gotas)

O también una solución de nitrato de plata al 2 %.

Se vertirá una gota de uno de esos medicamentos en cada ojo, para lo cual se abrirán los párpados, manteniéndolos semiabiertos para permitir que el medicamento obre, pues si se cierran los párpados es arrojado en seguida.

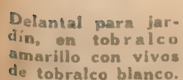
HORAS DE LAS COMIDAS

El intervalo entre una comida y otra debe ser de unas tres horas y media a cuatro: por lo menos tres horas.

A un niño que cuente más o menos de un año y medio a dos años, se le darán cinco raciones diarias, después recién de los dos años pueden **reducirse a cuatro.**

Con este mismo niño de 18 a 24 meses, precederemos habitualmente así: Distribuiremos sus raciones señalando las horas para la toma del alimento; por ejemplo: un desayuno a las 6, otro a las 9, el almuerzo de 12 a 13 horas; a las 16 o 16.30 otro lunch o merienda; comida de 19.30 a 20 horas. Pueden variarse ligeramente las horas de estas comidas, desayunos o lunch, según las conveniencias de la madre o de la familia; por ejemplo, empezar a las 7 horas, concluyendo con una comida a las 19 horas y un complemento lácteo a las 22; no hay inconveniente en ello, siempre que se mantengan los intervalos ya señalados que sirven de descanso al estómago.

NADA ENTRE ESTOS INTERVALOS, NI GOLOSINAS, NI MASITAS, NI CARAMELOS, DEBE SER LA REGLA, LA LEY INVIOLABLE.



Delantal para jardín, en tobralco amarillo con vivos de tobralco blanco.

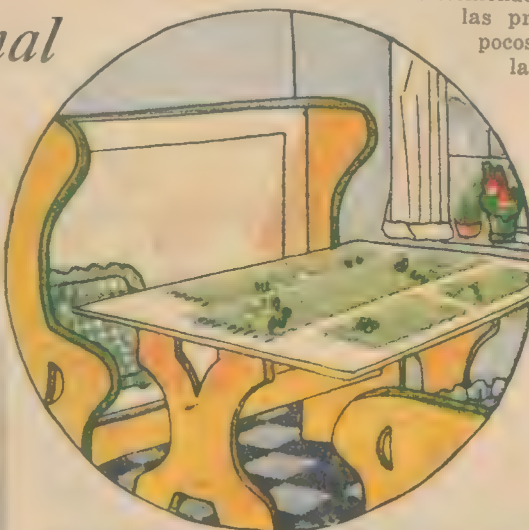
Delantal abotonado sobre los hombros, en tobralco blanco, bordado en color bleu vivo.

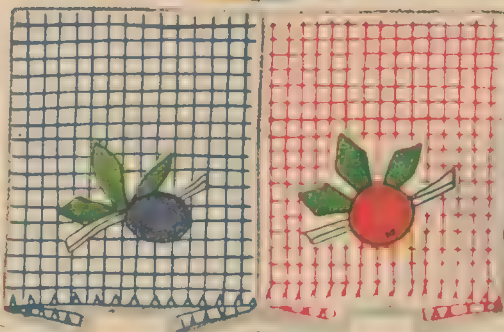
Ambos muy prácticos, porque permitirán jugar a sus niñas sin manchar el trajecito puesto debajo.

Una original novedad

SI tiene varios niños y poseen su pequeño comedorcito, muy vistoso y alegre quedará en la forma que ilustra la mantelería. En el centro de la mesa un caminito será el que sirva para posar las fuentes, el frutero y demás utensilios, y cada niño tendrá su pequeño mantelito individual, cuyo novedoso adorno se extenderá también a los almohadones del sofá y sillas, siendo éstos de la misma tela; se tratará de buscar colores alegres. Cualquiera de los motivos que se ven en el grabado van aplicados y son muy lindos. Los niños se sentirán a gusto, pues para ellos será motivo también de distracción una mesa así puesta.

Los niños necesitan variedad para que su vista inquieta no se canse; así que se tratará de tener algunos gustos distintos para no poner el mismo repetidas veces. De este modo se les atraerá más la atención a los pequeños y el de cada día les parecerá nuevo.









~

Durante el resfrío no se obligará a comer. Lo más fácil, por otra parte, es que tampoco tenga la criatura voluntad para hacerlo.

~

Se le dará un purgante. Por la noche se le hará hacer inhalaciones. Si hay fiebre se recurrirá de inmediato al médico.

~

Si se le obliga a comer, existirá entonces el peligro de provocarle una indigestión.

Manteniendo un régimen estricto de comidas y adoptando las precauciones del caso, la criatura podrá a los pocos días volver a jugar al aire libre siempre que la temperatura reinante se lo permita.

~

Es innegable, y esto lo dice la naturaleza y lo confirma la práctica, que el primero y único alimento del ser que nace es la leche materna.

~

Desgraciadamente, en la actualidad una inmensa mayoría de madres no pueden cumplir esta misión, sea por falta del precioso elemento, sea porque éste no reúne las condiciones nutritivas necesarias.

~

No queda entonces otro recurso que el que proporciona la lactancia artificial; pero es necesario proceder con mucha cautela para que el tierno infante no sufra las consecuencias de una alimentación antinatural.

~

¡Cuántos pobrecitos niños sucumben víctimas de la inexperiencia de la joven madre, la que a pesar de sus desvelos no puede evitar que estos delicados organismos sean presa de la "entero-colitis", "empachos", "meningitis" y otras afecciones gastrointestinales!

~

Y los que merced a una natural complexión robusta resisten las contínuas indigestiones sin consecuencias inmediatas y aparentes son, quizá, los futuros candidatos a otras enfermedades.

~

Mucho podríamos decir al respecto, pero entremos mejor a tratar el asunto desde un punto de vista práctico que es el más conveniente.

~

Se ha dicho que la leche de vaca puede substituir a la lecha materna. Hay, no obstante, niños que no la toleran, además de que nunca se tiene la seguridad de que procede de un animal de buenas condiciones de salud, aparte de que puede ser adulterada.

~

Aun suponiendo que al niño le siente bien la leche de vaca, no es este suficiente alimento, ni puede ser proporcionado solo durante un período muy largo.



Regina viste un camisón en fino linón blanco, con pequeñas alforcitas a ambos lados y adornado cuello y corbata con una valenciana plegada.

Su hermana mayor luce un pijama de crêpe de soie rosa; dos pequeños voladitos subrayan el escote y, en parte, el cuello.

EL FRUTO ESTÁ AÚN VERDE



ME refiero al sufragio femenino. Entre las múltiples opiniones que se oyen y se leen sobre este tema de actualidad, me atrevo a dar mi parecer después de haber asistido al primer mitin pro libre sufragio femenino, realizado hace poco en la plaza del Congreso.

¿Se interesan las mujeres argentinas por el voto femenino? Quien ha asistido al mitin puede asegurar que el fruto está aún verde, y que el interés demostrado ha sido sumamente restringido.

¿Dónde estaban las mujeres cuyas doscientas mil firmas fueron presentadas al presidente de la Nación por la Asociación Pro Derechos de la Mujer? Tampoco habrá pasado inadvertido para las oradoras, que con elocuentes palabras supieron conquistarse los aplausos del público, compuesto, casi en su totalidad por el elemento masculino. Incomprensible habrá sido para estas mujeres inteligentes y cultas la falta de interés demostrada por las mujeres al primer mitin femenino realizado en una plaza pública.

Diríase que en nuestro ambiente tardasen las mujeres en darse cuenta de su situación, asustándose de toda idea progresiva como revolucionaria y disolvente. ¿Ha habido temor en demostrar que se es feminista? ¿Es que se cree que el ser feminista es romper con todas las tradiciones de la feminidad? ¿O se cree que la feminista perderá todos sus encantos de mujer y, como tal, dejará de ser bella, dejará de arreglarse para agradar y en esta forma perderá su poder de atracción?

Nos basta con dar un vistazo a los países más avanzados que el nuestro para ver cómo las mujeres concejales y diputados mantienen su feminidad. Un ejemplo de ello es lady Astor, bella y culta, ejemplar esposa y madre de varios hijos, que lleva al Parlamento inglés la voz de sus compatriotas.

Entre nosotros no se considera aún a la feminista; hasta ahora sólo un grupo reducido de mujeres se ocupa del sufragio femenino. Este es el motivo por qué el primer mitin no tuvo un resultado lisonjero respecto a la existencia femenina.

Es inexplicable el desinterés demostrado, dado que la mujer sería la mejor colaboradora del hombre en los trabajos de legislación. Ya que la mujer se interesa por cuestiones de moralidad, higiene, educación, y es, por instinto, pacifista y amiga del orden. Poseedora del electorado y la elegibilidad, tomará la defensa de sus propios intereses. Su obra será obra de mujer. Inspirada en los intereses de familia. En la protección para la mujer y el niño.

La mujer, como esposa y como madre, buscará en el voto el medio seguro de cumplir sus deberes. No hay que creer que la mujer descuidará el hogar por cumplir con los deberes como electora; tampoco los hombres descuidan sus negocios por eso.

La mujer es apta para modelar el carácter de sus hijos y para educar generaciones, pues casi siempre son mujeres las encargadas de educar la primera infancia en la vida pública.

Hay mujeres que se destacan en las letras, artes y ciencias, y si no abundan es debido a la diferencia de educación. Y si no están educadas en la política, tampoco lo están la mayoría de los hombres que votan, resultando bien ridículo, en algunos casos, que voten los sirvientes, estándoles prohibido a las señoras, mujeres, muchas veces, de una vasta cultura y raciocinio sano. Es necesario darle a la parte físicamente más débil los mismos derechos de opinar. Es un exponente de capacidad cultural y social de un país el que la mujer sea electora y elegible.

Creo sinceramente que hasta que esto no se resuelva, nuestra situación como nacionalidad será inferior.

La mujer argentina debe interesarse para que se la ponga en el mismo nivel que a las demás mujeres de los países civilizados. Para que en los momentos de peligro, en que es necesario defender a la civilización, se oiga su voz al lado de su compañero.

Alina Ponce

Páginas de historia

(Continuación de la pág. 65)

civil que gravitó su equilibrio en la corriente anarquizada de la guerra, tuvo su contenido simbólico en el corazón oprimido de los hombres que pusieron su amor en defender la suerte de la patria. Todas las contingencias heroicas de los momentos difíciles y los éxitos afortunados, llevaron su estímulo vital en la conciencia decisiva de los acontecimientos. Exhumarlos del olvido injusto, de la silenciosa pena anónima en que viven, es comenzar a escribir la verdadera historia de la república.

En realidad, nada hay más bello que reconocer en las imperfecciones de la naturaleza humana la sagrada substancia de la elevación moral, la purificada fuerza de la materia que ennoblece las acciones. Las existencias descubiertas por el historiador en la penumbra del tiempo, y evocadas con la certera prueba de su documentación viviente, demuestran el real significado de la trama historiológica. Desde la humilde existencia de María Remedios del Valle, madre de la patria, hasta la precisión integral de la obra de la Sociedad de Beneficencia que fundó Rivadavia, y que termina el libro; todos los capítulos sirven para encender en la mente del lector un luminoso horizonte de ampliación pretérita. Hay páginas sobre el ostracismo del general San Martín y la tragedia de los prisioneros españoles en San Luis que tienen una emoción conmovedora y dramática. En síntesis: un interesante desfile de imágenes y escenas que reflejan su importancia a través de la evolución argentina.

El doctor Carlos Ibarguren ha descripto con método afirmativo y elocuente muchos pormenores que dieron fisonomía a la conducta de los próceres y el drama de la independencia. Estábamos acostumbrados a estudiar la historia del país tal como la enseñan los tratados escolares, sin sentido de humanidad, ni reflexión filosófica. Los héroes que contribuyeron a certificar con su sangre la partida bautismal de la nacionalidad argentina aparecían ante los ojos de la juventud estudiantil como seres de excepción y naturaleza sobrehumana. Sabíamos que eran grandes en su abnegación y actos militares, pero no llegaba a nuestro espíritu el eco de sus hondas pasiones e infortunios, de las grandes injusticias que cercaron los días dolorosos de su acción. Aquella intimidad ardiente y ennoblecida, en el tono y pausa de los propios temperamentos, no era asequible a la justa exigencia de la curiosidad cultural, porque las narraciones históricas estaban escritas como arte de novela y no como ciencia de instrucción social.

Las páginas de historia argentina que ha reunido en su libro el doctor Carlos Ibarguren encierran una moderna y substancial interpretación del pasado. Hay una información detallada y prolija, interesante y novedosa, que alumnos y estudiosos aprovecharán como un fértil descubrimiento de los orígenes y consecuencias de la Revolución de Mayo. El autor ha expuesto la verdad restauradora de los hechos, señalando en la investigación estricta la verdadera herencia del carácter argentino. Haciendo justicia a los actos anónimos, al espíritu abnegado de los hombres ilustres, la enseñanza de los nexos históricos adquiere un nuevo sentido de dirección educacional. En la obra "En la Penumbra de la Historia Argentina" el lector hallará la emocionante explicación de muchos pasajes de la vida nacional, y que las actuales generaciones también deben conocer para identificarse mejor a los destinos del país.



Coplas de la buena lluvia

Por VICENTE BARBIERI

Está lloviendo, lloviendo...
Yo estoy soñando, soñando...
¡Con qué bendición se bañan
la flor y el campo y el árbol!...

La tarde llueve que llueve
y el alma sueña que sueña...
¡Bendita la lluvia triste!
¡Bendita la lluvia buena!

La lluvia canta... Parece
una olvidada canción:
la misma que nos recuerda
un beso, un nombre, un adiós...

Mi vida siempre ha tenido
sed de una tarde como esta.
En los patios y en las almas
está lloviendo tristeza.

El alma ausente, y los ojos
bañándose en agua pura.
Inmóvil, la primavera
desnuda bajo la lluvia.

Empapa el atardecer
lluvia buena, lluvia mansa...
Coplas de la buena lluvia
me están cayendo en el alma.

Los cristales de mi puerta
están llorando, llorando...
¡Ah, si la vida me diera
ser flor, ser campo, ser árbol!...

labores femeninas por MALISA

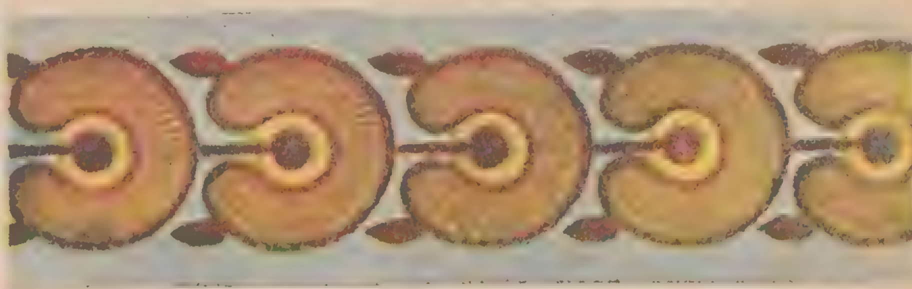


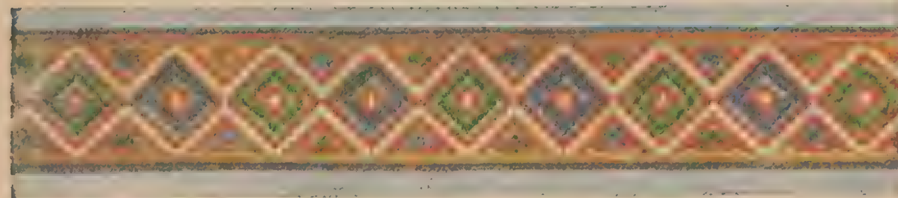


Motivos de bordado yugoslavo

PRESENTAMOS esta semana unos encantadores motivos de bordado yugoslavo, que tanto se emplea en la actualidad aplicado en un sinfín de labores. Se usa tanto en los vestidos y blusas de las personas mayores como en los trajecitos de los niños. Este bordado será siempre de moda por los preciosos efectos que se consiguen con él, y es fácil y entretenida su realización.













¿Un idioma nacional?

(Continuación de la pág. 65)

aspiraran a ser el fundamento de un idioma o de un dialecto.

Si con el caudal de palabras que tiene la lengua castellana se compara el reducido número de vocablos que se ha convenido en llamar "lunfardos" o "malevos", y que en realidad, como ya lo dije otra vez, constituyen el caló o jerga porteños, el por ciento de éstos resulta tan reducido que debiera quitar todo temor al más prevenido en contra de su invasión en el vocabulario. Yo podría oponer a favor de la intrascendente influencia de las voces referidas, que desde un cuarto de siglo — y coincidente con la aparición de las letras de tango y del sainete arrabalero — entraron en el uso y dominio populares palabras del caló que, aunque invadieron las columnas de determinados periódicos, no sobrevivieron a la actualidad de los respecivos tangos y piezas teatrales, ni siquiera llegaron a figurar en los libros escritos o impresos en cada ópera. ¿Esta circunstancia no es asaz significativa para exponer la imposibilidad real de que el "lunfardo" se difunda? Escribo: se difunda; y no: substituya al castellano. Porque cuando la indiferencia de los escritores que no persiguen halagar el mal gusto momentáneo de cierto público, no reacciona en apoyo de palabras nuevas o de formas literarias de reciente aparición, es forzoso pensar que unas y otras están condenadas a desaparecer.

Cuando mucho, se podría considerar a cada vocablo como un porteñismo, carente de importancia lingüística y sujeto a los fenómenos inherentes a cada palabra de uso local y temporario, y esencialmente condenada a desaparecer en cuanto la idiosincrasia popular se canse del uso o lo reemplace en éste con una voz más nueva. En Argentina, a igual que en las demas naciones, los provincianismos no han salvado los límites de los estados en donde se usan. ¿Por qué suponer que los porteñismos tengan una fuerza de penetración tan grande cual sería menester para anular al idioma castellano? Americanismo de difusión general y de arraigo solidísimo en el hemisferio sud, como es "vos", usado para la segunda persona del singular, apenas figura en los trabajos de escritores americanos, ¿y puede temerse que los vocablos de la jerga lleguen a difundirse a extremo de constituir un idioma? Por otra parte, la evolución de las lenguas requirió largos períodos cronológicos y sufrió un proceso depurador muy complejo, no en conjuntos sociales heterogéneos y cosmopolitas como el nuestro, sino en pueblos que acusaban perfecta unidad y absoluta identidad psicológica y lingüística. En cada caso la expansión obedeció a leyes concretas; la substitución fué consecuencia del mejor gusto de cada época; la consagración emanó de las gentes que por sus calidades intelectivas o por los méritos de las especulaciones que realizaban, tenían atributos sobrados para prestigiar el uso de nuevas palabras. En Buenos Aires — huelga decirlo —cada voz "lunfarda" nació en personas de escasa instrucción, por obra del maridaje del idioma español con otra lengua—generalmente la italiana, — y fué consecuencia de la ignorancia, o pereza, o incapacidad intelecual de sus inventores. Y si no, obsérvese el arbitrio usado por mucha gente inculta que emplea las palabras "coso" y "cosa", en forma genérica, para designar una persona u objeto masculino o femenino, respectivamente, cualesquiera sean sus características y a pesar de la diversidad de esencia que tuvieren. Da lo mismo llamar "coso" a un hombre, a un coche tranviario, o a un aeroplano, que a cualquier animal, objeto o pieza de ropa. Sin embargo, con ser tanta la facilidad que prestan a la expresión verbal ambas palabras, ningún porteño que se precie de instruído las emplea en la conversación usual. Porque si se justifica en personas incultas la substitución de un substantivo por "coso" o "cosa", en razón de las tres cualidades ya mencionadas — ignorancia, o pereza, o incapacidad intelectual, — la elección del término adecuado no ofrece dificultades en el resto de la población, ni el atrofiamiento cerebral hace necesario el uso de una sola palabra para indicar quinientos o mil distintos substantivos que deben ser supuestos por el oyente según se desprenda del asunto tratado en la conversación.

No creo que lleguemos a tener un idioma nacional, ni siquiera que en castellano se introduzcan variantes susceptibles de acusar verdaderas diferencias entre la lengua que hablemos y la que hablaron nuestros abuelos. De igual modo que los provincianismos no podrán influir en el castellano que heredamos, los porteñismos — cuyo conjunto forman el "lunfardo"—no representarán otra cosa que una derivación del mal gusto o la ignorancia, aplicada al trato entre personas sin cultura.



Momentos

Por

W. EFFIO ASTETE

En tu cintura mi brazo,
mi mano en tu corazón,
la luna se sonreía,
y nos miraba a los dos.

Ayer que la misma senda
recorrimos sin amor,
entre las nubes la luna
sus sonrisas ocultó.

Las lágrimas se juntaron
como perlas de dolor.
(Si la luna tiene lágrimas,
también la luna lloró.)

Aprenda usted costura con nosotros

Por Madame Bonconseil

LECCIÓN X

Manera de hacer escotes en forma, y el arte de unir cuellos

La figura 1 A demuestra el lado derecho de un escote rectangular, forrado con género cortado al hilo.

Después de encarar los géneros por el derecho, pespuntearlos, tajear las esquinas interiores y cortar las puntas y darle vuelta (figura 1 B).

Para hacer un borde "Vandyke" encarar con una tira de género al mismo hilo y pespuntear el borde dejando medio centímetro en la costura (figura 2 A).

Tajéese el ángulo interior y córtense las puntas; luego dése vuelta al derecho y dóblese prolijamente (figura 2 B).

Para terminar una abertura en forma, el forro ha de ser cortado en la misma dirección del género, hilvanando el género que aún no ha sido cortado (figura 3 A) y cortarlo después de pespuntead) (figura 3 B).

Recórtese el borde, córtense en ángulo las esquinas y tajee en la curva interior y en la curva exterior; dése vuelta después de hilvanada (figura 3 C).

Las figuras 4 A y 4 B muestran cómo se ejecuta un borde festoneado siguiendo el mismo procedimiento que para hacer un borde "Vandyke".

Cósase antes de cortar una vista (figura 5 A) y pespuntéense los extremos del cuello (figura 5 B). Préndase con exactitud en línea con el borde de la costura de adelante (figura 5 C). El cuello y la vista, después de cosidos, se ven en la figura 5 D con la curva cortajeada. Dése vuelta a la vista hacia el revés (figura 5 E); el cuello queda terminado en la figura 5 F.

El género de una camisa sastre debe ser encogido en todo lo más posible antes de cortarlo. Tres pasos para su confección se pueden seguir en las figuras 6 A, 6 B y 6 C.

Se ve por el interior un cuello y solapa en la figura 7 A, y por el derecho en la figura 7 B. En la parte trasera se hacen pequeños pespuntes (figura 7 C). El cuello y las vueltas se vuelven hacia dentro (figura 7 D).

Cuello en forma de V, unido por medio de un estrecho bies (figura 8). El mismo de frente (fig. 9 A). Figura 9 B: manera de hacer la costura.

Figura 10: cuello alto, cortado al hilo y tajeado al borde.

Figura 11: cuello en tela no transparente, unido por el lado derecho y tapado por el mismo al ser doblado.

Figura 12: un cuello de tela transparente requiere una costura interior, cubierta por un vivo del mismo género.

El borde de un cuello recto puede ser unido a un "jabot" y a una tira (figura 13 A). Figura 13 B: "Jabot" y cuello terminado.

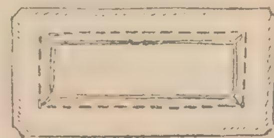


Fig. 1 A

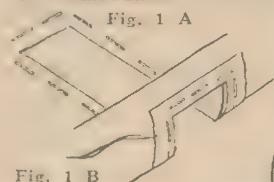


Fig. 1 B

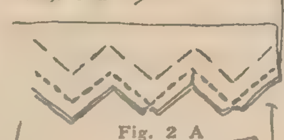


Fig. 2 A



Fig. 2 B

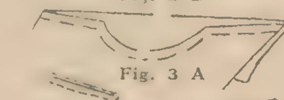


Fig. 3 A

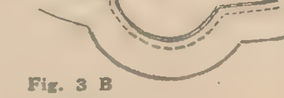


Fig. 3 B



Fig. 3 C

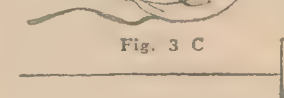




Fig. 4 A



Fig. 4 B

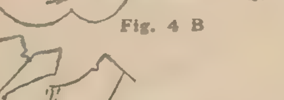


Fig. 5 B

Fig. 5 A







Fig. 5 C







Fig. 5 D

Fig. 5 E





Fig. 5 F

Fig. 6 A



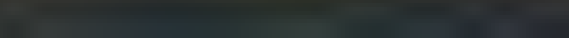


Fig. 6 B

Fig. 6 C

Fig. 7 A

Fig. 7 B

Fig. 7 C

Fig. 7 D

Fig. 8

Fig. 9 A

Fig. 9 B

Fig. 10

Fig. 11

Fig. 12

Fig. 13 A

Fig. 13 B

La Paja en el Ojo Ajeno...

EL *Día* de La Plata, en su edición del 20 de enero, encabeza un telegrama con los siguientes títulos:

El Dr. Le Breton telegrafió ayer al doctor Roca

Desea saber si el vicepresidente visitará *París antes de ir a Europa*

El doctor Le Breton continúa siendo en la embajada de Francia el mismo excéntrico que conocimos en el Ministerio de Agricultura. Desconcierta con sus consultas diplomáticas como desconcertaba con sus consejos a los chacareros, o con esa manía tan suya de llenarse los bolsillos de maníes y comerlos en cualquier parte.

SEMANALMENTE se premiará con una libra esterlina a cada uno de los que remitan las cinco mejores perlas a juicio de nuestra redacción. No se admiten perlas anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, *e si non, non.*

PREMIADOS ESTA SEMANA:

Aimone Rainuzzo, de La Plata; *Lectora Entrerriana*, de Concepción del Uruguay; *Matilde Sersan*, de la Capital; *Oblicuo*, de Rosario, y *Ana María Paz*, de Córdoba.

●

ROBERTO Arlt, una especie de Dostoievsky "tabloid" con que nos obsequia todas las mañanas *El Mundo*, se ha dedicado de un tiempo a esta parte a visitar los hospitales, para descubrir ante el público sus deficiencias. Así, en una crónica publicada el 22 de enero, nos cuenta lo que vió en el Teodoro Álvarez. Y dice con tal motivo:

El hospital carece de los elementos más indispensables. Hace tres meses que no puede proveerse de vaselina líquida. Falta *tela de Sivha*...

Lo de Sivha, divinidad oriental, os hará pensar en alguna tela exótica. No hay nada de eso, sin embargo. Roberto Arlt interpretó mal a su asesor: lo que falta en el hospital Teodoro Álvarez, simplemente, es *tela adhesiva*.

●

UN extenso telegrama de París, publicado en *La Nación* del 28 de enero, nos informa del estreno de "La Vía Láctea", pieza en tres actos de Alfred Savoir, realizado en el teatro Mathurins. Como es de rigor en estos casos, el corresponsal nos relata el argumento de la obra, que no es mayormente original, por cierto. Y la crónica trae este pasaje:

Y como ama secretamente al electricista del teatro, joven estudioso que se diploma de ingeniero, huye con él al Brasil (el electricista había tenido la precaución *de aprender el español para vivir en el Brasil*)...

Al llegar a Río de Janeiro, adonde se trasladó en un barco francés, el estudioso electricista hizo sus primeras armas de español con el negro que le llevó las valijas. Repitió la experiencia con el conductor del automóvil, los criados del hotel, el "maître" y con cuantas personas se le pusieron a tiro. Ninguno pudo entenderle nada. Él, a su vez, sólo oyó sonidos un tanto familiares, pero incomprensibles. El "maître", que era francés, lo invitó amablemente a expresarse en la lengua común.

Y esa noche, al disponerse a descansar, el joven y estudioso electricista tenía ya las dos primeras conclusiones de su viaje, que se apresuró a comunicarle a su amada, más o menos en estos términos:

"Querida: ¡qué distinto es el español aprendido en los libros al español que se habla!... Además, ¡qué mal lo habla esta gente de América!... Te aseguro que, hasta ahora, no me han servido para nada mis pacientes estudios..."

●

LA *Razón* del 25 de enero evoca en una extensa crónica la clausura del Congreso dispuesta, hace 25 años, por el presidente Figueroa Alcorta. (Un lustro atrás, cuando vivíamos animados por un supersticioso furor democrático, el recuerdo de este suceso nos hacía estremecer de indignación; ahora ni nos conmueve.) Y leo en esa crónica lo siguiente:

Por ello se mandó ocupar policialmente el congreso, con fuerzas del *cuerpo de hombres*, entonces militarizado, y al mando del coronel Manuel Calaza. Cerca de 100 hombres armados montaron guardia en las puertas con órdenes severas...

La policía hizo muy bien en no entregar la custodia del Congreso al cuerpo de mujeres. Porque, como recordaréis, el diputado más peligroso de la oposición era por aquella época nada menos que el doctor Alfredo L. Palacios. Y estad seguros que todas las mujeres juntas de la policía no hubiesen sido capaces de impedir su entrada en la Cámara, vencidas por sus irresistibles bigotes de mosquetero, que a la sazón hacían furor en Buenos Aires.

UN telegramita de *La Prensa* del 28 de enero:

CHECOESLOVAQUIA

Recaudación de impuestos

***París*, enero 27 (Havas). — En el mes de diciembre se recaudaron...**

París, según nuestro embajador en Francia, no está en Europa; según *La Prensa*, que no se equivoca ni en los pronósticos del tiempo, está en Checoslovaquia. ¿Es que empezamos a desquitarnos de los conocimientos franceses sobre geografía sudamericana?

●

EN las noticias policiales de Rosario, *La Prensa* del 30 de enero informa sobre el peligro que entrañan para la mencionada ciudad santafecina los perros que vagan sueltos por sus calles. Y dice en el respectivo telegrama:

En la ciudad de Córdoba acaba de registrarse un caso análogo, fatal, de una persona mordida *a pesar de habérsele aplicado las inyecciones Pasteur*.

Es raro, en verdad, que un perro haya llegado a morder a una persona a quien se le han aplicado las inyecciones Pasteur. Los pichichos, por lo general, son muy respetuosos con estas cosas.

●

EL *Mercurio* de Tres Arroyos, en su sección "Ellas" — que tiene toda la cursilería peculiar del género, más algunas imperdonables faltas de ortografía, — inserta el 22 de enero una semblanza que comienza con este párrafo:

Su nombre es igual al de una princesa célebre por su belleza de quien *París*, enamorado, *lanzó sus ejércitos sobre Troya*.

La princesa en cuestión, que no era princesa, sino reina, es indudablemente Elena. Pero las cosas no ocurrieron como las cuenta el mitológico cronista de Tres Arroyos. Paris — no París, — hijo de Príamo, rey de Troya, raptó a la hermosa Elena, esposa de Menelao, rey de Esparta. Agamenón, rey de Micenas, que era hermano de éste, confabuló a todos los príncipes griegos para vengar el ultraje, organizó una flota y luego de diez años de sitio... ardió Troya. Si el cronista tresarroyense necesita más pormenores sobre este conocido suceso, debe buscarlos en un difundido librito que se titula "La Ilíada", original, según parece, de un payador griego llamado Homero.

●

PUBLICA EL HOGAR del 27 de enero — sí, EL HOGAR, ¿qué hay con eso? — un cuento de Luciano Carey, titulado "Una trampa habilidosa". Con respecto a los protagonistas, leo allí lo que transcribo:

***Se parecían tanto que cualquiera los hubiera tomado por mellizos.* Este error en el cual se basaba su sociedad, les era muy útil, pues les permitía a cualquiera de los dos ser visto en dos sitios diferentes al mismo tiempo.**

Y casi a renglón seguido:

Brownie siguió leyendo aplicadamente. *Había una diferencia notable en el aspecto de ambos, pues este último tenía una cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda*, como si alguien se la hubiera cortado con un cuchillo. *Talbot, en cambio, no tenía nada.*

Eran tan parecidos, que cuando alguien encontraba a Talbot, no podía dejar de preguntarle:

—¡Hola, Brownie! ¿Qué tal?... ¿Y la cicatriz?

Talbot, lo más serio, se pasaba entonces la mano por la cara y contestaba:

—¡Caramba, qué descuido! ¡Me la he olvidado en casa!...

●

SANTA *Fe*, de la ciudad del mismo nombre, se ocupa en su edición del 5 de enero del contrabando en el departamento de Reconquista. Y afirma con tal motivo:

Con el fin de asegurar *la impunidad de los delitos*, la Subprefectura Marítima mantiene una discreta vigilancia...

La Subprefectura no necesita preocuparse en asegurar la impunidad de los delitos. De eso se encargan, con bastante éxito por cierto, los mismos contrabandistas, ladrones, pistoleros, etc.

●

HE aquí un documento que es toda una silueta. Se trata de la renuncia presentada por el subcomisario de Almafuerte, al jefe político del departamento de Tercero Arriba, Córdoba, y que aparece

en *El País* de la mencionada provincia el 20 de enero. La reproduzco sin comentarios:

El que suscribe Sub-Comisario de Policía de esta localidad, por medio de lo presente, me presento, a solicitar mi renuncia, indeclinable del cargo que desempeño, como Sub-Comisario. Estaré al frente de la Sub-Comisaría mientras no mande el reemplazante, lo que le ruego lo sea cuanto antes. El motivo de mi renuncia, se debe, a que mi carácter no es para Comisario. Muy agradecido a las atenciones de mi Jefe, y de todos los amigos que se han empeñado en que yo debía ser el Sub-Comisario de este pueblo, en lo que no puedo complacerlos por más tiempo.

●

LEO en *La Capital* de Rosario — 27 de enero, — en las noticias de San Jerónimo, una pequeña necrología que empieza así:

Fallecimiento. — Penosa impresión ha causado en todo este vecindario el *improvisado* fallecimiento de la señora...

¡Claro, esas cosas no pueden improvisarse! ¡Hay que dar tiempo a la gente para que se prepare a ir al velorio!

●

LA Verdad de Junín, del 31 de enero, publica un telegrama precedido por estos títulos:

La *flota boliviana* se dirije a Leticia

¿La flota boliviana? ¡Mis estancias!, como decía el payo Roqué.

●

PERO, ¿qué va a hacer la imaginaria flota boliviana en Leticia? ¿No le basta a Bolivia con la guerra que sostiene contra Paraguay? ¿Necesita otro conflicto ahora con Perú? Las informaciones de los diarios, desgraciadamente, parecerían demostrarlo. He aquí, por ejemplo, el principio de un comentario aparecido en *La Razón* del 26 de enero:

La fórmula propuesta por el Brasil, para resolver el conflicto entre *Perú y Bolivia*, es enérgica y no tiene levante.

Esta Bolivia nos está resultando el niño terrible de América. ¡Cuándo se quedará un poco quieta!

●

DESCUBRO en *La República* del 27 de enero el siguiente telegrama:

Roma, enero 26 (I. M.) — Una epidemia de influenza se está extendiendo por toda Italia, revistiendo hasta ahora *un carácter benigno*. En el Departamento de Higiene no han podido aún suministrar datos concretos, pero informa estar en condiciones de poder asegurar que por el momento no hay *ninguna alta personalidad afectada*.

Naturalmente, mientras no afecte a ninguna alta personalidad, la epidemia seguirá siendo benigna. ¿Es así cómo gobierna para el pueblo el inefable Duce?

●

EN una información policial de *El Argentino* de La Plata, aparecida el 27 de enero, leo:

Estos izaron a la superficie a Luzziani, *que era cadáver*, y en unión de un practicante de la Asistencia Pública lo sometieron a fricciones con *el objeto de reanimarlo, pero todo fué inútil*.

De donde se deduce que las fricciones no constituyen un procedimiento muy eficaz para resucitar cadáveres. Algo sabíamos ya de eso.

●

EN la ingeniosa e ilustrativa sección "¿Sabe usted?" de *El Mundo* aparece, el 20 de diciembre, la siguiente pregunta: "¿Quiénes son los tres famosos escritores santanderinos de cuya obra se enorgullece España?" Trato de contestar mentalmente la pregunta, de acuerdo al consejo del diario, y, como no doy con la respuesta, acudo, un tanto ansioso, a la página 29. Ahí, en efecto, queda resuelto el enigma, en la siguiente forma:

***Benito Pérez Galdós*, Marcelino Menéndez y Pelayo y José María Pereda son los tres notables escritores santanderinos que han enriquecido la literatura española.**

Lo cual, como se descontaba, sólo resulta exacto en sus dos terceras partes. Porque Benito Pérez Galdós, según es público y notorio, era canario. Nació en Las Palmas en 1854.

El 6 de enero, en la misma sección de *El Mundo*, aparece esta respuesta:

Miguel Cané, el autor de *"Juvenilla"*, murió en Buenos Aires el *5 de julio de 1863*.

De ser cierto este dato, Miguel Cané habría evocado en "Juvenilia" — no "Juvenilla" — sus recuerdos de ultratumba. Porque el conocido libro abarca, precisamente, el período de 1863 a 1868 en que el autor estuvo en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Miguel Cané, en realidad, falleció el 5 de septiembre de 1905. El que murió en la fecha anotada por *El Mundo* fué el padre del escritor, que llevaba su mismo nombre. Queda hecha la rectificación; chiste no se me ocurre ninguno.

●

ALEJANDRO Sux, al contar una anécdota de Rubén Darío, dice en EL HOGAR del 27 de enero:

Por mí pasó algo desconocido. Era como el correr de un ratón dentro de las carnes, *desde el talón* hasta la nuca, *a lo largo de la columna vertebral*.

La columna vertebral, oficialmente, se detiene mucho antes del talón. Si en algún caso llega hasta allí, debe ser de incógnito.

Lea Vd. en el próximo número:

TOPACIO, un cuento por Américus, con ilustraciones de López Osorno. *En el desarrollo de una carta estrictamente confidencial se desenvuelve todo el drama intenso de una dama* de origen humilde, quien, habiendo escalado dignamente el alto mundo social, necesita aclarar el antecedente de "un pasado confuso" para salvar la reputación social de su hija.

TAN BELLA COMO INTELIGENTE, MARIA ANA LESSER, FUE UNA GRAN ESPIA ALEMANA, por Frank Bardon. Trátase de un *nuevo episodio de la serie de "Historias de espías célebres"*, en que se hace referencia a un hecho que en su oportunidad tuvo gran resonancia. Aparece ilustrado en multicolor por el notable artista Alejandro Sirio.

UN ENCUENTRO DECISIVO, cuento por Samuel Eichelbaum, ilustrado por Rodolfo Claro, *En este cuento, de fondo un tanto mundano, la situación se eleva hasta el punto de aparecer agudamente definida*, a través de un interesante diálogo confidencial.

LAS MARCAS DE ROUGE. cuento por E. M. Winch. Asunto, estilo, todo en este cuento *convida al lector, haciéndole pasar por todas las emociones* del relato dramático, que se epiloga en una forma inesperada.

LA ARISTOCRACIA CONOCE EL VALOR DE LA VIDA, por Elvira Ferreira. *"Una nueva alegría de trabajar: he ahí la vida de María Hortensia Palacios Avellaneda de Molina"*; tal es la síntesis de esta nota, en que nuestra colaboradora refiere su reciente entrevista con la distinguida dama.

ELEONORA; en el nuevo capítulo de esta interesante novela de César Duayen, el lector pasa por alternativas de emoción y ansiedad, siguiendo los pasos de la protagonista.

UNA NUEVA CHARLA DE MAMA JUSTA, que, como todas las anteriores, tiene el incentivo de la curiosidad para todos las lectoras de tan interesantes charlas.

LO QUE SE VE Y SE OYE EN MAR DEL PLATA. En este nuevo artículo de Josué Quesada, se hace referencia a la actualidad veraniega marplatense. Como en los anteriores, *trátase de un desfile de impresiones que sugieren el ambiente en la colonia balnearia.*

Este número ha sido impreso en los talleres de la Empresa Editorial Haynes Ltda. Río de Janeiro 300

UNA EVOLUCION EN LAS COSTUMBRES PORTEÑAS: DEL CABARET AL DANCING, por Lilian W. Davis. Esta notable periodista norteamericana vuelve a escribir para EL HOGAR sus *impresiones sobre Buenos Aires*. Su agudo espíritu crítico y su clara practicidad de mujer nórdica se traducen en este artículo, que se refiere a una transformación de nuestras costumbres, con el acierto, la ironía y la honradez que caracteriza toda la labor de este notable temperamento femenino.

CONSEJOS A LA QUE SE VA A CASAR, por Irene Galup de Huergo. Con el delicado estilo que se traduce en toda su labor, la señora de Huergo vierte en esta página los *sabios consejos de la mujer experimentada, consejos que no debe dejar de leer ninguna joven.*

AUNQUE NO SEA DORMILON, APRENDA USTED A DORMIR, artículo por Ricardo Carrere. Muy pocos son los que saben la importancia que tiene el sueño, pues *muy pocos son los que saben cómo debe dormirse para que el sueño sea, al par que reparador, un estimulante de la salud.*

LA IMAGINACION DE LA MUJER A TRAVES DE LA MODA, por Josefina Crosa. Entre los temas femeninos de actualidad es indudable que el de la moda es uno de los más apasionantes para la mujer. Nuestra colaboradora lo aborda en este artículo con todo entusiasmo, siendo *interesantísimos sus puntos de vista sobre tan debatido asunto.*

LA PROTAGONISTA OLVIDADA, comedia por [illegible] mana. Esta pieza, de ambiente teatral, constituye un cuadrito interesante y movido. Como todas las publicadas anteriormente, ha sido *interpretada gráficamente por destacados artistas de esta capital.*

LA CRUZ DEL DESTINO, cuento por Armando Maffei, ilustrado por Rodolfo Claro. *Un conflicto conyugal es, en síntesis, el asunto de este cuento*, escrito con gracejo y que se resuelve inesperadamente.

Además de otros cuentos, artículos y poesías de autores nacionales y extranjeros, y las secciones para la casa, la mujer y el niño, de siempre, en el próximo número se dará la más amplia información gráfica tanto de la capital como de las provincias y de las localidades veraniegas.



Vd lo paga.... VD LO ELIJE!

CUANDO SE ENCARGA UN TRAJE, LO PRIMERO QUE SE HACE ES ELEGIR EL GENERO.

¿POR QUE ENTONCES, CUANDO SE ENCARGAN TRABAJOS DE IMPRENTA (CARTAS, FACTURAS, CIRCULARES, ETC.) NO SE ELIGE TAMBIEN EL PAPEL?

DEFENSA-BOND

EL PAPEL DE ALTA CALIDAD, PERO PRECIO REDUCIDO

EXIJALO EN IMPRENTAS Y LIBRERIAS AL ENCARGAR SUS TRABAJOS